Sergio Rodríguez Gelfenstein

Ayacucho

La más gloriosa victoria del Nuevo Mundo



ESTUDIOS

SERIE HISTORIA

Ayacucho, la más gloriosa victoria del Nuevo Mundo

Sergio Rodríguez Gelfenstein

Ayacucho, la más gloriosa victoria del Nuevo Mundo



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2024

Ayacucho, la más gloriosa victoria del Nuevo Mundo

Diseño de portada
Arturo Mariño

Diagramación
Sonia Velásquez

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58 212) 485 0444

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: DC2024001067
ISBN: 978-980-01-2455-0

Al final, cuando todo acaba,
lo único que importa es lo que has hecho.

ALEJANDRO MAGNO

Nada inspira tanto valor
ni ilustra tanto las ideas
como conocer bien la posición del enemigo.

NAPOLEÓN BONAPARTE

La paz del Perú que han obtenido nuestras armas
por la más gloriosa victoria del Nuevo Mundo,
ha terminado la guerra del continente americano.
Así Colombia no tiene más enemigos en todo su territorio
ni en el de sus vecinos.

SIMÓN BOLÍVAR
Carta al Senado de Colombia,
22 de diciembre de 1824.

Quiso Dios formar de salvajes un grande imperio:
creó a Manco Cápac; Pecó su raza y lanzó a Pizarro.
Después de tres siglos de expiaciones ha tenido piedad de la América
y os ha creado a vos.
Sois, pues, el hombre de un designio providencial:
Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho;
Y para que alguno pueda imitaros, será preciso que haya
un mundo por libertar.
(…) Con los siglos crecerá vuestra gloria,
Como crece la sombra cuando el sol declina.

FRASE DE JOSÉ DOMINGO CHOQUEHUANCA
EN FAVOR DE BOLÍVAR
Pucará, 1825

Al Libertador Simón Bolívar y al Gran Mariscal de Ayacucho
Antonio José de Sucre por señalar el camino y por hacernos sentir
orgullosos de nuestra venezolanidad.

Al Ejército de Venezuela, forjador de libertades,
por haber llevado nuestra bandera victoriosa
hasta los campos de Junín y Ayacucho.

A los pueblos de Nuestra América, verdaderos protagonistas de la
lucha por la independencia. Desde Boyacá,
pasando por Chacabuco, Maipú, Carabobo, Bomboná y Pichincha
hasta Junín y Ayacucho, los pueblos de América
dieron muestra de lo que somos capaces si actuamos unidos
portando los estandartes de la justicia, la libertad
y la independencia.

Agradecimientos

A todos los que colaboraron en la búsqueda de información para este libro. Sería muy largo mencionarlos a todos, pero quiero destacar, como siempre a Rafael Castarlenas.

A Juan José del Castillo (El Jota) y a Gabriela Ratto García quien en Lima y Ayacucho me dieron apoyo para el trabajo de investigación en terreno.

Al Dr. Héctor Vargas Haya, Salomón Lerner y César Gutiérrez por darme luces para la mejor comprensión de la sociedad y el Estado peruano.

A Michell Rivero Bazalar, alcalde, Ricardo Castillo Chuecas, vicepresidente del Patronato, y Antonio Zevallos, encargado del Museo Bolivariano de la ciudad de Pativilca en el Perú.

A Juan José Quispe Rojas y Gregorio Nolasco Janampa, humildes custodios del Santuario histórico de la Pampa de Ayacucho, quienes al saber que yo era venezolano, además de permitirme un mejor acercamiento al monumento, con la ancestral sabiduría de su sangre, me relataron de viva voz lo que sus antepasados les han contado de generación en generación acerca de cómo se desarrolló la batalla ahí en la pampa cercana al pueblo de Quinua.

A Sergio Guerra Vilaboy, hermano, maestro y compañero, no solo por escribir el prólogo de esta obra, sobre todo por sus valiosas observaciones y opiniones críticas sobre el texto original, lo cual significó un aporte sustancial al contenido de este texto, que es de mi entera responsabilidad.

Presentación

SERGIO GUERRA VILABOY

EL 9 DE DICIEMBRE DE 1824, hace ahora 200 años, el general Antonio José de Sucre, a las órdenes de Simón Bolívar, obtuvo el memorable triunfo de Ayacucho sobre las fuerzas militares del virrey del Perú José de la Serna. Este suceso trascendental de la historia latinoamericana, que marcó el fin del colonialismo español en la masa continental, es el tema del nuevo libro del internacionalista venezolano Sergio Rodríguez Gelfenstein titulado con una frase del propio Libertador: *Ayacucho, la más gloriosa victoria del Nuevo Mundo.*

La obra que presentamos llega en un momento muy oportuno, en medio de las conmemoraciones del bicentenario de aquella colosal contienda que selló en forma irreversible el ciclo de la liberación abierto por la revolución haitiana. Resultado de una rigurosa investigación histórica y con factura analítica, el libro, desgranado a lo largo de casi ciento sesenta páginas, no se limita a evaluar la trascendencia de aquella batalla, sino también redescubre la trama de toda esta legendaria etapa conclusiva del proceso emancipador de Nuestra América.

Sergio Rodríguez Gelfenstein posee una sólida formación académica y una larga experiencia profesional como investigador, docente, consultor y analista, que junto a su talento como escritor le ha permitido construir este texto con mucha calidad y frescura. Licenciado en Estudios Internacionales, magíster en Relaciones Internacionales y doctor en Estudios Políticos, cuenta en su hoja de vida con diversas distinciones y condecoraciones, entre ellas el Premio Nacional de Periodismo 2016 de Venezuela. Ha sido asesor para la elaboración de la Agenda Estratégica de Política Exterior del Ecuador 2009-2010, coordinador de Relaciones Internacionales del Gobierno de Chiapas (México), director de Relaciones Internacionales de la Presidencia de Venezuela, asesor de la presidencia de Telesur, embajador de Venezuela en Nicaragua y recientemente docente invitado del Centro de Estudios Globales y de la Escuela de Posgrado de la Universidad de Shanghái (China).

Tiene en su haber una veintena de magníficos libros y cientos de esclarecedores ensayos y artículos de opinión, como los que da a conocer por diferentes medios digitales todas las semanas, con sus fundamentadas opiniones sobre temas de palpitante actualidad. Las celebraciones por el bicentenario de la emancipación de América Latina lo han llevado desde hace algún tiempo a incursionar en el campo historiográfico, también con gran éxito, como lo prueban sus últimas obras impresas: *La controversia entre Bolívar e Irvine. El nacimiento de Venezuela como actor internacional* (2018); *Un monumento entre las naciones más cultas. Los tratados de Trujillo y el encuentro entre Bolívar y Morillo en Santa Ana* (2020); *Manuel Rodríguez en tres tiempos* (2020), de la que fue compilador, y *La marcha majestuosa. El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil* (2022).

Para suerte de sus lectores, tampoco ahora ha dejado pasar la oportunidad de entregarnos sus meditadas reflexiones históricas, militares y políticas, que nos permiten comprender en su justa dimensión el contexto, desarrollo y significado de la batalla de Ayacucho. Escrito para ser leído con facilidad, solo incluye las citas indispensables para entender la historia, acompañadas de mínimas referencias bibliográficas, inevitables desde la perspectiva académica, que se complementan con un exhaustivo listado bibliográfico general.

Vertebrada en trece capítulos, los tres primeros están dedicados a valorar la situación internacional a principios de la década del veinte del siglo XIX, donde nos revela tanto la compleja correlación de fuerzas entre las potencias de la época y sus contradicciones, como el propio panorama continental y las primeras acciones diplomáticas de Colombia. En ese terreno, el autor hace gala de su dominio de la política internacional al explicarnos la compleja situación de aquel momento histórico, con especial énfasis en la estrategia liberacionista de Bolívar y su meditada política de alianzas, enfocada en culminar la emancipación y evitar la posibilidad de que España pudiera organizar una expedición de reconquista con el apoyo de la Santa Alianza. No en balde el Libertador escribió que creía imperdonable «dejar una puerta abierta tan grande como la del Sur, cuando podemos cerrarla antes que lleguen los enemigos por el Norte».[1]

El capítulo IV está consagrado a explicar el anárquico escenario peruano que encontró Bolívar tras su desembarco el 1.º de septiembre de 1823, precedido por las avanzadas comandadas por Sucre. Como muy bien se explica en la obra con

---

1 Carta a Francisco de Paula Santander del 16 de marzo de 1824, en *Obras completas* (s.f.), tomo I, Editorial Piñango, p. 932.

profusión de detalles, el Libertador debió enfrentar un clima generalizado de desaliento, provocado por sucesivas derrotas militares de los generales rioplatenses y peruanos, junto al recrudecimiento de las luchas políticas, exacerbadas por las rivalidades entre José de la Riva Agüero y el marqués de Torre Tagle. Por eso, Bolívar consideró, casi al entrar en Lima, que «este país requiere una reforma radical o más una regeneración absoluta».[2]

A continuación, en el siguiente capítulo, el autor aborda los preparativos de la ofensiva final bolivariana para sacar al país de ese atolladero, ahondado desde la salida el año anterior del Protector de la Libertad del Perú: José de San Martín. Otra manifestación de la extrema debilidad en que se encontraba la República peruana, recién proclamada tras la «abdicación» –así la calificó José Martí– del general San Martín, fue el amotinamiento de la guarnición rioplatense-chilena de el Callao, el 5 de febrero de 1824 –que exigía su repatriación inmediata–, y que trajo aparejado tres semanas después la recuperación realista de esa estratégica fortaleza y de la propia ciudad de Lima.

Ese fue el momento crítico de toda la campaña militar del Perú, cuando incluso llegó a valorarse la retirada del ejército colombiano. Nombrado dictador de la recién nacida República peruana por el Congreso limeño, en un gesto desesperado antes de disolverse, el Libertador, gravemente enfermo en Pativilca, parecía agonizar junto con la propia causa patriota. Además, los recursos de Colombia no llegaban en la cantidad suficiente, ante la ruina de Venezuela y la resistencia de las élites neogranadinas, que contaban en Bogotá con la complicidad del

2 *Ibid.,* p. 804.

vicepresidente Francisco de Paula Santander, lo que se explica en la obra con toda claridad.

Para revertir esta tendencia negativa, prosigue el valioso texto que presentamos a los lectores, entre marzo y abril de ese año Bolívar estableció su cuartel general en Trujillo –declarada capital provisional del Perú– y después en Huamachuco. Recuperado de la enfermedad que la había puesto al borde de la muerte, el Libertador, con desbordante optimismo, se consagró a la conversión del Norte peruano en la base del «ejército unido de la América Meridional»,[3] nutrido *ex profeso* de combatientes de todos los territorios hispanoamericanos, entre ellos más de dos mil soldados negros, antiguos esclavos, procedentes de Colombia.

El sexto capítulo aborda la extraordinaria victoria obtenida por el propio Libertador en las pampas de Junín, el 6 de agosto de 1824, sobre las fuerzas interpuestas por el general español José Canterac. Como resultado de este aplastante triunfo, explica Sergio Rodríguez Gelfenstein en el siguiente apartado, denominado «Preludio de glorias mayores», que se produjo el obligado repliegue realista hacia el Cusco y la reconcentración de fuerzas enemigas en las impresionantes alturas andinas.

Todos los capítulos que vienen después están dedicados a desmenuzar los sucesos relacionados directamente con Ayacucho. El séptimo está dedicado a la descripción geográfica del escenario de los acontecimientos, mientras el octavo trata sobre la preparación del choque decisivo entre realistas y patriotas. A continuación se adiciona una especie de paréntesis en el epígrafe IX, contentivo de la síntesis biográfica de Antonio José de Sucre, que resalta sus excepcionales cualidades de jefe militar destinado a triunfar en la más famosa batalla

3 *Ibid*., p. 789.

de la historia de América. Prosigue el autor con el pormenorizado relato de la aproximación al lugar de los acontecimientos (capítulo IX), para cerrar de forma magistral su descripción y análisis con los prolegómenos, desarrollo y resultados de Ayacucho (capítulos X y XI).

En el penúltimo epígrafe se evalúa la política seguida por Bolívar, al acercarse el fin de la guerra de independencia, en favor de la unidad de las emergentes repúblicas hispanoamericanas. Por ello, dos días antes de Ayacucho, el Libertador envió desde Lima a sus homólogos de la América Meridional las invitaciones al Congreso de Panamá, donde esperaba conseguir la máxima cooperación posible para consolidar las nuevas naciones, impedir la reconquista española y respaldar la liberación de Cuba y Puerto Rico, piezas claves en su proyecto integrador de matriz mirandina. No por casualidad, el ya nombrado Gran Mariscal de Ayacucho, tras su memorable triunfo en el tablero formado por las cumbres y abismos de Ayacucho, en plena sierra de Los Andes, y conseguida la liberación del Alto Perú que fue su consecuencia inmediata, escribió a Bolívar desde La Paz, el 4 de marzo de 1825: «En todo abril se habrá acabado esta fiesta y veremos de qué nos ocupamos por la Patria. Tal vez La Habana es un buen objetivo».[4]

Ayacucho, la más gloriosa victoria del Nuevo Mundo termina en su capítulo trece con una amplia valoración de las consecuencias y repercusiones de la victoria en esa sensacional batalla ocurrida hace ahora dos siglos, y que Sergio Rodríguez Gelfenstein considera que ante todo significó «el reconocimiento de la independencia del Perú y de toda la América del Sur en términos de derecho internacional». Sin

---

4 Carta de Sucre citada por Jorge Alejandro Ovando Sanz (1986). *La invasión brasileña a Bolivia en 1825*. La Paz: Librería Editorial Juventud, p. 27.

duda, como brota de las apasionadas páginas de este nuevo libro suyo, este triunfo histórico fue posible no solo por el singular talento militar de Sucre, sino también del rumbo revolucionario que el Libertador impuso a la lucha independentista y su visión estratégica de la liberación de nuestra América como un proceso concatenado.

Eso mismo tenía en mente José Martí cuando en un vibrante discurso dedicado a Simón Bolívar en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 28 de octubre de 1893, afirmó: «¡y de esta alma india y mestiza y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez de ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló o enfrentó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fue regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera (…) catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!».[5]

---

[5] José Martí (1946). *Obras completas*, tomo II, La Habana: Editorial Lex, p. 75.

Introducción

La gesta de la lucha por la independencia de los países hispanoamericanos tuvo una duración de casi tres décadas. Ha sido casi unánimemente aceptado que la batalla de Ayacucho ocurrida en Perú el 9 de diciembre de 1824 significó el colofón de tal proeza libertaria. Aunque después de esa fecha se escenificaron algunas manifestaciones de resistencia por parte de representantes de la monarquía ibérica, lo cierto es que Ayacucho significó el desmoronamiento total del poder colonial español que en América había tenido una duración de un poco más de tres siglos.

En esa medida, la batalla de Ayacucho, simboliza un momento trascendental de la historia de Nuestra América a partir del cual los pueblos de la región comenzaron a transitar una ruta de vida independiente en el marco de un sistema republicano. Por supuesto, no todo quedó definido, la historia es un proceso continuo. Nuevas contradicciones emergieron tras la derrota española en América. Pero esa es una crónica que habrá de escribirse en otro momento.

Ahora se trata de entregar algunos elementos de análisis que permitan ubicar en su justa dimensión el carácter épico

(en términos militares), estratégico (en términos políticos) y fundacional (en términos históricos) que la batalla de Ayacucho significó para el devenir de Nuestra América.

No soy historiador, analizo los hechos en la perspectiva de las relaciones internacionales. Me interesa sobremanera rescatar para el futuro la impronta internacionalista del Libertador Simón Bolívar, no solo como el gran jefe militar que fue, sino en particular a través de la exposición de sus dotes de estadista, revelando de forma especial su quehacer en materia internacional y de política exterior en las que fue extraordinario generador de ideas, creador de instituciones, exponente –como nadie– de la necesidad de la unidad «de las repúblicas americanas antes españolas» y por encima de todo, promotor de su integración.

Este libro da continuidad a los tres anteriores que dan fe de la extraordinaria acción internacional emprendida por el Libertador, no solo tras haber conducido a los ejércitos venezolanos primero y colombianos después, a combatir en otras tierras a las que dio independencia y libertad. Su erudición y su gran visión de futuro le permitieron diagnosticar y evaluar la situación internacional en otras latitudes y longitudes del planeta y sus repercusiones en la lucha independentista de América a fin de tomar las decisiones más acertadas que coadyuvaran al éxito en la contienda.

En mis libros *La controversia entre Bolívar e Irvine. El nacimiento de Venezuela como actor internacional* (2018), *Un monumento entre las naciones más cultas. Los tratados de Trujillo y el encuentro entre Bolívar y Morillo en Santa Ana* (2020) y *La marcha majestuosa, el encuentro entre Bolívar y San Martín* en Guayaquil (2022) se puede constatar la continuidad de la conducta política de Bolívar en materia internacional.

Ahora, en *Ayacucho, la más gloriosa victoria del Nuevo Mundo*, se podrá entender en toda su magnitud el gran esfuerzo hecho por Colombia bajo la conducción de Bolívar para lograr –en condiciones sumamente desventajosas– la independencia del Perú, último bastión del poder español en América. Como es sabido, en Guayaquil, en julio de 1822, abandonado por su gobierno y por los mezquinos intereses de facciones y grupos, el general José de San Martín, entregó las banderas libertarias del Río de la Plata a la conducción de Bolívar.

Así, Colombia y el Libertador debieron emprender la guerra de independencia del Perú sin contar con el apoyo inicial que habían dado las repúblicas del sur, salvo un menguado soporte proveniente de Chile y de su director supremo Bernardo O´Higgins. Igualmente se debe reconocer el auxilio prestado por tropas rioplatenses fieles al legado del general San Martín. Así, se configuró un gran ejército suramericano que fue puesto bajo el mando del general Antonio José de Sucre, verdadero artífice de la batalla y de la victoria.

Sin embargo, es menester conocer elementos internos condicionantes de la situación política del Perú que acudieron a constituir un contexto complejo en el camino de obtener un triunfo necesario que creara circunstancias óptimas conducentes a la independencia.

Bolívar debió sortear dificultades internas extremas, tanto del Perú, como de su propio gobierno en Colombia. Asimismo, la situación de las tropas no era la mejor. En este sentido, vale reconocer –una vez más– sus dotes de liderazgo, así como la voluntad, la perseverancia y la confianza en la victoria que siempre le caracterizaron. En esta ocasión, rodeado de una pléyade de generales americanos de varias latitudes, logró el sumo objetivo de derrotar militarmente a las fuerzas monárquicas, propinándole una derrota de la que ya no se pudieron recuperar.

Tal vez nunca antes tuvo que confrontar circunstancias políticas tan adversas. Ya en tiempos de San Martín, un importante sector de la élite política peruana manifestaba abiertamente su lealtad a la corona, restando recursos y apoyos para la guerra de independencia. Nunca antes como en Perú, Bolívar debió enfrentar como si fuera una peste maligna, su condición de «extranjero». Estas circunstancias crearon una situación tal que parecía más fácil resolver la contienda en el plano bélico que en el político lo cual no era totalmente cierto. De ahí que la victoria militar generaría una serie de acontecimientos políticos que no permitieron consumar un ambiente de libertad como sí había ocurrido en las otras repúblicas nacientes.

Ya en la *Carta de Jamaica*, Bolívar había hecho un diagnóstico de la situación del Perú (como lo hizo de todas las provincias españolas de América). Lejos estaba de suponer que ocho años después se vería enfrentado a la necesidad de resolver los avatares que le planteaba la difícil situación del Perú. En Jamaica, Bolívar escribió que este territorio

> (…) es sin duda el más sumiso y al que más sacrificios se le han arrancado para la causa del Rey, y bien que sean vanas las relaciones concernientes a aquella porción de América, es indudable que ni está tranquila, ni es capaz de oponerse al torrente que amenaza a las más de sus provincias (1947, pp. 160-161).

Más adelante, en este mismo documento, el Libertador vuelve a mencionar al Perú para afirmar que su estructura está formada por dos componentes contradictorios con un régimen justo y liberal: oro y esclavos agregando que «el primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo». Desde ya expone una lánguida visión sobre este territorio, en

la que reconoce que, siendo que sus características podrían ser aplicables a toda América

> (…) con más justicia las merece Lima, (…) por la cooperación que ha prestado a sus señores contra sus propios hermanos, los ilustres hijos de Quito, Chile y Buenos Aires. Es constante que el que aspira a obtener la libertad, a lo menos lo intenta. Supongo que en Lima no tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia: los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si consigue recobrar la independencia (1947, p. 172).[6]

Muy temprano descubrió el Libertador tres características que habrían de marcar la impronta del Perú: la sumisión al imperio español, su riqueza natural que la obligaba a aportar más que otras provincias y que condujeron a crear una élite pro monárquica y la ambigüedad de esta élite que velaba más por sus intereses que por los del país y, en esa medida, se acomodaba a uno u otro lado del espectro político de acuerdo a conveniencias de coyuntura.[7]

Uno de los más prominentes peruanos del último siglo, el Dr. Héctor Vargas Haya, de quien nadie puede dudar de su peruanidad, en un libro cuyo título *Antología de traiciones* (2010) marca una impronta en la historia diplomática de su país, señala que:

---

6 Todavía hoy resulta asombrosa la validez de esta apreciación, cuando han transcurrido más de 200 años desde entonces.

7 De alguna manera, estas características siguen presentes en la actualidad en el quehacer de la oligarquía y las élites del Perú.

> (…) cabe repensar sobre la inclinación, quien sabe si premonitoria, a favor del hispanismo y contra la independencia, expresada por determinados políticos peruanos y aristócratas de comienzos del siglo XIX, como José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete y José Bernardo Tagle, entre otros fervientes defensores de continuar bajo la tutela de Fernando VII. Todos ellos, tal como apunta Jorge Basadre, se resistían a un Perú que no conviviera con los españoles (p. 20).

Bolívar arribó a el Callao el 1° de septiembre de 1823 después de superar numerosos inconvenientes. Ante si, tenía lo que podría considerarse uno de los más grandes retos en materia política en su agitada vida. Una vez más se ponía a prueba su condición de «hombre de las dificultades». A primera vista, Perú lo recibía con satisfacción y beneplácito.

El Boletín de la *Gaceta de Comercio* de Lima anunciaba el 3 de septiembre que:

> En la mañana del lunes 1° de setiembre llegó al puerto del Callao S.E. el Libertador de Colombia, suspirado tan de antemano, reclamado por nuestras necesidades, y en el tiempo más oportuno para las críticas circunstancias que nos rodean. Es imposible ponderar el exceso de júbilo que causó en la capital esta noticia inesperada apenas llegó a traslucirse. Mil banderas nacionales se vieron en un instante flamear en las calles, y en mil modos se expresaba el aplauso universal, las públicas esperanzas y el patriotismo (1983, pp. 368-369).

Tras el encuentro de Bolívar con San Martín en Guayaquil en julio de 1822 que significó la renuncia de este a continuar la contienda, habida cuenta de la pérdida de apoyo de su gobierno y después de que las fuerzas patriotas obtuvieran

una brillante victoria en Pichincha en mayo de ese mismo año, consolidando la independencia de Quito, el Libertador hubiera querido marchar de inmediato al sur.

Diversas circunstancias le impidieron ir a combatir más allá de las fronteras de Colombia. La complejidad del momento estaba dada por la insuficiencia de la información recibida desde Bogotá, lo cual generaba incertidumbre sobre la marcha del gobierno, sobre todo por las fuertes contradicciones entre Santander y Nariño, los informes del caos que amenazaba la gobernabilidad de Lima y los problemas específicos de Quito y Guayaquil, así como el desorden y desorganización al interior de las fuerzas militares, confluyeron para generar el dilema que permeaba el ambiente.

La oposición a que Bolívar marchara al Perú provenía de diputados que consideraban que era imprescindible que el Libertador regresara a Bogotá para hacerse cargo de la administración del Estado. Pero su espíritu y su quehacer estaban implicados de lleno en la consolidación de la independencia total de América sin la cual una gestión gubernamental, por muy exitosa que fuera, no pasaba de ser una quimera.

Con todo, a comienzos de 1823 pensó en regresar a Bogotá a discutir personalmente con los diputados acerca de la necesidad de trasladarse al Perú junto al ejército colombiano. El asunto lo atormentaba y no lo dejaba dormir bien. El 14 de enero estando en Pasto, decidió finalmente irse a Quito, pero su espíritu y su voluntad estaban atravesados por episodios de pesimismo y desesperanza que él mismo se encargaba de combatir.

Finalmente, el consentimiento para la partida le llegó al Libertador apenas el 6 de agosto de 1823. Un decreto del Congreso lo autorizaba –por fin– a dirigirse al Perú. La ansiedad de Bolívar era evidente. Le escribe a Santander para decirle que como presidente de Colombia, él estaba dotado de la facultad

para decidir unilateralmente su traslado al Perú, pero no quiso hacerlo, porque a pesar de que las circunstancias y las necesidades de la guerra lo obligaban moralmente a tal decisión, prefirió evitar una colisión con el poder legislativo a fin de «no dar que decir a nadie y menos al Congreso». Con alborozo le manifiesta al vicepresidente que: «Infinito he celebrado la llegada de esa orden antes de partir de Colombia porque yo tenía una repugnancia invencible a irme sin el permiso del Congreso» (1947, p. 792).

Era patente que la situación en el Perú era caótica y confusa. En una misiva escrita dos días antes, también enviada a Santander desde Guayaquil, Bolívar opina que el escenario «había llegado a la cima de la anarquía». Al contrario, juzga que la realidad del enemigo es muy positiva. La apreciación que hace el Libertador de las fuerzas patriotas es dura y contundente. Considera que en el Perú:

> Siete potencias beligerantes se combaten entre si bajo las siguientes banderas: Perú, Chile, Colombia, Buenos Aires, gobierno, congreso y Guayaquil, cada una tiene su partido: ahora hay dos más, el particular de Sucre, que tiene un poder militar y el de Torre Tagle,[8] opuesto al de Riva Agüero,[9]

[8] José de Torre Tagle. Militar y político peruano. Pertenecía a la nobleza con el título de marqués. Personaje controvertido y escurridizo pero central en el proceso de independencia peruano. Fue Supremo Delegado reemplazando interinamente a San Martín cuando este fue a entrevistarse con Bolívar en Guayaquil, en 1822 y luego fue Encargado del Poder Supremo, durante un día, tras el derrocamiento de la Suprema Junta Gubernativa en febrero de 1823, tras lo cual fue Encargado del Mando Supremo de julio a agosto de 1823, en vísperas de la llegada de Bolívar para después ser nombrado por el Congreso como Presidente del Perú, el segundo después de Riva Agüero.

[9] José de la Riva Agüero: Perteneciente a una familia aristocrática limeña, fue un decidido partidario de la causa independentista desde muy

> ambos fuertes por la opinión y la autoridad; pues el primero es presidente aunque depuesto y culpable, y el segundo está nombrado por Sucre que tiene un poder dictatorial en el teatro de la guerra (1983, p. 272).

Aunque en el encuentro de Guayaquil, Bolívar y San Martín habían coincidido en la mayor parte de los aspectos tratados, habían tenido diferencias en lo relacionado al plan de operaciones militares para el Perú. El general rioplatense era de la idea de dividir las fuerzas y atacar en dos direcciones, una desde Lima hacia la sierra de Junín y la otra desde la costa sur entre Arequipa y Tarapacá en dirección norte y noreste. Bolívar, por el contrario, creía que era óptimo concentrar las tropas y atacar al ejército español en una sola dirección (Rodríguez Gelfenstein, 2022). Ahora, debía realizar dicho plan, incluso en la espinosa situación existente, lo cual configuraba otro desafío a su capacidad y voluntad.

La partida de San Martín de Lima había generado un caos en la gestión del Estado, llegando incluso a que se propusiera que el Congreso asumiera las tareas del Ejecutivo Se debatió si dar el poder a José de la Riva Agüero o a José de

---

temprano. Tenía una clara orientación probritánica. Hasta la llegada del Libertador José de San Martín al Perú en septiembre de 1820, fue la principal figura de las conspiraciones anticoloniales en Lima. Establecido el Protectorado, fue nombrado prefecto del departamento de Lima. Fue el primer jefe de Estado peruano en llevar el título de presidente de la república aunque este poder nació de un golpe de Estado en febrero de 1823 dirigido por el Ejército que actuó influido por su talante caudillista. Gobernó por cuatro meses antes de ser reemplazado por el marqués de Torre Tagle. Se volvió en contra de San Martín persiguiendo obsesivamente a su ministro Monteagudo. Según Basadre (1969), intentó un acercamiento con los españoles «para ir a un Perú independiente, pero de base política y militar española» (p. 15).

La Mar[10] pero finalmente el Congreso Constituyente decidió, en septiembre de 1822, nombrar una comisión de tres miembros que recibió el nombre de Junta Gubernativa del Perú. Los elegidos quedaron separados del Congreso pudiendo regresar al mismo una vez cumplidas sus labores ejecutivas. Debían consultar a la Asamblea los asuntos diplomáticos y otros que consideraron de extrema importancia para los intereses de la República (Basadre, 1969). Pero esta Junta era débil y limitada en sus facultades.

Este escenario de contradicciones y fracasos llevó a las élites del país a tomar inútiles medidas en favor de la independencia. Asimismo, supusieron erróneamente que el camino de la capitulación y la alianza con España los podía llevar por el camino correcto (Liévano Aguirre, 1988).

La sociedad peruana pensaba que la elaboración de una Constitución para la república iba a solventar los grandes problemas que generaba la división, el caos, las pasiones y los intereses personales y de clase que aquejaban al país. Pero a fines de 1822 y comienzos de 1823 la situación era tensa y de total incertidumbre. El gobierno no tenía capacidad para solucionar los inconvenientes que cada vez eran más profundos. El tesoro era insuficiente, los sueldos de los militares y los funcionarios públicos estaban impagos, la delincuencia campeaba a sus anchas, todo lo cual obligó a establecer un toque de queda a partir de las 8 de la noche.

Por otra parte, las relaciones entre Colombia y Perú no pasaban por un buen momento. Las desavenencias del general

10 José de La Mar. Fue un militar y político peruano, nacido en Cuenca, provincia de Quito. Gran Mariscal del Perú, había llegado a ocupar la más alta magistratura del país durante los años de 1822 a 1823, como Jefe de la Junta Gubernativa.

Juan Paz del Castillo,[11] jefe del Estado Mayor del Ejército del Sur contribuyeron a ello, pero en el trasfondo, desde 1820 la indefinición de la situación política de Guayaquil y el interés de ambas repúblicas por incorporar al estratégico puerto a su territorio estaban en el fondo de esta inconformidad.[12]

Paz Castillo pidió ser licenciado del ejército y se regresó a Guayaquil donde Bolívar lo encargó de la intendencia. Pero su salida dejó al Ejército en un estado de total incertidumbre, la deserción era cuantiosa y la insubordinación de algunas unidades militares estaban a la orden del día.

En el contexto, siguiendo la idea operacional de San Martín, el general rioplatense Rudecindo Alvarado, que había quedado al mando de las tropas de su país y que había sido nombrado Gran Mariscal del Perú, intentó atacar los puertos del sur de Perú al mando de 5.000 hombres, pero sufrió una aplastante derrota en Moquegua el 21 de enero de 1823. El mismo Alvarado logró sobrevivir a duras penas al sufrir un importante número de bajas.

La noticia del desastre en Moquegua llegó a Lima el 3 de febrero teniendo enorme impacto en la de por si complicada situación del país. El Congreso se vio obligado a tomar decisiones de emergencia y amplió las facultades de la Junta Gubernativa, así mismo adoptó medidas en el ámbito social, militar y económico y dirigió una proclama a la población informando de la difícil situación creada (Basadre, 1969).

---

11 Juan Paz del Castillo, general venezolano que tuvo la particularidad de servir a las órdenes de Miranda, Bolívar, San Martín y Sucre y de participar exitosamente en las batallas por la independencia de Venezuela, Chile, Ecuador y Perú. En 1821 fue nombrado Jefe de Estado Mayor del Ejército del Sur.

12 Ver Rodríguez Gelfenstein, Sergio (2022). *La marcha majestuosa. El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil.* Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Con todo, en 1823, Perú era el epicentro del quehacer independentista americano. El Libertador conocía que la elite criolla no se había comprometido de lleno con la independencia y que cambiaba de bando con suma facilidad. Era propio de ella mantener sus posiciones en la sociedad y estar siempre cerca del ganador. Tal vez nadie como José de la Riva Agüero era expresión de ese talante oportunista y cobarde, aprensivo y receloso.

Este es el escenario que permite comprender que unos meses después, el 3 de septiembre, ante la llegada de Bolívar, la *Gaceta de Comercio* de Lima anunciara que el arribo del Libertador fuera, como se dijo antes: «(…) suspirado tan de antemano, reclamado por nuestras necesidades (…)». Bolívar se había embarcado el 8 de agosto en el bergantín de guerra Chimborazo y tras 23 días de navegación había descendido de la nave en El Callao, entrando en la tarde del 1° de septiembre a Lima.

Eran tiempos de definiciones, la situación en Colombia pasaba por momentos de tormenta. Ante la ausencia de Bolívar, Venezuela y Cundinamarca se organizaban bajo la conducción de dos caudillos: Páez y Santander que actuaban en beneficio de los poderosos. Sucre acompañaba al Libertador y lo auxiliaba como nadie en las misiones de la guerra necesaria. Acosta Saignés (1983) señala que ya en ese momento las élites configuraban las «bases de futuras hegemonías». En este ambiente, al llegar a Perú, Bolívar encontró «transitoriamente otro campo de guerra y de organización política» (p. 241).

I. La situación internacional

El alzamiento liberal dirigido por el general Rafael del Riego en España en enero de 1820 permitió pasar de un régimen absolutista que se consideraba retrógrado y caduco a uno constitucionalista, lo que se manifestó como una señal de extremo riesgo para la Santa Alianza que veía peligrar el control total que ejercían las monarquías. Esto fue motivo de debate al interior del concierto europeo. Gran Bretaña pensaba que se debía apoyar a las nuevas repúblicas americanas pero presionándolas a adoptar su modelo de monarquía constitucional. Bolívar se negaba férreamente a tal idea.

Después de la derrota de Napoleón, Gran Bretaña se sintió libre de su alianza con España, además tenía sumo interés por incentivar la independencia de las colonias españolas en América dada la intransigencia de Fernando VII para aceptar una solución «flexible», sobre todo en el plano comercial, que le permitiera tener acceso a los mercados de América a cambio de abstenerse de apoyar a los independentistas. Al no aceptar España la propuesta británica, Londres comenzó a acercarse a los americanos españoles. En ese contexto, España solicitó a la Santa Alianza su intervención militar en América.

El peligro que significaban los planes de la Santa Alianza para apoyar a España en los proyectos de reconquista de sus territorios perdidos en América, motivó el acercamiento de Gran Bretaña y Estados Unidos en el interés mutuo de evitar que esto pudiera ser consumado. No obstante, los dos países tomaron medidas de diferente condición: «prácticas y efectivas» por parte de Gran Bretaña, «de naturaleza doctrinaria y propagandística por Estados Unidos» (Böersner, 1996).

Este fue el motivo para que Estados Unidos diera inicio en 1822 al reconocimiento de los nuevos Estados latinoamericanos enviando cónsules a las nuevas repúblicas, lo cual ejerció fuerte presión en Londres que veía amenazados sus intereses en esta región del mundo. Gran Bretaña se sintió intimada desde dos direcciones: la Santa Alianza y Estados Unidos. Las contradicciones llegaron a tal punto que Londres se retiró del Congreso de Verona en noviembre de 1822 ante la agresividad política de la Santa Alianza que pujaba por un apoyo irrestricto a la monarquía española. Los intereses comerciales británicos presionaban a su gobierno para que actuara en la misma dirección que Estados Unidos.

Tras el acuerdo logrado en este sentido, que significó la restauración de Fernando VII en el poder, España solicitó apoyo para impedir la expansión del liberalismo en la península y en lo que consideraba sus territorios en América, para lo cual pidió la creación de un ejército unido que irrumpiera en el «Nuevo Mundo» a fin de recuperar sus colonias.

Gran Bretaña había tomado nota de los éxitos obtenidos por los independentistas americanos en las antiguas colonias españolas, la mayoría de las cuales se habían consolidado como repúblicas autónomas del dominio colonial y sabían que Bolívar se preparaba para el asalto al Perú. Londres piensa que en esta situación, debe actuar para que en el caso de que

las repúblicas americanas mantuvieran su independencia, no permitiera su subyugación total o parcial por cualquier potencia europea distinta de España.

En diciembre de 1822, Canning adoptó medidas necesarias para implementar una política más incisiva en América. Por ello creó una junta de cónsules para –imitando el ejemplo de Estados Unidos– acreditarlos en las repúblicas americanas. Asimismo, envió sendas misiones a México y Colombia con el objetivo de evaluar la situación de esos países a fin de tomar una decisión respecto de concretar un reconocimiento sobre bases firmes. De igual manera, en 1823 se opuso a la realización de una conferencia europea para discutir los problemas del Nuevo Mundo. Por ello adoptó una actitud más beligerante en torno a la posibilidad de intervención de la Santa Alianza.

Estados Unidos compartía la inquietud británica en torno a la probable concreción de la expedición de la Santa Alianza. Ante esta situación, Londres le propuso a Washington hacer una declaración conjunta que manifestara rechazo a la posible invasión de la Santa Alianza. Estados Unidos incluso le planteó a Gran Bretaña dar reconocimiento diplomático a las nuevas repúblicas americanas como paso previo a la declaración, lo que no fue aceptado por George Canning, secretario de Relaciones Exteriores del Reino Unido.

No obstante a ello, el presidente James Monroe dio curso a la propuesta británica, consultando al respecto a algunos de los líderes políticos del país quienes consideraron hacer un manifiesto más amplio en contra de las ideas conservadoras y a favor de la libertad, no solo en América, también en Europa. Pero el secretario de Estado, John Quincy Adams, se opuso tajantemente a esta propuesta, aduciendo que ello violaba el principio de no involucramiento de Estados Unidos en asuntos europeos –legado por los padres fundadores del país norteamericano–

lo cual justificaría cualquier intervención europea en América. Adams consideraba que este principio era pilar de la política exterior de su país y no debía ser violado.

El secretario de Estado fue más allá, le explicó a su presidente que no se debía actuar ligado a Inglaterra en el momento en que se estaba iniciando una disputa con su aliado del otro lado del Atlántico por lograr mayor simpatía, más influencia y mejores relaciones con los Estados nacientes de este continente al que aspiraban dominar con criterio hegemónico. En esa medida, no tenía sentido hacer una declaración conjunta, Estados Unidos la debía hacer unilateralmente.

Monroe fue convencido por su secretario de Estado, pero así como él, también «fue más allá». Consideró que la situación no solo ameritaba una declaración que se hiciera llegar por vía diplomática a todos los países, pensó que tendría mucha más fuerza si la idea era incluida en el mensaje presidencial de ese año. El 2 de diciembre de 1823, Monroe hizo saber ante el Congreso de Estados Unidos que:

> Los continentes americanos, por la condición libre y soberana en que se encuentran, desde ahora no han de ser considerados como objeto de colonización por parte de cualesquiera potencia europea (…). Por ello, en honor a la franqueza y a las relaciones amistosas existentes entre Estados Unidos y aquellas potencias, debemos declarar que consideraríamos todo intento de su parte de extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio, como algo peligroso para nuestra paz y seguridad (…) (Instituto Superior de Relaciones Internacionales «Raúl Roa García», 1992).

Según Henry Kissinger (1995), la Doctrina Monroe le daba autoridad a Estados Unidos para ponerse al mismo nivel

que «cualquier rey europeo», es decir, ampliar su comercio, tener mayor autoridad en la región y agregar territorios, en pocas palabras «convertirse en una gran potencia sin tener que practicar la política del poder» (p. 30).

Haciéndose eco de la desvergonzada práctica de su país, en su análisis del hecho, Kissinger agrega que Estados Unidos no consideraba contradictorio el afán de extenderse geográfica y políticamente y su convicción de ser un país inmaculado, de la misma manera que lo era Europa. Al dar una explicación del carácter de la Doctrina Monroe, expone que el afán expansionista era parte de una condición natural, por lo que se valieron de su fuerza para «imponerse sobre los indios, sobre México, en Texas y hacerlo con la conciencia tranquila» (*Ibid*.).[13]

No obstante, la declaración del presidente Monroe no fue bien recibida en Londres cuyo gobierno fue tomado por sorpresa cuando simultáneamente el Reino Unido realizaba diligencias reales para evitar la intervención de la Santa Alianza en América.

El inicio de 1823, había sorprendido al Libertador en Pasto, preparando viaje al sur. El día 22 de enero arribó a Quito. Unos días después, el 7 de febrero llegó a Guayaquil donde se instaló para esperar la autorización del Congreso para marchar al Perú. Parece un león enjaulado. Realiza pequeños y cortos movimientos de pocos días a finales de febrero y en junio, cuando se desplazó sucesivamente a Babahoyo, Quito y Otavalo regresado a la ciudad-puerto el 1° de agosto previsiblemente para estar disponible para embarcarse y dirigirse al sur.

Estaba involucrado de lleno en solucionar los problemas que le impedían iniciar la campaña del Perú. Sin abandonar el

---

13 Para una mirada más amplia sobre Doctrina Monroe ver Rodríguez Gelfenstein (2023), *De Bolívar a Chávez, Venezuela y la Doctrina Monroe.*

conocimiento y análisis de los problemas internacionales, fue evidente que los estudiaba en cuanto a las implicaciones que podrían tener en las operaciones que preparaba. El 8 de enero se queja a Santander: «Nosotros no sabemos nada de Vd. Ni del mundo europeo, porque no hemos recibido un solo correo, ni un pliego de allá, más de dos meses ha [sic]» (vol. I, 1947, p. 712).

Pocos días antes de marchar al Perú comienza a prestar mayor atención a los movimientos que se estaban produciendo en Estados Unidos y Europa. Según Pérez Rescaniere (2023), en el año 1823, Canning le envió una carta al embajador estadounidense en Londres, Richard Rush, para que le informara al secretario de Estado John Quincy Adams acerca de la propuesta de «lanzar un mensaje declarando un protectorado de los Estados Unidos sobre Latinoamérica, entonces llamada América española». El tema devino en un proyecto de confederación armada contra la Santa Alianza elaborado en Portugal y que estaría formada por los nuevos Estados americanos antes españoles, además de España, Portugal, Grecia, Estados Unidos y Haití. Para ello fue convocado en Washington un congreso de plenipotenciarios.

Dando a conocer su opinión sobre el proyecto, en carta a Bernardo Monteagudo, fechada en Guayaquil, el 5 de agosto de 1823, el Libertador asevera que

> Decir mi opinión sobre este proyecto es obra magna, como dicen. A primera vista y en los primeros tiempos, presenta ventajas; pero después, en el abismo de lo futuro y en la luz de las tinieblas, se dejan descubrir algunos espectros espantosos. Me explicaré un poco: tendremos en el día la paz y la independencia, y algunas garantías sociales y de política interna; estos bienes costarán una parte de la independencia

> nacional, algunos sacrificios pecuniarios y algunas mortificaciones nacionales Luego que la Inglaterra se ponga a la cabeza de esta liga seremos sus humildes servidores, porque, formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez y en la vejez seremos libertos; pero me parece demasiado que un hombre pueda ver tan lejos, y, por lo mismo, he de esperar que estas profecías sean como las otras; ya Vd. me entiende.
> Yo creo que Portugal no es más que el instrumento de la Inglaterra, la cual no suena en nada, para no hacer temblar con su nombre a los cofrades; convidan a los Estados Unidos por aparentar desprendimiento y animar a los convidados a que asistan al banquete; después que estemos reunidos será la fiesta de los Lapitas, y ahí entrará el León a comerse a los convivios (vol. I, 1947, pp. 791-792).

Un día después, el 6 de agosto, en carta a Santander, Bolívar se aviene a darle una opinión sobre cómo está observando la situación en Europa, le dice que al estudiar lo que está ocurriendo se llena de incertidumbre. Pero al mismo tiempo, manifiesta que su esperanza es cada vez más fuerte porque el proceso que se estaba viviendo en América era irreversible y el sentimiento de los americanos era ser independientes. Cree que en Europa también están teniendo esta percepción, por lo que le resta importancia al hecho de un probable reconocimiento o incluso a la obtención de la paz porque ella «será bien pronto mal que le pese a la Europa y España» (vol. I, 1947, p. 793).

En ese contexto, Rusia también echaba sus cartas en el conflicto, jugando a partir de sus propios intereses. En 1821, el zar Alejandro I proclamó un decreto que prohibía la pesca

y la comercialización en sus territorios americanos (Alaska). En el afán de no incentivar una contienda en paralelo y no escalar un diferendo bilateral que no estaba entre sus prioridades, Canning desestimó esta situación que afectaba sus intereses comerciales porque además, enfrentarlo significaba costos excesivamente elevados para las arcas reales.

Por ello el gobierno británico centró sus esfuerzos en convencer a Francia, jugador relevante en esta intríngulis intervencionista europea, a fin de que desistiera de enviar tropas a América exponiendo el fuerte rechazo del gobierno de Su Majestad británica a tal eventualidad, incluso amenazando con la utilización de la flota británica a fin de evitar una operación militar.

En París tomaron nota de la demanda británica que conllevó al fortalecimiento de la oposición doméstica a la intervención. Esta situación condujo a que el embajador de Francia en Londres, el príncipe de Polignac suscribiera un memorando en el que negaba cualquier intencionalidad de Francia de intervenir en la América hispana. De esta manera, el primer ministro británico al tener la certeza de que no habría injerencia de la Santa Alianza consideró innecesario cualquier negociación en ese sentido con Estados Unidos.

De manera que cuando es recibida la noticia de la declaración del presidente Monroe, el malestar de Canning fue ostensible y notorio, al constatar que Washington estaba usando esa manifestación pública como expresión de la voluntad unilateral de Estados Unidos de «salvar» a la América española de la intrusión europea. En este contexto, Canning decidió divulgar el memorando Polignac –sin previa consulta a Francia– provocando ahora el malestar de París por la decisión británica. No obstante a eso, Gran Bretaña quiso hacer patente que fue ella la que evitó la intervención de la Santa

Alianza en América poniendo en evidencia el carácter unilateral y claramente protagónico de los intereses de Estados Unidos en la región y su disposición a establecer el control sobre las repúblicas de la América meridional que estaban naciendo como Estados independientes.

España por su parte, vivía un período de fuerte oposición al liberalismo que se había establecido entre 1820 y 1823 tras el alzamiento del general Riego. El regreso de los monárquicos al poder trajo consigo una reacción violenta insuflada por el odio contra los que habían ostentado el poder durante el trienio liberal. El sector más conservador de la sociedad, impregnado de un fuerte sentimiento revanchista que propugnaba la institucionalización de todo tipo de excesos desenfrenados y deseosos del desquite, sumieron a España en una situación de extrema violencia.

El ambiente de la sociedad española manifestaba extrema complejidad, una prolongada recesión económica imbricada con una profunda crisis financiera se mezclaban con un extendido rechazo de las regiones a la excesiva centralización de Madrid que implicaba una preponderancia de lo urbano sobre lo rural que generaba gran resentimiento hacia las autoridades.

Un mar de contradicciones permeaban el mundo político y social del reino: la aristocracia terrateniente resentía ciertos remanentes del liberalismo, mientras que los campesinos manifestaban temor ante la pérdida de derechos conquistados. Eran momentos de insurrecciones locales al punto que en 1822 el nordeste de la península estaba prácticamente en un estado de guerra civil (Payne, 1986). Por su parte, la iglesia se encontraba dividida entre un sector proclive a apoyar a un liberalismo moderado y otro conservador que rechazaba cualquier acercamiento a los «exaltados».

Este es el contexto en el que, dada la fuerte ingobernabilidad que había en el país, Fernando VII solicitó la intervención de las potencias conservadoras europeas. No hubo de inmediato una respuesta positiva a tal demanda dada la pérdida de prestigio de la monarquía borbónica. Pero en 1823, ante el peligro real de toma del poder por los rebeldes, una fuerza militar expedicionaria formada por 100 mil soldados franceses denominada «Cien mil hijos de San Luis», apoyada por un pequeño ejército religioso español formado por campesinos ultraconservadores, intervino en la Península sin tener mayor resistencia.

Se inició una fuerte persecución a las huestes liberales: destierros, confiscación de propiedades, arrestos y ejecuciones por miles fueron la tónica de la actuación del bando conservador bajo el manto protector de las tropas francesas. Fernando VII pretendió extender su presencia en el país pero los propios jefes y oficiales galos repudiaban la brutalidad de la monarquía española manifestando desdén y repudio por su actuación. En este ambiente convulso, Fernando se propuso intentar el restablecimiento total del absolutismo y el retorno de todas las leyes e instituciones propias de ese sistema, que habían sido abolidas.

Las circunstancias sin embargo lo obligaron a hacer alianzas con personajes que no eran de su total confianza. La resistencia al absolutismo llegó a un punto tal que miembros de la nobleza y la jerarquía eclesiástica habían constituido una facción que exigía una restructuración total del gobierno a fin de combatir en profundidad al liberalismo que en la situación de caos existente persistía en echar raíces en una sociedad cansada de los excesos del monarca. Incluso, llegaron a proponerse restaurar la Inquisición, única medida que Fernando VII no se atrevió a ejecutar tras su retorno al poder (Payne, 1986).

Ya instalado en el Perú, fue evidente que Bolívar se propuso volver a tomar el pulso de la situación internacional, se avecinaban combates decisivos y necesitaba tener certezas de cómo se iban a ir moviendo las potencias en torno al desenlace. En carta a Santander fechada en Lima el 16 de septiembre de 1823 hace un pormenorizado análisis de los sucesos que están aconteciendo en Europa. Refiriéndose a la misión que España había enviado a Buenos Aires donde fue bien recibida por el hombre fuerte del gobierno rioplatense, Bernardino Rivadavia, Bolívar opina que, siendo este el último intento de España por no perder el control total de sus excolonias, no ha obtenido nada. Asimismo cree que la invasión francesa a España va a conducir a que en menos de 6 meses la monarquía borbónica se viera obligada a cesar las hostilidades en América.

Abunda en la situación de las tropas francesas que ya habían entrado en la Península y aventura que en muy poco tiempo ocuparán Andalucía y reinstalarán a Fernando VII en el poder.[14] Esta situación lo lleva a lo que él mismo denomina «conjeturar muchas cosas grandes». En este sentido, tiene plena seguridad de que Francia culminaría la ocupación de España; que Inglaterra se opondría a Francia; que una vez reinstalado Fernando VII en la corona, intentaría recuperar sus colonias en América; pero que ella conduciría a «un incendio general en Europa y en el Nuevo Mundo» (vol. I, 1947, p. 809).

Cree que esto será consecuencia del enfrentamiento de los liberales contra las monarquías en Europa y América, porque si los Borbones se atrevieran a intentar recuperar sus antiguas colonias, se verían enfrentados al espíritu independentista de

---

14 Vale decir que la tardanza en la llegada de la información hace que Bolívar en septiembre esté analizando hechos que habían ocurrido en abril. En el momento de escribir esta carta ya las tropas francesas habían culminado la ocupación. De hecho, habían entrado en Madrid el 23 de mayo.

ellas. Se pregunta qué podrían hacer España y Portugal con sus monarquías, qué va a hacer Inglaterra para impedir que ellas se instalen en las colonias que permanecen fieles[15] y finalmente, el Libertador infiere que si tal situación ocurriera, podría significar una agudización de la lucha en América.

Bolívar piensa que en Europa, todos tienen interés en la independencia de los países de América, pero gobernados por príncipes provenientes de las monarquías del Viejo Continente, lo cual considera de suma trascendencia y de extrema gravedad para los republicanos, por lo que debería ser objeto de una larga y profunda meditación.

Al comenzar el año 1824, Rusia y Austria seguían empecinados en no reconocer a las naciones hispanoamericanas entre otras razones porque no eran eslavas y no tenían ningún control sobre ellas. Por el contrario, Canning profundiza su idea del reconocimiento. Pero antes, intenta nuevamente conseguir una fórmula de consenso para la cual le propone a España su disposición a rechazar cualquier conferencia en la que se trataran los asuntos de Hispanoamérica, ofreciendo además garantías para asegurar que España conservara algún control sobre sus colonias, a cambio de que Fernando VII ordenara una separación pacífica de las mismas.

Pero España impugnó tal idea. Puesto en tal trance, Canning decide radicalizar sus posiciones. Los informes de las misiones que había enviado a México y Colombia fueron positivos en torno a una buena disposición de esas repúblicas hacia Gran Bretaña. En ese contexto, le propone al gabinete reconocer la independencia de Chile, Colombia y las Provincias Unidas del Río de la Plata. En carta dirigida al diplomático británico Sir William à Court, el 20 de enero de 1824, le

---

15 Evidentemente está pensando en Perú.

dice que «cree el Gabinete Británico que el reconocimiento de aquellos nuevos Estados que han establecido de hecho su existencia política e independiente, ya no puede retardarse» (citado por Rojas, 2005, p. 47). Este plan fue aceptado, dando inicio a continuación, a la tramitación correspondiente incluyendo la notificación a las demás potencias europeas, lo cual se hizo el primer día de 1825. La Santa Alianza rechazó esta decisión, pero no podían hacer nada para revertirla.

En el caso de Brasil, la independencia transcurrió de forma diferente. El príncipe regente Juan VI que había subido al trono en Río de Janeiro en 1816, fue obligado a regresar a Lisboa por el ejército portugués impregnado de liberalismo en 1822, dejando en el trono a su hijo Pedro I que gobernó con el título de emperador de Brasil transformando al país en una monarquía constitucional independiente de la metrópoli.

Ante este hecho, Canning concede su apoyo a la decisión de Pedro I, pero actúa con mucha prudencia. Al contrario, la Santa Alianza rechaza la decisión, mientras que Estados Unidos reconoce la independencia brasileña el 26 de mayo de 1824. Sin embargo, Gran Bretaña se le adelanta al firmar un tratado comercial con Brasil que exasperó a Portugal. Londres comienza a mover su diplomacia para que Portugal reconozca a su antigua colonia, lo cual se produce en agosto de 1825.

En el marco de todas estas circunstancias tanto externas como internas, se hacía patente que la monarquía española no pasaba por un buen momento. En el país, era manifiesto el total fraccionamiento de la sociedad e incluso del ejército. Fernando VII solo se sostenía por el apoyo de los franceses, pero eso no podía ser una solución de largo aliento. En este escenario, era muy poco probable que la monarquía pudiera dedicarle atención a sus colonias americanas que se encontraban en plena efervescencia independentista desde que

habían pasado a la ofensiva en 1820. Perú era el último bastión realista en América del Sur y aunque le proporcionaba abundantes riquezas a la corona, esta era incapaz de enviar refuerzos que ayudaran a contener a los patriotas. Esta debilidad estaba siendo aprovechada por el Reino Unido y sobre todo por Estados Unidos para incrementar su protagonismo en la región desplazando de forma determinante e irreversible a la potencia colonizadora.

Bolívar toma nota de esta situación. En un párrafo muy expresivo de una carta dirigida al Coronel Tomás de Heres desde Huamachuco el 28 de abril de 1824 le dice:

> La Europa nos es favorable, la Inglaterra está decidida ciegamente por nosotros, la Francia no hará nada y el resto de la Europa lo mismo. Todo nos anuncia independencia y triunfo. No haga Vd. caso de nada de lo que se diga, porque nada puede cambiar la faz de la América queriéndolo Dios, Londres y nosotros (vol. I, 1947, p. 956).

En tono similar, el mismo día le escribe al vicealmirante inglés Martín José Guise al servicio de la Escuadra del Perú donde llegó a ser al Comandante en Jefe tras la deserción del mercenario británico Thomas Cochrane en 1821 que abandonó a San Martín y al Perú en un momento álgido de la guerra de independencia. Al igual que su antecesor, Guise fue problemático. Su relación con Bolívar fue difícil, casi siempre motivado por asuntos económicos referido a salarios de él, sus oficiales y marineros.

Bolívar, necesitado del apoyo naval para sus planes, ignoró las desavenencias con el marino inglés. En la carta le expone un pormenorizado análisis de la situación en España para decirle que no ve posibilidad alguna que la monarquía

borbónica pueda equipar un solo buque de guerra para enviar a América. Da por imposible esta posibilidad rechazando las informaciones que daban cuenta del zarpe desde Cádiz de buques españoles dirigidos al Nuevo Mundo. De resto, le informa la situación de Europa en la misma perspectiva de la carta anterior dirigida a Heres solo agregando que Austria «solo mediará por vías pacíficas». De igual manera le da a conocer la posición de Estados Unidos tras el discurso del presidente Monroe en diciembre del año anterior (*Obras completas*, 1947).

II. La situación política en el Nuevo Mundo

El proceso independentista en Hispanoamérica no había seguido un rumbo regular ni homogéneo en las nuevas repúblicas. En 1821, la Capitanía General de Guatemala había desaparecido tras la declaración de independencia de sus cinco provincias: Chiapas, Guatemala, San Salvador, Honduras así como Nicaragua y Costa Rica (que para el momento y hasta el mes de diciembre constituían una sola instancia en el esquema colonial español). Estas provincias formaron parte por un corto tiempo del imperio mexicano bajo liderazgo de Agustín de Iturbide. Las élites centroamericanas habían decidido incorporarse a la monarquía mexicana a fin de proteger sus propios intereses que sentían amenazados por un potencial estallido social (Guerra Vilaboy, 2006), pero tras la abdicación de este y la proclamación de la república en 1823, formaron las Provincias Unidas de Centro de América, que se transformó en 1824 en la República Federal de Centroamérica.

Tras la abdicación de Iturbide en marzo de 1823 y el fracaso de su efímero proyecto de monarquía constitucional, en México se manifestaron todas las debilidades de la enorme república septentrional de la América antes española. Las tres

facciones existentes (monárquicos a favor de España, iturbidistas y republicanos) se enzarzaron en luchas intestinas de las que salieron triunfantes estos últimos, aunque bastante debilitados. En lo que significó una vuelta atrás, México volvió al momento de la independencia.

Pero ahora, había surgido una nueva división entre liberales, conservadores, centralistas y federalistas. Los centralistas y conservadores que tenían como líder a Lucas Alamán eran expresión de las élites civiles y militares propietarias de tierra y la jerarquía eclesiástica. Se le oponían los federalistas y liberales reunidos en torno a intereses económicos que propulsaban una descentralización de la gestión económica en la que prevalecía el interés por un desarrollo manufacturero y de las industrias artesanales en contraposición a la fuerte influencia de los grandes latifundistas. Intentaban suprimir el poder de los privilegios de la capital y de las corporaciones que comenzaban a surgir.

En ese ambiente de fuertes pugnas internas, en 1824 se convocó a una asamblea constituyente para que redactara una constitución republicana que ordenara al país y resolviera el vacío de poder creado tras la caída de Iturbide. La fuerza del federalismo y la búsqueda de acuerdos entre la capital y las regiones estuvieron en el centro de los debates. Era una constitución de compromiso entre liberales y conservadores, entre la iglesia y el pensamiento anticlerical, entre «progreso y reacción» como señaló posteriormente Benito Juárez (citado por Lynch, 1985, p. 363). El liberal Guadalupe Victoria fue elegido como primer presidente de México. En él, Bolívar tuvo un sólido estandarte de apoyo a la causa integracionista, igual papel jugó el conservador Lucas Alamán quien ocupó el cargo de ministro de Relaciones Exteriores.

El Río de la Plata, durante estos años, vivía profundas contradicciones con el imperio de Brasil. La ocupación de la

provincia Cisplatina (Uruguay) por parte de Brasil fue rechazada en Buenos Aires derivando en un conflicto que habría de transformarse en guerra en 1825. Mientras tanto, diferentes facciones se enfrentaban entre sí. La incorporación de Uruguay a Brasil era apoyada por los estancieros[16] que recelaban del espíritu popular de la lucha de José Artigas en contra de la invasión portuguesa, al mismo tiempo que manifestaban cercanía con los valores de la nobleza que dominaba al Brasil. No obstante, las ideas de Artigas habían prendido en el ánimo de un sector importante de la población. Juan Antonio Lavalleja, un veterano oficial artiguista, tomó la batuta para dar continuidad a la lucha de los uruguayos. Al mismo tiempo se incrementaban las luchas entre federalistas y el gobierno de Buenos Aires, tras la aprobación por este de una constitución centralista en 1819 (Guerra Vilaboy, 2006).

En el Río de la Plata transcurría un momento de aparente expansión económica tras la ejecución del plan económico del gobernador Martín Rodríguez elaborado por Rivadavia que ejercía como ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores. La idea era atraer las inversiones británicas y el comercio con esa monarquía que en 1822 había abierto sus puertos a los navíos provenientes de Hispanoamérica como un adelanto al previsible reconocimiento de las nuevas repúblicas. Aunque Buenos Aires vivía el instante de la expansión, el interior del país ofrecía resistencia a los comerciantes británicos, como forma de proteger a los productores y comerciantes locales. Asimismo, las innumerables guerras civiles internas dificultaban el desarrollo económico. El Río de la Plata desarrollaba sus primeros años de vida independiente en el marco de una dicotomía entre la capital y las provincias del interior del país.

---

[16] Dueños de estancias, propiedades rurales de gran extensión.

Con todo, se había desatado una clara apuesta británica por el comercio con esta república, se estableció un banco con capital inglés para favorecer las inversiones de los súbditos de Su Majestad británica. Los comerciantes de Londres vendían buenos productos, especialmente textiles y herramientas a bajo precio. A su vez, controlaban la producción y exportación de cueros en barcos propios (Lynch, 1985).

No obstante, lo que Lynch (1985) denominó «el primer experimento económico de la independencia» fracasó al no poder obtener los logros propuestos. Muchas explicaciones se arguyen al respecto, algunos concluyen que la idea estaba alejada de la realidad, sobre todo, por no tener en cuenta las grandes dimensiones del país y las profundas diferencias entre la capital y el interior rural y atrasado.

Por otra parte, la poderosa oligarquía rural exportadora porteña quiso utilizar su ubicación geográfica en la desembocadura del Río de la Plata para establecer un monopolio sobre el control de las vías fluviales que penetran en el corazón del subcontinente. El más perjudicado fue Paraguay que comenzó a exigir libertad de navegación por los ríos para buscar una salida sin restricciones al mar. Tal solicitud fue denegada por lo que no le quedó más camino que liberarse de la tutela de Buenos Aires. El espíritu de independencia comenzó a permear a la sociedad paraguaya que se había liberado de España como parte del virreinato del Río de la Plata bajo el liderazgo del dictador perpetuo Gaspar Rodríguez de Francia que declaró en 1813 la voluntad de los paraguayos de emanciparse de cualquier supervisión o control extranjero.

Rodríguez de Francia estableció un gobierno autárquico y fuerte que incorporó novedosos métodos de producción agrícola y ganadera después de la confiscación de la propiedad latifundista, orientando la economía hacía un proceso

de modernización inédito en América. Esto permitió lograr la autosuficiencia alimentaria distribuyendo los productos gratuitamente a la población. Igualmente, reorganizó el ejército, abolió la leyes de inquisición y limitó el poder de la iglesia y de la nobleza.

Todo este proceso atentaba contra el funcionamiento de la economía de las nuevas repúblicas, en gran medida inspiradas por Gran Bretaña que había desplegado un modelo de libre comercio beneficioso para su propio desarrollo económico, aprovechando las ventajas que le proporcionaba su gran capacidad industrial y manufacturera. Así, se fue incubando el germen del rechazo hacia el modelo paraguayo que habría de conducir a una guerra pocos años después.

La provincia de Charcas, la actual Bolivia, ubicada en la región más septentrional del territorio del Río de la Plata estaba muy alejada de Buenos Aires lo cual dificultaba su control. En la región hubo un fuerte movimiento guerrillero antiespañol que tenía entre sus antecedentes los levantamientos indígenas de 1779 y 1781 conducidos por Tomás Katari, Túpac Amaru II y Túpac Katari. En una nueva etapa, propició las revoluciones de Chuquisaca y La Paz, ambas en 1809, que fueron sofocadas tras el envío de fuerzas españolas desde Buenos Aires. Estos movimientos insurgentes, entre los que destacó la gran sublevación mestizo-indígena de Pumacahua, que tuvieron gran trascendencia en las futuras luchas independentistas, fueron finalmente derrotados entre 1815 y 1816 por un gran ejército enviado desde Lima al mando del virrey Pezuela. No obstante, esta provincia y la de Santa Cruz de la Sierra mantuvieron en todo momento una situación generalizada de insubordinación al control realista. Su proceso independentista, sin embargo fue propiciado por sectores de criollos que dominaban la sociedad. Todo esto ocurría mientras Bolívar preparaba la campaña del Perú.

En Chile, Ramón Freire dirigió un movimiento opositor a O´Higgins que produjo su abdicación en enero de 1823. La revuelta anti o´higginiana surgió desde el interior del país (norte y sur) contra la capital, propiciando una fuerte zancadilla a la unidad nacional. El «Acta de Unión» firmada el 30 de marzo de 1823, pretendía establecer una representación igualitaria de todas las provincias en el Congreso. La nueva Constitución aunque aprobada, fue rápidamente abandonada por un contenido ultraconservador que no fue aceptado por los sectores liberales de la sociedad.

El escenario chileno era expresión de un gran desierto político solo sostenido por el poder del Director Supremo, pero signado por un vacío de poder, la división de la sociedad, un congreso débil y pugnas entre la centralidad de Santiago y la búsqueda de una mayor participación de las provincias en la toma de decisiones. La defenestración de O´Higgins, significó el inicio del aislamiento del país y el fin del apoyo chileno a la causa de las luchas antiespañolas en la región.

Colombia, por su parte, se debatía en discusiones acerca del sistema político más favorable para la nueva república. Al igual que en México, centralistas y federalistas se disputaban la razón. Finalmente se impuso el modelo centralista. Sin embargo, el quehacer del gobierno se veía abocado en gran medida a dar solución a los graves problemas económicos que aquejaban al extenso país. Las tierras estaban abandonadas, las propiedades destruidas, el comercio interrumpido, así mismo era patética la deplorable situación de las vías de comunicación (Borja Gómez, 2006). La guerra agotaba los recursos y hacía difícil la búsqueda de procedimientos de tramitación del problema.

La situación creada tensaba las relaciones entre las provincias y torpedeaba la unidad del país, el pasado colonial imponía métodos y tradiciones de conducta administrativa que

no respondían a las lógicas idiosincráticas diversas de cada región. Además de la crisis económica, conspiraban contra la organización del país la existencia de una burocracia inexperta y desorganizada, un ejército agotado por la guerra y una gran extensión territorial, muy difícil de controlar.

A esto había que agregar las profundas diferencias, de razas, castas y clases. Las élites se resistían a compartir el poder conquistado y trabajaban a favor de intereses sectarios o de grupos, todo lo cual fortaleció el caudillismo y debilitó el poder de la autoridad y del gobierno.

En Venezuela, la guerra de independencia había alcanzado un carácter tan violento que no tenía parangón en otros territorios de la América hispana. Al igual que toda Colombia, la devastación económica producida por la conflagración determinó el futuro inestable y caótico de la administración. Los ingresos aduaneros se veían disminuidos por el excesivo contrabando desde las Antillas del Caribe. El gobierno se vio obligado a reducir los impuestos a fin de conseguir un mayor ingreso por vía de derechos aduaneros sobre las importaciones.

Caracas se abría al mundo en un marco de aumento de la dependencia y del subdesarrollo. La población del país disminuía y se concentraba en las regiones costeras. La independencia consagró una nueva clase conformada por los caudillos que tras finalizada la contienda se transformaron en propietarios de grandes haciendas rurales. Era de tal complejidad la situación interna de Venezuela que en carta dirigida a Santander desde Lima el 10 de octubre de 1823, Bolívar emite una terrible y pesimista sentencia que lamentablemente fue expresión de un presagio que solo su mente privilegiada podía ver: «En cuanto a Venezuela, siempre seré de dictamen que su ruina será sellada el día que no le quede un enemigo en su

territorio; ojalá que Puerto Cabello quedase siempre en manos de enemigos…»[17] (vol. I, 1947, p. 816).

En este marco de conflicto generalizado, Bolívar se daba a la tarea de intentar organizar al Perú, mientras diseñaba la campaña que habría de dar al traste definitivamente con el poder español en América. Como se ha dicho, la situación en el país era de una total inestabilidad e ingobernabilidad. En febrero de 1823, el Congreso se vio obligado a sustituir a la Junta Gubernativa nombrando a José de la Riva Agüero como máxima autoridad del país.

La aristocracia peruana tenía en él a un fiel representante que mantenía las tradiciones de ambigüedad propias de una clase acomodaticia que esperaba el desenvolvimiento de las luchas independentistas para tomar posición. Mientras tanto, con sumo celo, vigilaba las posibilidades que la independencia podía conceder a las clases más humildes de la sociedad. En realidad, más que la disyuntiva entre el sostenimiento del poder colonial y la independencia, lo que realmente le interesaba era su capacidad de controlar el poder en cualquier régimen que surgiera, sobre todo después que, tras la partida de San Martín y la llegada de Bolívar habían ostentado un poder omnímodo.

No obstante eso, las élites peruanas, o fueron incapaces o no quisieron gobernar a favor de la república, mucho menos proponerse derrotar a los españoles. De ahí la necesidad de que haciendo patente su incapacidad y su fracaso, debieran buscar a regañadientes a Bolívar para que tomara las riendas de la conducción del país y solventara la crisis de algún modo.

---

[17] El 8 de noviembre de 1823 se produjo la toma del castillo de Puerto Cabello, hecho militar que significó la captura del último bastión del imperio español en Venezuela. En el momento de redactar la antecitada carta, el ejército venezolano se encontraba haciendo los preparativos para dicha operación.

El 21 de mayo de 1824, Bolívar le envía una misiva al general español Pedro Antonio Olañeta quien curiosamente estaba enfrentado al virrey La Serna en defensa del absolutismo y en rechazo al liberalismo que se había establecido en España. Bolívar ve en esa situación la oportunidad de sumar fuerzas a favor de la independencia.

En la carta le informa a Olañeta la situación en Europa y en América, lo cual arroja un escenario positivo para el desenlace victorioso de la guerra a favor de la república. Saludando su decisión de separarse del mando español, le dice que se dirige a él envuelto en un espíritu de paz y amistad. Le informa que en el contexto actual tanto el Reino Unido como Estados Unidos, únicas naciones navales, protegen a América que además está confederada para defenderse de enemigos externos, por lo tanto es inviable cualquier apoyo a las tropas españolas que la monarquía intentara enviar por mar. Esta carta es expresión de la valoración positiva que hace el Libertador de la situación internacional lo cual, a pesar del difícil escenario interno, influye positivamente en que el Libertador tenga una visión optimista del futuro.

III. Las primeras acciones diplomáticas de Colombia

En este marco de complejidades, Colombia comenzó su impronta internacional como país independiente. Las actividades emprendidas no se circunscribían exclusivamente al accionar que el ejército desarrollaba fuera de sus fronteras bajo el mando de Bolívar. Desde su fundación, la nueva república se avino a desarrollar la diplomacia como gestión propia de un gobierno independiente que debía abrirse paso en la región y el mundo.

Por supuesto, la primera tarea de la diplomacia era lograr el reconocimiento de las potencias que ejercían el control político en el mundo occidental. Asimismo, Bolívar insistía de forma persistente en la necesidad de avanzar hacia el acercamiento con las otras repúblicas antes españolas que nacían al amparo de la independencia. Aunque había otras misiones planteadas a la diplomacia colombiana como el intercambio económico, el comercio y el manejo de la deuda, eran las dos primeras las que copaban el ejercicio de la política exterior. Dado el involucramiento casi a tiempo completo del Libertador en el logro de la derrota total de España, le correspondió al vicepresidente Santander y al gobierno en Bogotá la ejecución

de las obligaciones del Estado en materia internacional. No obstante, desde lejos Bolívar seguía el pulso de los acontecimientos, daba instrucciones y hacía seguimiento de las gestiones emprendidas.

En el mensaje de Santander al Congreso en 1823, el vicepresidente encargado del gobierno informa que se ha procurado establecer algunas «relaciones diplomáticas reducidas» con potencias europeas a fin de lograr el reconocimiento de ellas a la soberanía de Colombia. Igualmente, da a conocer que el estado de los vínculos con Europa se mantienen en una suerte de ambigüedad caracterizada por no reconocer, pero tampoco inmiscuirse, manteniendo la neutralidad y fomentando el comercio, Por su parte, la política exterior de Colombia se caracterizaba por la búsqueda de la paz, la justicia y la buena fe en sus lazos con otros países

Específicamente sobre España, Santander dijo claramente que el gobierno no iba a admitir negociación alguna mientras la monarquía borbónica no reconociera la soberanía nacional de Colombia. Aun sabiendo que en Madrid no se aceptaría tal propuesta, la nueva república había comenzado a desarrollar una política exterior propia e independiente.

En este marco y por instrucciones expresas de Bolívar, se envió a José Rafael Revenga y a José Tiburcio Echeverría a España a intentar una negociación, sin embargo, como ya era sabido, el clima no era favorable. En tal situación, Echeverría consideró que se debería poner fin a la misión y regresar a Bogotá. Por el contrario, Revenga era de la idea de permanecer en Madrid e intentar una negociación conjunta con los representantes del Río de la Plata y Chile, pero el rechazo a Colombia y sobre todo a Bolívar era muy fuerte en la capital de la metrópoli (Rojas, 2005). En general en las Cortes españolas se impugnaba fuertemente a Bolívar por las operaciones

que el ejército colombiano desarrollaba en Perú, un territorio que Madrid aún pretendía conservar.

En su discurso ante el Congreso, Santander estableció una notable diferencia entre la actitud de España y la de Estados Unidos encomiando la decisión de Washington de reconocer la independencia y soberanía de los nuevos Estados de la América Meridional (Cavelier, 1976).

De igual manera, en el mismo año y en la misma tribuna, Pedro Gual, secretario de Relaciones Exteriores expuso la voluntad de Colombia de respetar los derechos de las otras naciones, exigiendo que se respetaran los propios. En esa medida, el país se propuso sistematizar las relaciones establecidas en el marco de ciertas normas que instituyeran relaciones recíprocas sustentadas en la buena fe universal. Gual (citado por Cavelier, 1976) sostuvo que la política exterior de Colombia se había construido sobre tres pilares: «alianza y confederación perpetua entre los cobeligerantes; uniformidad de conducta con los neutrales, y la aplicación de todos sus elementos disponibles de ofensa y defensa contra el enemigo, hasta reducirlo al estado de solicitar la paz…» (p. 8).

Sobre Gran Bretaña, el secretario manifestó su decepción por la negativa de Londres de establecer relaciones por la importancia que ello tendría para Colombia dado su carácter de primera economía mundial y sus grandes potencialidades para el comercio y la inversión. En enero de ese año, José Rafael Revenga, en calidad de embajador de Colombia en el Reino Unido había enviado una larga nota a George Canning, Secretario de Relaciones Exteriores, solicitándole el nombramiento de cónsules en los puertos de ambos países a fin de facilitar la comunicación y viabilizar el comercio.

En un acto de extrema osadía diplomática, Revenga le señala a Canning que se podría presumir que la decisión de

Su Majestad británica de no reconocer a las nuevas repúblicas americanas podría estar dado por acuerdos existentes entre Londres y Madrid. Reafirmando que Colombia no deseaba interferir en las decisiones del Reino Unido, Revenga reitera la decisión irrevocable de las repúblicas americanas de ser independientes con «todos los goces y atributos que caracterizan a las naciones» (*Ibid*. pp. 57-59).

También en enero del 1823, Gual había girado instrucciones a José María Salazar, embajador colombiano en Estados Unidos para que este procurara persuadir al gobierno de Monroe a fin de concluir un tratado de amistad, comercio y navegación que fuera mutuamente ventajoso para los dos Estados. En el documento, el secretario de Relaciones Exteriores de Colombia le reitera al embajador que tal gestión es de suma importancia en un momento en que existe ambigüedad en la política de las potencias europeas hacia las nuevas republicas americanas. Gual cree que una decisión favorable a un tratado ejercería presión en Europa a favor de Colombia, considerando que «los buenos oficios de Estados Unidos en esta parte, son de una importancia vital para Colombia…» (*Ibid*., pp. 44-45).

En su memoria al Congreso, Gual concede suma relevancia a la decisión de Portugal de reconocer a algunas repúblicas americanas comenzando por Chile en 1821. Durante ese mismo año, Colombia intercambió notas con Lisboa que hacían patente la voluntad de ambos países de establecer vínculos diplomáticos. José Tiburcio Echeverría fue designado como embajador ante la corte de Portugal pero falleció antes de asumir el encargo. El Secretario informa al Congreso que en el contexto se produjo la independencia de Brasil, asumiendo Pedro I con carácter de Emperador. Aunque este hecho, no generó modificaciones a la decisión del gobierno

portugués, Bogotá no había sido capaz de nombrar al sustituto de Echeverría para asumir la responsabilidad que se le había encargado a este. Bogotá prefirió esperar un tiempo prudente para observar el desarrollo de los acontecimientos que produjeron la independencia de Brasil y el traslado de la sede de la monarquía nuevamente a Lisboa antes de tomar una decisión sobre la cuestión.

Con relación a algunos asuntos de la región, el gobierno de Colombia tomó nota de los sucesos de México, toda vez que los mismos paralizaron la negociación de un tratado de amistad entre Colombia y ese país. Aunque el gobierno colombiano y Bolívar en particular habían manifestado su rechazo a la forma monárquica que había adquirido el Estado mexicano, desde un principio se hizo patente su voluntad de no inmiscuirse en asuntos internos de otras naciones. De manera, que, de parte de Colombia no hubo limitaciones a dar continuidad a las negociaciones bilaterales tras la asunción de Iturbide como emperador.

Las dificultades surgieron porque a pesar de que Bogotá había enviado precisas instrucciones a Miguel de Santamaría, embajador colombiano en México, a fin de que se mantuviera al margen en la dinámica política interna de ese imperio y evitara emitir opiniones al respecto, Santamaría se negó a reconocer a Iturbide como monarca causando una gran controversia que había distanciado a los dos países. En ese contexto, las provincias centroamericanas que se habían anexado al imperio mexicano comenzaban a manifestar malestar por la nueva forma de gobierno adquirida, al mismo tiempo que expresaban su simpatía por el sistema republicano, todo lo cual exponía la debilidad de Iturbide conduciendo a su defenestración en marzo de 1823.

En un período de turbulencias e inestabilidad que transcurrió desde marzo de 1823 hasta octubre de 1824, en el que

se trataba de establecer un sistema político sólido, Colombia y México firmaron el 3 de octubre de 1823 un Tratado de amistad, unión, liga y confederación que en 18 artículos establece un vínculo de nivel superior entre ambas repúblicas. Fue firmado por Miguel de Santamaría por Colombia y Lucas Alamán por México.[18]

Un tratado similar (con algunas pequeñas diferencias), se acordó casi simultáneamente con Chile en el mismo mes de octubre negociado por el enviado plenipotenciario de Colombia Joaquín Mosquera y los ministros chilenos Joaquín de Echeverría, de Relaciones exteriores y José Antonio Rodríguez de Guerra y Hacienda. Ambos tienen su base en el que se había suscrito con el Perú en julio de 1822. Sin embargo, con Buenos Aires las conversaciones no habían transcurrido con igual fluidez porque en la eventualidad de un conflicto en ciernes con Brasil, las autoridades rioplatenses recelaban de la cláusula sobre la mutua garantía de la integridad del territorio. Pero habida cuenta de que la misma tampoco había sido aceptada por Perú y Chile, Mosquera decidió no incluirla en el acuerdo por lo cual, solo se firmó un Tratado de Amistad y Alianza.

Ante un inusual hecho acaecido en Centroamérica, el gobierno de Colombia se vio obligado a emitir un boletín donde fijaba posición. En noviembre de 1803, la corona española había agregado al territorio del Virreinato de Nueva Granada las islas de Santa Catalina, Providencia y San Andrés así como territorio continental sobre la costa del mar Caribe

---

[18] La mayor parte de estas informaciones sobre negociaciones y tratativas para la firma de acuerdos de paz y amistad entre las nuevas repúblicas americanas, provienen de notas de clase del curso de Historia de las Relaciones Internacionales III dictado magistralmente por el profesor Argenis Ferrer Vargas en la Escuela de Estudios Internacionales de la Universidad Central de Venezuela en 1996.

que había pertenecido a la Capitanía General de Guatemala. El mercenario francés Luis Aury vinculado a las luchas independentistas de varias colonias españolas, aparentemente con mandato de Estados Unidos, Buenos Aires y Chile, organizó una expedición que ocupó las islas. Aury, oculto bajo ropajes autonomistas, solía tomar decisiones propias en favor de intereses privados.

El mercenario francés permaneció en las islas por tres años, administrándolas e intentando crear un gobierno autónomo en ellas. Al producirse la independencia, estos territorios fueron incorporados a la república de Colombia quien determinó que una fuerza militar expulsara a Aury y sus tropas de las islas. En ese escenario, en la *Gaceta de Colombia* N° 68 de fecha 2 de febrero de 1823, se informa que por vía diplomática se le dieron las explicaciones del caso a los gobiernos de Buenos Aires y de Chile como expresión del celo con que el gobierno de Colombia estaba dispuesto a proteger su soberanía, pero también como muestra del respeto con que se proponía establecer relaciones con los Estados americanos. Posteriormente, Chile negó que Aury actuara bajo instrucciones de su gobierno (Gobierno de Colombia, 1823).

Para dar certeza jurídica a la situación de esta provincia y evitar conflictos con Centroamérica, el 5 de julio de 1824, el gobierno de Colombia dictó un decreto en el que establecía la soberanía de Colombia sobre la Costa de Mosquitos[19] declarando ilegal toda acción encaminada a colonizar cualquier punto de ella por extranjeros.

---

19 Así llamada la región costera de América Central en el mar Caribe en los actuales territorios de Honduras y Nicaragua. En la actualidad el Cabo de Gracias a Dios es compartido por las dos repúblicas. El límite fronterizo entre los dos países corta esa prolongación de tierra en el mar.

Vistos los éxitos obtenidos por las armas patriotas en toda la extensión del continente, en la Memoria al Congreso del canciller Pedro Gual en 1823, el gobierno de Colombia aprovechó de informar a los legisladores que «había llegado el momento de poner en planta aquel gran proyecto de la confederación americana» (Gual, citado por Cavelier, 1976, p. 177) dando inicio con este pronunciamiento a la labor diplomática necesaria para organizar una cita continental en la que se deberían echar las bases para la construcción de una institucionalidad que diera solidez a tal aspiración.

Con este objetivo, se proponía construir una alianza y confederación perpetua en paz y guerra entre las naciones hispanoamericanas. Asimismo, la aceptación del *uti possidetis* de 1810 como instrumento para la demarcación de los linderos de las nuevas repúblicas. De igual manera, el proyecto planteaba la concesión de similares derechos a todos los ciudadanos de una república en el territorio de las otras y se hacía patente el respeto a la soberanía de cada república, otorgando el derecho de cada una a establecer sus propias relaciones exteriores con otras naciones independientes. Para dar una estructura a la propuesta se formuló la necesidad de convocar a una reunión de plenipotenciarios en Panamá (Gual, 1823).

Durante el año 1824, la actividad diplomática de Colombia no tuvo descanso, los objetivos seguían siendo los mismos que el Libertador había planteado el año anterior: buscar el reconocimiento diplomático de las nuevas repúblicas y avanzar en el acercamiento entre ellas a fin de conseguir pactos de unión, liga, amistad y confederación, en la ruta de edificar el gran pacto americano.

Como se dijo antes, en ausencia de Bolívar, Santander continuaba tomado decisiones y asumiendo enfoques propios de su pensamiento en materia de política exterior. En ese

marco, en su mensaje de ese año al Congreso expresó loas al discurso que el presidente Monroe había hecho ante el parlamento de su país el 2 de diciembre del año anterior. Santander lo caracterizó como «un acto eminentemente justo y digno de la tierra clásica de la libertad» encomiando la decisión del gobierno de Estados Unidos de rechazar cualquier intervención europea en los asuntos americanos (Cavelier, 1976, pp. 45-46). Con una retórica engolada que superaba los usos y hábitos de la diplomacia de una nación independiente, Santander iba esbozando una prédica de su autoría que se distanciaba de Bolívar y que habría de profundizarse en el transcurso del tiempo.

En el mismo mensaje, el vicepresidente Santander informó de los avances de las tratativas diplomáticas con los gobiernos de América. En este ámbito, comunica que el presidente Simón Bolívar se encontraba en el Perú a fin de conducir a ese país a la victoria. Tras comentar la difícil situación de ese territorio, exalta la trascendente misión que está cumpliendo el Libertador tras la confianza que ha depositado el gobierno y el pueblo peruano en él.

Con respecto a Centroamérica establece con claridad que Colombia no se inmiscuirá en los litigios y conflictos derivados de los diferendos surgidos de los cambios de soberanía de la región tras el establecimiento de la monarquía en México y su posterior defenestración. Colombia se ofreció como lugar de asilo para aquellos patriotas perseguidos por causa de esos trances no deseados entre repúblicas hermanas.

Un asunto muy relevante del informe de Santander al Congreso lo constituyó la revisión de los tratados de amistad que Colombia había firmado o se encontraba negociando con las repúblicas americanas. En este ámbito, el vicepresidente le da a conocer a los legisladores que los tratados con Perú y Chile ya han sido ratificados. Asimismo, los firmados con

Buenos Aires y México serán entregados con prontitud para el visto bueno de esa instancia de poder del Estado, que los transformaría en ley de la república. Santander expone que todos estos tratados van configurando la confederación americana que se propone dar estabilidad y fuerza a la independencia de las nuevas repúblicas.

De esta manera, el proyecto integracionista de Bolívar va cobrando vigencia y solidez jurídica. Solo basta completar la obra de la independencia con la derrota total de los españoles que se juegan en Perú su última carta en la América meridional. No obstante, su lejanía de Colombia va configurando nuevos peligros que si bien no necesariamente tienen implicaciones críticas en el momento, van generando una situación conflictiva que habría de estallar en el futuro.

Unas semanas después, el 10 de junio de ese mismo año 1824, en una exposición ante el Consejo de Estado, el vicepresidente dio continuidad a su discurso de exaltación de la propuesta del presidente Monroe. Con igual talante, similar lenguaje y muy seguramente siguiendo instrucciones del gobierno, el embajador de Colombia en Estados Unidos José María Salazar hizo lo propio en carta dirigida al secretario de Estado de Estados Unidos John Quincy Adams en julio del mismo año.

Otro diferendo debió enfrentar la Cancillería colombiana, esta vez con Gran Bretaña, motivado en una decisión tomada por Bogotá el 9 de marzo de 1822 que ponía límites al comercio de Jamaica con la costa firme del Caribe colombiano. En abril de 1824, sir Laurence Halstead, jefe de las fuerzas navales británicas, solicitó la suspensión de dicha providencia argumentando limitaciones al libre comercio. La respuesta del secretario Gual estableció la soberanía colombiana sobre los territorios que formaban parte del Virreinato de

Nueva Granada, incluyendo por cierto, las zonas costeras en el Caribe y, en esa medida la jurisdicción de Colombia sobre ellas y su autoridad para determinar las leyes que regulaban su funcionamiento.

Agregó que Colombia se había abstenido de establecer disposiciones en aquellos territorios donde no había asumido el control total, pero una vez que España había sido desplazada definitivamente, Colombia de hecho y de derecho podía instaurar las leyes que correspondan. Por tanto, rechaza la reclamación británica aunque deja abierto el espacio para una futura discusión y negociación sobre el asunto (Citado por Zubieta, 1924).

En octubre del año 1824, Colombia firmó un amplio y minucioso Tratado de Paz, Amistad, Comercio y Navegación con Estados Unidos. El documento, de una extensión inusual para la época, dispone el libre comercio entre las partes. Con pormenorizados detalles, el nuevo instrumento instaura un modelo de cooperación que a luz del texto, ofrece excelentes condiciones para una colaboración óptima entre las dos partes. En uno de sus artículos se establecen 12 años de duración para el acuerdo en materia de comercio y navegación, mientras que los otros puntos, en particular lo referido a paz y amistad, se le concede carácter perpetuo. Este Tratado fue firmado el 3 de octubre de 1824 en Bogotá por el embajador de Estados Unidos en Colombia, Richard Clough Anderson, y por el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Gual. Sin embargo, el mismo no fue ratificado por Washington sino hasta el 27 de mayo de 1855 (Cavelier, 1976), más de 30 años después.

Ese mismo mes, solo unos días después de la firma del Tratado de Paz, Amistad, Comercio y Navegación con Estados Unidos, el Secretario Pedro Gual giró instrucciones al embajador colombiano en Estados Unidos estableciendo

la visión de Colombia sobre la declaración del presidente Monroe a partir del entendimiento de los dos principios que parecían regir la política exterior de ese país: 1. Poner término a la colonización europea en América y 2. Denunciar a la Santa Alianza como perjudicial para la paz y la seguridad de Estados Unidos.

Gual le informa al embajador Salazar que esos puntos de vista acercan las posiciones de Colombia y Estados Unidos, concediéndole importancia vital a ambos, por lo que señala la necesidad de aumentar el entendimiento mutuo. Sobre esa lógica y sin consultar al Libertador, presidente de Colombia, se aviene a invitar a Washington al Congreso de plenipotenciarios que ya se preparaba en Panamá.

En Perú, en lo que podría denominarse una «diplomacia para la guerra», casi desde su llegada a Lima y tras constatar las grandes dificultades existentes en el país, el Libertador comienza a desarrollar una intensa actividad a fin de recabar ayuda para adelantar la obra de la liberación del país. En interés de este objetivo, tan solo diez días después de su arribo a la capital peruana, Bolívar le escribe a Mariano Egaña, ministro de Relaciones Exteriores de Chile para solicitar un prestamo de 2 millones de pesos al mismo tiempo que instaba al gobierno del país austral a enviar el contingente de tropas que había ofrecido para luchar a favor de la independencia del Perú. Después de relatar con esmerada precisión y detalles la difícil situación que ha encontrado, en tono tajante le dice a Egaña que si Chile no asume una posición activa respecto del Perú, este país no podría subsistir.

En otra carta enviada al director Supremo de Chile, Ramón Freire, a través del embajador designado en Santiago, Juan Salazar, Bolívar le explica el carácter de su misión en

Perú ponderando el importante papel que podría jugar Chile en el apoyo a la misma. De igual manera, lo insta a incorporarse a la alianza americana que habría de configurarse. En la misiva, Bolívar hace mención de que la independencia no será real mientras España tenga presencia en la región.

En esta carta, Bolívar hace gala de su gran capacidad como estadista y estratega. Al mismo tiempo que está planteando un objetivo táctico, enuncia el plan estratégico: la unión de las repúblicas americanas para enfrentar en el futuro a cualquier enemigo común. E insiste en la necesidad de comprender que no tiene valor la independencia, si esta no es absoluta e integral en toda la región. Por otro lado, el Libertador estaba convencido de que la unidad de las repúblicas hispanoamericanas sería un instrumento que ejercería una fuerte presión hacia aquellos que aún no reconocían la independencia.

Freire recibió a Salazar manifestando gran respeto y admiración por el Libertador. Lo llamó «genio de la victoria». En la conferencia con el diplomático colombiano, el director Supremo expone que la presencia de Bolívar en Perú « disipa las inquietudes, sofoca desavenencias, reúne los ánimos y excita con la confianza y el orden el espíritu público» (citado por Rojas, 2005, p. 79). Asimismo, le hace saber que enviaría con prontitud una división chilena al sur del Perú, con tropas y jefes de gran calidad para ponerse a la orden de Bolívar.

Para reforzar la misión de Salazar en Chile, enviando además una señal de la importancia que le concedía al apoyo que ese país podía dar al Perú, Bolívar decide enviar a Santiago a su propio edecán, el teniente coronel Daniel Florencio O´Leary. Mientras eso ocurría en Santiago, en Perú, las tropas al mando del general Andrés Santa Cruz fueron derrotadas en

los puertos intermedios[20] del sur del país, en lo que significó un descalabro total para el ejército patriota cuando apenas había trascurrido un mes desde la llegada de Bolívar a Lima.

La misión de O´Leary era convencer a Freire de la conveniencia de desarrollar un plan de guerra a partir de dos frentes independientes: uno en el norte al mando de Bolívar y el otro, en el sur formado por las fuerzas chilenas y el remanente de tropas que podían haber quedado del ejército de Santa Cruz. Este debía ser comandado por un general chileno.

La situación se complicó cuando Riva-Agüero reclamando ser el verdadero gobernante del Perú, envió un comisionado a Chile como embajador de «su gobierno». Chile decidió darle el mismo trato que a Salazar, razón por la cual el embajador enviado por el Libertador solicitó regresar a Lima considerando la ambigüedad del gobierno chileno que incluso comenzaba a poner en duda la posibilidad de apoyar al Perú. La situación llegó a un punto cúlmine cuando Egaña le solicitó a Salazar que le informara a Bolívar que el gobierno chileno estaba seguro que ante las dificultades de su país para apoyar al Perú, el Libertador tomaría

> (…) aquellas medidas que eran más conveniente, y que son tan propias de la prudencia y la fecundidad de recursos de aquel gran genio, que en la situación más lamentable, cercado de peligros, y contra fuerzas enormemente superiores, obró prodigios en la libertad de Colombia (Lecuna, 1954, p. 100).

---

[20] Los puertos intermedios del Sur del Perú, eran aquellos situados en la costa entre Arequipa y Tarapacá, este último ocupado posteriormente por Chile en la Guerra del Pacífico de 1879 y mantenido bajo su soberanía hasta hoy.

Lo cierto es que los problemas internos de Chile impidieron que pudiera concretarse la ayuda. Las fuerzas enviadas al mando del coronel José María Benavente que debía entregarle el mando al general Francisco Antonio Pinto que ya se encontraba en el Perú, se debatió en la duda, la incertidumbre y la pasividad y se limitó a movimientos sin sentido que poco y nada aportaron a la guerra contra los españoles.

Benavente que era liberal, estaba más preocupado de hacer oposición a Freire que de otra cosa. Este, además, debió enfrentar la oposición conservadora de Egaña, de manera que atrapado entre dos aguas, priorizó la estabilidad interna del país más que el apoyo a la causa independentista americana.

Mientras tanto, en la concreción de su política, Gran Bretaña designó al diplomático Charles Thomas Rowcroft como primer cónsul general de ese país en el Perú. Rowcroft arribó a el Callao a mediados del año 1824. Bolívar valoró altamente la designación al considerar que tal nombramiento tendrá consecuencias muy favorables en el comercio. A continuación, juzga de gran importancia el acuerdo del primer ministro Canning con el embajador francés Polignac y le concede valor superlativo al apoyo de Gran Bretaña a los nacientes Estados americanos con el cual estos «podrán desafiar la rabia de los tiranos europeos» (vol. I, 1947, p. 984). Lamentablemente, Rowcroft fue asesinado en un altercado callejero poco tiempo después de haber llegado al Perú.

Otro ámbito de la diplomacia colombiana conducida por el Libertador es el del esfuerzo por establecer sólidos vínculos con el Vaticano a fin de valerse de un aliado poderoso para el logro de los objetivos trazados por la política exterior de la república. Desde 1819, Bolívar se había propuesto establecer contactos con la Santa Sede. A ese efecto, impartió precisas órdenes en ese sentido a Francisco Antonio Zea cuando fue

designado como embajador en Europa, pero tal misión no llegó a buen término por los conflictos políticos internos del Viejo Continente y porque el propio diplomático falleció en Inglaterra en noviembre de 1822.

Papel fundamental en la búsqueda de la concreción de estos vínculos, lo jugó Monseñor José Rafael Lasso de la Vega, nacido en Panamá y designado obispo de Maracaibo en octubre de 1814. En 1815 se le ordena tomar posesión de la Diócesis de Mérida con jurisdicción sobre la mayor parte de los Andes venezolanos. El 1° de marzo se entrevista por primera vez con el Libertador en Trujillo. Hasta ese momento se mantenía leal a la corona y al rey Fernando VII. Bolívar manifestó su aprecio por el prelado quien reciprocó los parabienes diciendo que él era americano y que su autoridad residía en el pueblo como «órgano mediato de Dios». Así se iniciaron las relaciones de Colombia con el Vaticano (Leturia, S.J., 1984).

En esa entrevista Lasso (citado por Leturia, 1959) le manifestó a Bolívar que estaba dispuesto a reconocer a la república y escribir al Papa «para que conociera el verdadero estado de las cosas en Colombia» (Rojas, 2005, p. 109). Leturia (1959) opina que se podía considerar que Lasso había sido ganado para la causa independentista. Dice que Bolívar lo consideró un obispo patriota y republicano.

Las gestiones de Lasso de la Vega ante el Papa Pío VII a través del secretario de Estado vaticano cardenal Hércules Consalvi, tuvieron buena acogida. Pío VII escribe una carta en septiembre de 1822 que es recibida por el Obispo Lasso en febrero de 1823 cuando se encontraba en Bogotá. La misiva no expone un apoyo abierto a la independencia, pero sí una posición neutral sumamente ventajosa para los republicanos de América. Dicha carta no solo fue recibida con entusiasmo en Bogotá, también en Venezuela, Chile y Perú.

Lasso se apresura a enviarle la carta del Papa a Bolívar. Este, acusa recibo y le responde el 14 de junio de 1823 desde Guayaquil celebrando la comunicación de Pío VII y transmitiendo su esperanza de que muy pronto las repúblicas americanas vuelvan «bien pronto al regazo maternal de la ciudad santa» (vol. I, 1947, p. 765).

Lasso de la Vega continuó haciendo gestiones en el Vaticano a favor de las repúblicas americanas. Escribió al Sumo Pontífice nuevamente el 31 de julio de 1823, esta vez con solicitudes de carácter episcopal que curiosamente son aceptadas muy rápidamente en el Vaticano. Entre ellas, la creación de la diócesis de Guayaquil y de nuevos arzobispados, proponiendo para cada sede los candidatos que como novedad había consensuado con el gobierno colombiano. En una situación realmente asombrosa, todo se hizo a espaldas de la opinión del rey de España, dejando de esa manera, de lado la institución del Patronato Regio.[21] La historia se encargaría de demostrar el gran tino y el exquisito manejo de Bolívar en el establecimiento y desarrollo de las relaciones con el Vaticano en un momento clave de la historia de América.

Pío VII falleció en agosto de 1823. El nuevo papa León XII gobernó en condiciones de extrema debilidad de su salud. Su dedicación a los asuntos internacionales fue mínima y su papado muy corto (solo cinco años y medio). Con respecto a América se limitó al a dar seguimiento y darle consistencia a la misión «espiritual» que Pío VII había enviado a Chile a cargo

---

21 Conjunto de privilegios y facultades especiales que los Papas concedieron a los reyes de distintas monarquías europeas que les permitían ser oídos antes de una decisión papal y elegir directamente en sustitución de las autoridades eclesiásticas, a determinadas personas que fueran a ocupar cargos vinculados a la Iglesia católica.

del monseñor Juan Muzi. En realidad, este viaje tenía un carácter exploratorio de la situación en el Nuevo Mundo y la situación de la iglesia en relación con los movimientos independentistas.

IV. El complicado escenario del Perú

En carta a Santander desde Huamachuco el 6 de mayo de 1824, dando una explicación de la situación del país, Bolívar le dice al vicepresidente:

> Los Pizarro y Almagros pelearon; peleó La Serna con Pezuela; peleó Riva Agüero con el Congreso, Torre Tagle con Riva Agüero, y con su patria Torre Tagle; ahora, pues, Olañeta está peleando con La Serna y, por lo mismo, hemos tenido tiempo de rehacernos y de plantarnos en la palestra armados de los pies a la cabeza (vol. I, 1947, p. 962).

Este breve texto podría resumir el entramado de conflictos que había sufrido el Perú a lo largo de su historia y los que confrontaba en la coyuntura. Bolívar emitió esta opinión ocho meses después de haber llegado al país. Evidentemente, su sentir respondía a eventos y procesos a los que debió dar la cara desde su arribo.

Bolívar no había esperado una solicitud formal del Perú para acudir en su auxilio. Riva-Agüero que había asumido la presidencia del país en febrero de 1823 luego de la disolución

de la junta gubernativa, solicitó al Libertador el envío de 4.000 soldados. Envió al general Mariano Portocarrero a negociarlo con Bolívar que se encontraba en Guayaquil. En el interín, 2.000 combatientes ya navegaban hacia el Perú. Los otros 2.000 marcharon poco después. La idea era enviar un total de 6.000 soldados al mando del general Sucre. El convenio entre Perú y Colombia se firmó entre Portocarrero y el general Paz del Castillo el 18 de marzo de 1823 cuando Bolívar desesperaba porque el Congreso no lo autorizaba a dirigirse al Perú.

El primer problema surgió cuando en paralelo se firmó otro acuerdo entre el ministro peruano Ramón Herrera y Rodado y el coronel colombiano Luis Urdaneta. Este último documento tenía clausulas más favorables para el Perú. Pero a su llegada al país, Sucre se avino a cumplir el que se había firmado en Guayaquil por Portocarrero y Paz del Castillo.

En el contexto, emergieron las contradicciones entre Riva-Agüero y el Congreso que había votado a favor de convocar al Libertador a hacerse cargo del gobierno del Perú. El momento era de mucha tensión. Sucre hizo patente ante el Congreso que las tropas colombianas tenían un carácter de «auxiliar» al servicio del Perú, asegurando que ellas actuarían en el marco de las leyes e instituciones del país.

En su primer reporte al Libertador desde el Perú, escrito en tres partes el 7, 9 y 10 de mayo de 1823, Sucre le envía una larguísima carta en la que comunica con precisión la situación general que ha encontrado en el país, informando acerca «de las noticias que he adquirido, y las observaciones que he hecho en los pocos días que llevo aquí». Opina el general venezolano que la política del Perú no se ha modificado mucho desde 1821. Resalta el hecho de que la conducta mantenida en el pasado por los «auxiliares» produjeron rechazo, conduciendo a una situación tal, que en el momento, dicho repudio

se extendió hacia los colombianos sin comprender que han venido a luchar en el Perú para evitar conflictos en Colombia.

Esta desconfianza hizo que se presentaran dudas respecto de la solicitud hecha al Libertador para que hiciera presencia en Lima, aunque tal idea tuviera el apoyo del pueblo y del ejército que veían en Bolívar como la única posibilidad para salvar al Estado peruano. De otra parte, las fuerzas proclives a la presencia del Libertador consideraban que esa decisión debía ser tomada con carácter de urgencia., advirtiendo sin embargo que «el partido ministerial es opuesto a la venida de Vd. porque temen un desfalco a su influjo y autoridad» (Sucre, 1981, p. 100).

Tan solo unos días después, el 15 de mayo, el general Sucre vuelve a escribirle a Bolívar. Sus letras reflejan preocupación y cierta ansiedad. Le dice al Libertador: «Yo no sé qué decir a Vd.: si no viene esto es perdido porque todo, todo presagia una disolución». Le explica que el ejército no tiene jefes, que el país está dividido en partidos al igual que las tropas, que existen fuertes contradicciones entre el Ejecutivo y el Legislativo, que el abastecimiento logístico de las tropas, sus necesidades de movilidad y el manejo administrativo son insuficientes y tardíos, y que los planes operativos del ejército peruano que se preparan para atacar en el sur, son deficientes (*Ibid*. pp. 110-111).

Las discordancias domésticas llegaron a un nivel preocupante. El 9 de junio se tuvo conocimiento de una conspiración para asesinar a algunos diputados, por lo cual, el Congreso ordenó una investigación que no arrojó mayores resultados. No obstante, las desavenencias fueron subiendo de tono cuando se hizo patente que el presidente Riva-Agüero no tenía cualidades militares que le permitieran dirigir a las tropas en momentos en que se hacía necesaria la conducción

estratégica de la guerra. De igual manera, llegó a la capital la información acerca de los éxitos del ejército realista al mando del teniente general José de Canterac que amenazaba a Lima, al mismo tiempo que las fuerzas patriotas al mando de Andrés de Santa Cruz eran derrotadas en los puertos intermedios del sur del Perú por el ejército español conducido por el virrey la Serna y el prestigioso general Gerónimo Valdés.

La profunda crisis de gobernabilidad que llegó incluso a una posible dimisión de Riva-Agüero se paralizó ante la inminente llegada de las tropas de Canterac a Lima. Riva-Agüero recibió el apoyo del Congreso conminándolo a tomar todas las providencias necesarias para hacer frente al peligro que amenazaba la continuidad de la república. El 17 de junio, los poderes públicos y el ejército abandonaron Lima y se instalaron en el Callao. El presidente pretendió disolver el Congreso, fallando en el intento no obstante lo cual, se siguió aferrando al poder (Basadre, 1969). En la situación creada, Riva-Agüero también intentó recabar el apoyo del ejército y de las autoridades locales.

El 19 de junio, el Congreso reunido ya en el Callao y abocado a ponderar el complejo escenario pensó en trasladarse a Trujillo junto a los otros poderes del Estado, designando a la ciudad del norte como capital provisional del país. Asimismo, se propuso y fue aprobada la moción de entregar el poder militar al general Antonio José de Sucre. Una vez más el congreso decidió convocar al Libertador a «salvar al Perú» para lo cual se eligió una comisión formada por José Faustino Sánchez Carrión y José Joaquín Olmedo para que viajaran a entregar de forma directa la oferta al Libertador. De esta manera, en el Perú se formalizó una duplicidad gubernamental: de un lado Riva-Agüero y del otro el Congreso, apoyado por el Libertador, el gobierno colombiano y las tropas al mando de

Sucre. Ese mismo día, las tropas españolas al mando de Canterac ocuparon Lima donde permanecieron por casi un mes.

En primera instancia, Sucre se negó a aceptar la propuesta de asumir el mando del ejército, al mismo tiempo que Riva-Agüero daba largas y no aceptaba el asunto de su defenestración. Con ese objetivo, intentó una protesta privada ante algunos funcionarios del Estado bajo el argumento de que se había producido una sustitución ilegal en la jefatura del poder ejecutivo para entregar el poder a un extranjero, incluso denunciando temer por su vida y la de su familia, toda vez que se encontraban en un recinto militar «a merced» de Sucre.

Empero, ante la tozuda porfía del Congreso, el día 21 Sucre prestó juramento como jefe militar con la potestad de asumir la máxima autoridad del Ejecutivo en caso que hubiera peligro para la existencia del Estado, pero poniendo como condición que el Legislativo debía ratificar tal decisión. Al día siguiente, Riva-Agüero cesó formalmente en sus atribuciones como presidente de la república y se dispuso a salir del país.

En un primer momento pareció que Riva-Agüero acataba la decisión del Congreso pero,

> (…) la ambición, la arrogancia, la porfía mezclados a concepto de honor y dignidad pudieron más que el buen sentido y la abnegación patriótica que, al ofrecerle entonces lo que hoy cabe llamar un campo de aterrizaje le hubieran permitido más tarde hacer un nuevo «despegue» político evitando que se estrellara catastróficamente (Basadre, 1969, p. 21).

Riva-Agüero desconoció la autoridad del Congreso (el mismo que en febrero lo había designado presidente de la república) y se retiró a Trujillo. En tal escenario, Sucre afirmó que las tropas colombianas no se iban a involucrar en

las contradicciones internas del Perú y que se abocarían a enfrentar el gran peligro que significaba la llegada y ocupación de Lima por los españoles.

En medio de esta trama, Sucre escribió una larga carta a Bolívar en dos partes (19 y 20 de junio). En ellas le informa que Lima se había perdido pero que el ejército estaba intacto. No obstante, lamentaba que la situación creada –que él había previsto y en su momento enterado al Libertador acerca de las grandes dificultades que exponía el escenario peruano– había llegado a circunstancias en que solo la casualidad podría permitir salir del desastre acontecido. A continuación, presenta sus ideas y previsiones para que Bolívar juzgara y resolviera la ruta a seguir (Sucre, 1981).

Por su parte, Riva-Agüero trasladado a Trujillo y manteniendo su investidura de presidente, decretó la disolución del Congreso (19 de julio de 1823) y creó un Senado de 10 miembros elegidos entre sus acólitos. Los que se opusieron a sus designios fueron embarcados en una goleta y enviados al sur. Igualmente, intentó reagrupar al ejército con los restos de tropas que habían quedado tras la derrota en los puertos intermedios del sur y comenzó a negociar una tregua con los españoles con el fin de oponerse a Bolívar, a Sucre y a la autoridad del gobierno que había regresado a Lima tras la huida de los españoles a la sierra el 16 de julio, en camino hacia el Cusco.

Mientras estuvieron en Lima, los españoles se dedicaron al saqueo y el pillaje al tiempo que decretaban severas medidas de control y represión de la ciudadanía instaurando la delación como método de sostenimiento del poder a fin de aniquilar a aquellos que, sobre todo provenientes de los sectores humildes de la población, en medio del silencio y la clandestinidad, sostenían la causa independentista.

Al reinstalarse el gobierno en Lima, Sucre regresó a la capital delegando en José Bernardo de Tagle, conocido como marqués de Torre Tagle, la máxima investidura del país hasta el retorno de las autoridades. En el plano militar, intentó reforzar a las tropas en el sur, pero ya el desastre había ocurrido y fue imposible revertir la situación. Torre Tagle convocó al Congreso para que sesionara en Lima, después de lo cual fue reconocido como presidente de la república.

Las decisiones tomadas por el Congreso durante su estadía en el Callao así como las disposiciones de Sucre en ese lapso de tiempo, incluyendo la delegación de este en favor de Tagle, fueron ratificadas por el Congreso. Asimismo, Riva-Agüero y sus adláteres fueron declarados reos de alta traición. En medio de grandes celebraciones, los diputados enviados por Riva-Agüero al sur, fueron liberados en Chancay donde la goleta que los transportaba debió atracar para cargar provisiones y agua.

La anarquía llegó a un nivel supremo cuando en el país había dos presidentes y dos Congresos. La disyuntiva era mantener la colonia o entregar el poder a Bolívar para que, imponiendo una dictadura, se salvara la causa de la independencia. El gobierno instalado en Lima manifestaba extrema debilidad, el contingente militar bajo su mando era menguado. Por el contrario, el Congreso se fue erigiendo en representante de la soberanía y expresión del sentir popular que le concedió credibilidad ante las decisiones tomadas.

Por su parte, el «gobierno instalado en Trujillo, controlaba aparentemente al ejército del sur y a la marina. Riva-Agüero se desplazaba a comarcas cercanas de Trujillo en el norte del país, mientras ofrecía utilidades y prebendas a los soldados y oficiales del ejército. Confiaba sobre todo en el ejército del sur al mando de Santa Cruz.

Este era el escenario del Perú a la llegada del Libertador a el Callao el 1° de septiembre de 1823. Bolívar avaló las medidas tomadas por Sucre y al día siguiente de su llegada, el Congreso le concedió todos los poderes para cumplir la misión de salvar al Perú y consumar la tarea de la independencia. En el memorable discurso que hiciera para agradecer el banquete que se hizo en su honor tras la llegada a Lima, Bolívar brindó por San Martín y su ejército, por el apoyo de Chile y de O´Higgins, por el papel jugado por el Congreso para lograr la estabilización del país, por el general Torre Tagle que había asumido la conducción del Estado y por el triunfo de los ejércitos aliados a fin de lograr la independencia del Perú. Asimismo, expresó su deseo que en la batalla que habría de reunir a los ejércitos del Plata, Colombia y Castilla sea testigo de la victoria de los americanos y porque nunca en América se entronice un gobierno monárquico que ya había sido rechazado en México (vol. I, 1947).

El 11 de septiembre, Bolívar le escribe a Santander para informarle la situación que había encontrado en el Perú. Le dice que la disidencia de Riva-Agüero ocupa buena parte del país y que la otra, la tienen los españoles. Asimismo, le da a conocer que existe una total merma de recursos y un ejército que mantener mientras que «las necesidades y la carestía son extremas» y paupérrimo el estado moral de los ciudadanos. En ese contexto le da a conocer que el Congreso le ha encargado que salve al país y que le quiere conceder poderes dictatoriales.

Emite una opinión favorable de Torre Tagle, expone que en el país hay muchos partidos aunque todos han subordinado sus voluntades a su arbitrio, lo cual es un gran compromiso toda vez que las circunstancias son muy «difíciles y crueles» porque el país necesita reformas radicales o una «regeneración absoluta». Le confía al vicepresidente de Colombia que

> La guerra del Perú presenta dificultades que parecen insuperables; para mi tengo que no son con mucho la mitad de las que hemos arrostrado en Colombia. La diferencia es que esto no es Colombia y que yo no soy peruano; quiere decir esto, que en el Perú no se pueden hacer las cosas como en Colombia, y yo en calidad de colombiano menos aún, porque siempre seré extranjero y siempre excitaré los celos o la desconfianza de estos señores (vol. I, 1947, pp. 801-804).

El día 5 de septiembre[22] en un oficio dirigido al presidente del Congreso peruano, Bolívar le explica que había salido de su país a «buscar los enemigos de Colombia donde quiera que se hallen (…)» (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983, p. 446) por lo que había renunciado para siempre al poder civil que no guarde relación con las operaciones militares, conservando aquellas actividades que apuntan a la destrucción de los enemigos. Por tanto, su compromiso con el Perú estaba circunscrito a lo que pudiera aportar «el empleo de mi espada» (*Ibid*.). Quedaba, entonces, ponerse de acuerdo con Torre Tagle para que cada quien cumpliese sus responsabilidades sin tomarse atribuciones que le correspondieran al otro. Ante esta situación, el Congreso conminó a Torre Tagle a que dejara la presidencia y le concedió una medalla a través de la cual, era designado como «Restaurador de la representación soberana» (Basadre, 1969, p. 26). Un año después, Tagle publicó un manifiesto en que le dio a conocer que Sánchez Carrión lo instó «fuertemente» para que dejara la presidencia, lo cual no aceptó.

El 13 de septiembre, en su comparecencia ante el Congreso, además de exponer conceptos similares a los del banquete,

---

[22] 3 de septiembre, según Basadre (1969).

Bolívar agradeció la confianza que el Congreso depositaba en él, manifestando que se fiaba del el talento y la virtud de los peruanos. Concluyó tan emotivo discurso expresando que

> Los soldados libertadores que han venido desde la Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco no volverán a su patria si no cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre el Perú o todos morirán: yo lo prometo.
> Yo ofrezco la victoria confiado en el valor del ejército unido y en la buena fe del Congreso, Poder Ejecutivo y pueblo peruano; así el Perú quedará independiente y soberano por todos los siglos de existencia que la providencia divina le señale (vol. II, 1947, pp. 1191-1192).

Una vez interiorizado de la situación general del Perú, Bolívar confirmó algo que ya sabía: la desunión de los peruanos conspiraba contra cualquier plan que pudiera hacerse en pro de la independencia. En este marco, consideró que debía hacer los mayores esfuerzos para que, a pesar de los continuos desplantes que le hiciera Riva-Agüero al Congreso y a él mismo, armarse de paciencia para atraerlo a la causa patriota.

Riva-Agüero por su parte intentaba acercamientos con Chile, con el mismo Bolívar y hasta con los españoles. En primera instancia, a estos les ofreció un armisticio por 18 meses a fin de negociar la paz. En su respuesta, el virrey La Serna rechazó tal proposición argumentando no saber quién ejercía la verdadera autoridad en el país, si era el gobierno de Trujillo, el de Lima conducido por Torre Tagle o Bolívar, pero, señalando, no obstante, que dejaba abiertas las puertas a una negociación que reconociera los derechos de España en el Perú. Muy pronto

Bolívar tuvo conocimiento de este contacto porque las comunicaciones cayeron en manos patriotas que se las hicieron llegar.

Ante el fracaso de la aproximación a los españoles, el Senado nombrado por Riva-Agüero en Trujillo, en nombre de él, se dirigió a Bolívar para ponerse a sus órdenes sobre la base de que su llegada al Perú finalizaba la labor de esa instancia.

En esos días, Bolívar remitió un breve mensaje al secretario de guerra del gobierno colombiano para informar la difícil situación del general Sucre quien después de haber salido hacia el sur a reforzar al general Santa Cruz, este lo había abandonado dirigiéndose a la sierra y dejando a Sucre a merced de sus propias fuerzas.

Una vez cumplido este cometido de extrema necesidad en el contexto, se aboca a tratar con Riva-Agüero por lo que, su primera comunicación en el Perú, es una extensa carta fechada el 4 de septiembre dirigida a él. Con estudiada contundencia y sin dejar dudas respecto de cuál era su posición, le dice que no quería involucrarse en la determinación del origen del conflicto que tiene con el Congreso como tampoco calificar al mismo, sus «propiedades y caracteres».

Le manifiesta que solo se quiere referir a la «guerra abierta» que tiene contra un Congreso que es la máxima representación de la república y que fue el mismo que lo designó a él como presidente. Por esa razón y por el hecho de que los miembros del Congreso habían sido nombrados por el pueblo, su decisión tenía carácter irrevocable, por lo cual para él –este asunto no admitía discusión.

A propósito, le recuerda cómo terminaron Napoleón Bonaparte en Europa e Iturbide en América tras intentar profanar «el templo de las leyes y el sagrario de todos los derechos sociales» (vol. I, 1947, pp. 795-797). Bolívar le anuncia que de persistir en su actitud, sería inevitable la ruina del Perú y el

desprecio y rechazo que todos, españoles por unas razones y patriotas por otra, sentirán por él, por lo cual le solicita que acepte la oferta de amistad y protección que le ha hecho, basada en que, a pesar de todas sus actuaciones negativas, no olvida lo que hizo en el pasado por América y por el Perú.

Entrado septiembre, Bolívar nombró al coronel venezolano Luis Urdaneta y al notable peruano doctor José María Galdiano como comisionados para negociar con los enviados de Riva-Agüero. Las reuniones se hicieron en Huaraz. Bolívar le ofreció una amnistía para él y sus generales, jefes y oficiales, además de otras consideraciones entre las cuales, tal vez la más importante fue aceptar que el general chileno Ramón Herrera, muy cercano a Riva-Agüero y uno de sus comisionados en Huaraz junto al abogado, también chileno José María Novoa, fuera designado jefe del ejército.

A Riva-Agüero se le ofreció un retiro a su casa o asilo en Colombia si lo deseaba, pero en el trasfondo no se olvidaba el grave daño que le había hecho y le estaba haciendo al Perú. Bolívar y el Congreso peruano, aunque generosos, estaban obligados a salvaguardar la estabilidad política y la gobernabilidad del país. El expresidente rechazó la propuesta, enviando una distinta que planteaba su retiro total de la política a cambio de la disolución del Congreso y del gobierno de Tagle y la realización de elecciones para nombrar nuevas autoridades.

Una nueva ronda de negociaciones se realizó, pero esta vez el escenario fue Lima. Como enviado de Riva-Agüero fue designado el coronel Antonio Gutiérrez de la Fuente. En realidad, la idea era que las deliberaciones se produjeran en Pativilca a medio camino entre Lima y Trujillo. Estando en Lima, Gutiérrez pudo percibir el ambiente de la capital y el apoyo que tenía el gobierno y el Congreso. Ante lo que algunos llaman constatación de la realidad y otros traición, tomó la decisión

de despegarse de Riva-Agüero. Bolívar le hizo conocer los documentos capturados al emisario del expresidente en los que se hacía patente su voluntad de negociar con los españoles. La lectura de estos pliegos originales influyeron poderosamente en la disposición de Gutiérrez de la Fuente de asumir una posición propia y sobre la base de ella se avino a negociar.

Para ello, elaboró una propuesta de 12 puntos en los que se distanciaba claramente de la encomienda que había traído de Trujillo. Bolívar estuvo de acuerdo con algunos temas que igualmente eran bastante favorables para Riva-Agüero toda vez que se le reconocía una serie de nombramientos y prebendas incluyendo la concesión del mando del ejército o, si lo prefería, una misión diplomática en Europa. Pero una vez más, casi a finales de octubre, el expresidente rechazó el nuevo ofrecimiento.

En el colmo de su desesperación, Riva-Agüero le propuso al virrey el establecimiento de una monarquía en el Perú para lo cual ofrecía la designación de un príncipe español y la aceptación de la Constitución de España. Había llegado a un punto en que quedaban pocas opciones para considerarlo un patriota preocupado por los intereses de la república.

Sin saber lo que habría de ocurrir, Bolívar trazó un derrotero claro respecto de su pensamiento respecto de este desagradable asunto y emite un mensaje a las tropas para que pasara lo que pasara, tuvieran una perspectiva precisa del asunto y supieran responder de forma correcta a la situación creada y cómo actuar convenientemente ante la historia. En el Cuartel General de Supe y ante el inminente desenlace del conflicto con Riva-Agüero proclama:

> Soldados colombianos!
> La Soberanía del Pueblo ha sido hollada en el Perú, por uno de sus propios hijos, por un criminal de lesa majestad.

> Un desnaturalizado ha usurpado el Poder Supremo: ha violado el sagrado de la representación nacional; ha enrolado en sus banderas traidores a su patria; ha hostilizado a sus libertadores; nos bloquea en esta capital; nos obstruye las comunicaciones con Colombia; nos amenaza con insensatos amagos, y lo que es más, nos priva de marchar al Cusco a llevar los últimos rayos, sobre los últimos opresores de la América y a tributar exequias pomposas a las inocentes cenizas de los Incas. Esta ofensa es inmensa; volad pues a buscar su vindicta.
> (…) Marchad a escarmentar desde luego a cuantos pretendan en el futuro imitar en Colombia al monstruo Riva Agüero.
> Soldados! Armad siempre en vuestros fusiles al lado de las bayonetas, las leyes de la libertad y seréis invencibles (vol. I, 1947, pp. 1192-1193).

Sabiendo que no puede seguir dando largas a este expediente que paraliza el accionar bélico y amenaza la república, Bolívar decidió personalmente tomar cartas en el asunto, para lo cual cita a los comisionados de Riva-Agüero a Pativilca donde había llegado el 17 de noviembre. Ahí, recibe las nuevas propuestas del expresidente que incluían la «entrega del mando militar» al Libertador y su desplazamiento a Londres como diplomático del Perú. Junto a ello se agregan una serie de demandas para favorecer a los suyos. Pero una de estas peticiones era impracticable toda vez que se solicitaba la derogación del mandato de los parlamentarios que habían sido elegidos por el pueblo en elecciones. A pesar de todo esto, y después de leer el petitorio, Bolívar le invitó a reunirse para lo cual estaba dispuesto a ir personalmente a Trujillo, distante más de 360 km lo que le llevaría más de un mes de desplazamiento.

El 25 de noviembre, estando en Huaraz, Bolívar se comunica con Tomás de Heres. Sin remilgos le dice que pensaba que «este maldito Riva-Agüero y sus partidarios no han de ceder sino a la fuerza» (vol. I, 1947, p. 834). Más adelante, en la misma misiva opina que se va a necesitar mucho manejo político y moderación para que los peruanos no vuelvan a ser dominados por España. Todavía guardaba algunas esperanzas de que, en su reunión con Riva-Agüero, se lograrían superar las diferencias que este mantenía con el Congreso.

En el intertanto, durante su regreso de Lima a Trujillo, Gutiérrez de la Fuente pernoctó en la ciudad de Santa. Estando en el lugar, tuvo acceso a una carta del brigadier español Juan Lóriga en la que se confirmaban los planes monárquicos de Riva-Agüero, por lo que marchó de inmediato a Trujillo donde tomó prisionero al expresidente y a sus colaboradores más cercanos, al mismo tiempo, en Santa era también aprehendido el general Ramón Herrera, jefe de las fuerzas militares al servicio del gobierno de Trujillo.

Aunque Tagle ordenó pasar por las armas a los miembros del gobierno paralelo que se encontraban detenidos en Trujillo, Gutiérrez de la Fuente no cumplió tal orden y envió al exilio a Guayaquil a los prisioneros. De allí, Riva-Agüero se dirigió a Inglaterra, dando fin a un episodio que obligó al Libertador a destinar tiempo y esfuerzos para su solución, y al Perú a gastar valiosos recursos necesarios para dar continuidad a la guerra de independencia al estar impedidos de actuar de manera «pronta, enérgica y eficaz «contra los españoles. En carta del 3 de diciembre, el Libertador informa a Sucre los hechos acecidos en Trujillo y el reconocimiento en esa ciudad de la autoridad del gobierno legítimo de Torre Tagle y de la suya propia. No obstante, los hechos consumados, continúa su marcha al norte, entrando en Trujillo durante la noche del 19 de diciembre.

V. Preparativos de la campaña del Perú

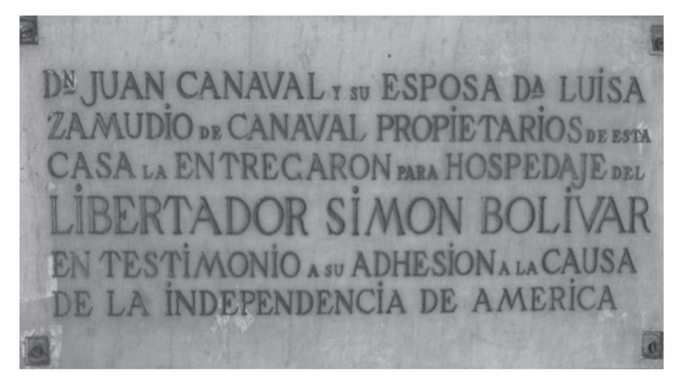
Aunque en carta del 25 de diciembre, el Libertador le anuncia a Sucre su marcha hacia Lima después de resuelto el conflicto en Trujillo, al iniciarse el año 1824 instaló su Estado Mayor en Pativilca donde había llegado el último día del año anterior después de visitar «La Fortaleza», un monumento de los incas que exponía el esplendor del imperio y de la antigua civilización que vivió en este territorio. Estaba entusiasmado y «poético» (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983). Sin embargo, su salud no andaba bien, al contrario estaba bastante deteriorada.

Ya en noviembre, dos meses atrás, Bolívar había estado en esta pequeña ciudad. El 17 de noviembre pasó revista a sus tropas en un lugar a 11 km de aquí en un lugar que el Libertador denominó Caracas en homenaje a su ciudad natal. Desde entonces, esa localidad es conocida con el nombre de «Caraqueño».

Pativilca es un pequeño poblado ubicado a unos 200 km al noroeste de Lima, a unos 3 Km del océano y a 80 m.s.n.m,[23] que mantiene un agradable clima durante todo el año. Permaneció aquí durante dos meses hasta el 28 de febrero en una

23 Metros sobre el nivel del mar. Medida de altitud de un punto sobre la tierra.

casa brindada gentilmente por los esposos Juan Canaval y Luisa Zamudio.



Placa que recuerda el aporte de la casa Don Juan Canaval y Luisa Zamudio para la estancia del Libertador en Pativilca del 31 de diciembre de 1823 al 1° de marzo de 1824. (Foto del autor)

La casa, que aún se conserva, posee amplias salas y un gran patio trasero, después del cual había un huerto donde se sembraban hortalizas, vegetales y en que había algunos árboles frutales. La vivienda posee también un vestíbulo o zaguán, un salón, varias habitaciones y un comedor desde donde se ve el patio y la huerta. Aún hoy, en dicho lugar se encuentra la palmera a cuyos pies el Libertador recibió el 6 de enero a Joaquín Mosquera, diplomático colombiano que regresaba a Bogotá desde el Río de la Plata y Chile.[24]

[24] El 15 de marzo de 2024 visité este lugar donde hoy se encuentra el Museo Bolivariano de Pativilca. Recibí una pormenorizada y extensa explicación acerca de los detalles de la estadía del Libertador en esta casa y en esta ciudad de parte de los señores Antonio Zevallos, encargado del museo, Ricardo Castillo Chuecas, vicepresidente del Patronato de Turismo y Michell Rivera Bazalar, alcalde de la municipalidad distrital de Pativilca.



Casa donde residió el Libertador en Pativilca. Hoy Museo Bolivariano de la ciudad. (Foto del autor)

En la tranquila cotidianidad de esta apacible población, el Libertador se dedicó a planear la liberación del Perú, pero también a restablecer su salud que por esos días se encontraba en situación precaria. El Libertador padecía de tabardillo o «enfermedad del desierto».[25] Al observarlo, Mosquera creyó que Bolívar estaba en sus días finales: flaco en extremo, cansado y con semblante cadavérico según se lo hizo notar a un amigo en una carta (citado por Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983, p. 497).

Mosquera relata que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas al observar el estado en que se encontraba el Libertador. Estaba sentado en una humilde silla de cuero, con un pañuelo blanco amarrado a la cabeza y unos

25 Enfermedad infecciosa, causada por una bacteria que produce cefalea intensa, debilidad, cólicos, escalofríos, fiebre alta, irritación de la piel y convulsiones que semejan a un paciente en agonía y delirando.

pantalones con huecos que dejaban ver unas rodillas huesudas y unas piernas con escaras, su voz era débil. Viéndolo en esas condiciones le preguntó: «¿Y qué piensa hacer usted ahora?». Mirándolo con ojos luminosos emitió una respuesta rauda y contundente que no dejaba lugar a dudas de lo que se proponía: «Triunfar» (Ibid.). Lo que habría de ocurrir unos meses después en Junín y Ayacucho durante el transcurrir del año en curso, le daría la razón.



Patio de la casa de Pativilca donde residía el Libertador. En este preciso lugar, ante la pregunta de Joaquín Mosquera respecto de que iba a hacer en la situación complicada en la que se encontraba. Bolívar le respondió: «¡Vencer!». (Foto del autor)

Cuando se pensaba que los contratiempos emanados de la división de los peruanos en facciones encontradas por intereses personales que estaban por encima de su afinidad

con la república, había sido superado, un nuevo suceso vino a enturbiar la feliz marcha de los acontecimientos en pro de la guerra contra España.

El conflicto en el Perú adquirió la forma de guerra civil. Ambos bandos por igual, estaban configurados por criollos e indígenas que habitaban el territorio del antiguo virreinato. De la misma manera, el ejército colombiano que se orientaba por la práctica internacionalista de Bolívar, chocaba con el fuerte nacionalismo peruano, que en muchos casos prefería que el país siguiera siendo español antes que ceder al «dominio extranjero», como se consideró en algún momento la acción de San Martín al mando de rioplatenses y chilenos y ahora, a Bolívar y los colombianos. Así, las fuerzas militares que habían acudido al Perú a solicitud de sus autoridades a fin de salvar la república eran considerados «extranjeros» mientras que las élites consideraban al ejército realista como defensor del interés nacional.

En las condiciones del país, Bolívar necesitaba ganar tiempo a fin de fortalecer el ejército con los refuerzos solicitados a Bogotá y soldados que pudieran reclutarse en el propio Perú. Por ello, instruyó a Tagle que buscara negociar con el virrey La Serna. Ideó una serie de subterfugios que debían servir como argumentos ante los españoles para explicar por qué se buscaba una negociación en ese momento. En carta a Heres del 9 de enero, expone que «a los enemigo no se le engaña sino lisonjeándolos» (vol. I, 1947, p. 871).

Esta carta (muy extensa) es expresión de la gran capacidad de Bolívar para simultanear política y diplomacia, usando la desinformación como instrumento para engañar a los españoles, manifestando aparentes cesiones tácticas mientras esboza el gran plan que establece el objetivo estratégico, cual es la derrota total de los españoles.

Al mismo tiempo, el Libertador se ve obligado a ejercer fuerte presión sobre el gobierno, Torre Tagle y el Congreso para aumentar la capacidad combativa de la tropa. En este contexto, el órgano legislativo autorizó al gobierno a entablar negociaciones con los españoles. Para ello fue designado Juan de Berindoaga, ministro de guerra, quien debía dialogar con los generales españoles Juan Lóriga, Juan Antonio Monet y Andrés García Camba en la ciudad de Jauja, ubicada en plena sierra al este de Lima. Como era de esperarse, las conversaciones no prosperaron, nada se obtuvo de ellas, salvo alguna información del estado y dislocamiento del ejército español.

Pero en el contexto, en paralelo, el vicepresidente Diego de Aliaga estableció una línea de comunicación secreta con los realistas. Para ello, envió un emisario a Ica, donde se encontraba el ejército español, encargándole informar que tanto él como el presidente Tagle no eran sus enemigos y que ante la llegada de Bolívar deseaban unirse a ellos. Aunque Tagle sentía celos y recelaba de Bolívar, nunca se pudo confirmar que estaba al tanto de la «gestión» de su vicepresidente. En todo caso, el general Canterac envió una carta de respuesta a Aliaga de la que Tagle sí tuvo conocimiento según informó posteriormente a Berindoaga quien rechazó de plano tal cometido (Basadre, 1969).

Según Mariano Tagle, sacerdote y tío del presidente, este no solo estaba al tanto del asunto sino que incluso habría sido el artífice de una negociación en la que solicitaba a los españoles reconocer la independencia y un gobierno de coalición patriota-realista formado por Tagle, Aliaga y el general español La Serna. Más allá de la veracidad o no de esta diligencia, el solo hecho de que se fraguara con o sin apoyo del presidente, da cuenta de la fragilidad e inestabilidad del gobierno así como de la debilidad y pasividad de Tagle para actuar y tomar medidas en una situación de extrema gravedad que afectaba la república.

Esta situación vacilante del gobierno condujo, entre otros hechos, a que el 5 de febrero se produjera una insubordinación de parte del ejército rioplatense acantonado en el Callao. El motín fue dirigido por Dámaso Moyano, un mulato mendocino de origen esclavo que llegó a ser coronel del ejército español (Mc Evoy & Montoya, 2022). No obstante haberse restablecido en corto plazo la normalidad, Bolívar supuso que el gobierno había estado detrás de los hechos por lo que tomó drásticas medidas para el control de la tropa a fin de impedir que el enemigo pudiera aprovechar la situación. Las acciones emprendidas fueron aprobadas y apoyadas por el Congreso que el 10 de febrero, le concedió poderes dictatoriales para restituir la estabilidad tanto desde el punto de vista político como militar, toda vez que se había puesto en grave riesgo a la capital.

Según Mc Evoy y Montoya (2022) la idea de militarizar la república y ponerla bajo el mando de un dictador que fue convocado para defenderla de los realistas proviene de «la tradición clásica, de la cual se nutrieron los republicanos españoles» (p. 191), bajo la creencia que de no haber tomado esta medida extrema, el país estaba destinado a un final tormentoso originado en las raíces de su propia creación. La idea tiene su origen en los argumentos de Manuel Lorenzo Vidaurre, jurista peruano del comienzos del siglo XIX quien según estos autores afirmaba que el dictador era «un ciudadano a quien se le habilitaba para que procediera, sin fórmulas, dilaciones y aparatos a conseguir el bien público» (p. 191).

Mientras restablecía su salud, el Libertador estudiaba el escenario que debía afrontar y hacía los aprestos para contener la contraofensiva realista reforzada por la traición de buena parte de la élite peruana. No tuvo mucho tiempo para el descanso. La situación creada no admitía pérdidas de tiempo. En estas condiciones, decidió que los mandos de las fuerzas

militares colombianas asumieran las funciones de gobierno local en los territorios bajo control patriota. Asimismo, ordenó el desplazamiento del ejército a Trujillo donde tomó drásticas medidas políticas, militares y económicas a fin de salvaguardar al ejército y prepararlo para las futuras batallas.

Según el relato de Joaquín Mosquera (citado por Liévano Aguirre, 1988) extraído de su encuentro en Pativilca, el plan de Bolívar consistía en organizar un fuerte contingente de caballería en Trujillo, para lo cual giró órdenes a fin de requisar todos los caballos en buenas condiciones en el país, así mismo, para mantener bien alimentados y en salud a los animales también instruyó embargar toda la producción de alfalfa. Según su idea de las acciones, si los españoles presentaban combate en la costa, los enfrentaría con la caballería y si permanecían en la sierra, tendría tiempo para organizar en tres meses una fuerza que le permitiera subir la montaña y desarrollar acciones ofensivas hasta la derrota de los españoles.

El 10 de febrero le había escrito a Santander

> En definitivo, como dicen los franceses, diré una receta para curar a Colombia, y si no hay farmacéutico que la sepa componer, que se mande a hacer la mortaja para la enferma. 1° ingrediente, 16.000 hombres. 2° una escuadra respetable en el Pacífico. 3° dos millones de pesos en Guayaquil. 4° cuatro meses de tiempo por todo plazo. Con estos simples bien administrados se debe esperar la salud del enfermo, y si no, no (vol. I, 1947, p. 916).

Los jefes y oficiales bajo su mando se fueron imbuyendo de la energía y la confianza en la victoria que Bolívar les transmitía. Comenzaron a cumplir sus órdenes, primero porque los reglamentos militares se lo imponían, pero con el transcurso

del tiempo, se vieron envueltos en la dinámica persuasiva emanada de la fortaleza anímica del Libertador.

A Sucre le informa que

> Yo me voy a Trujillo a declarar la ley marcial y a poner jefes militares que voy a establecer. Estoy resuelto a no ahorrar medida ninguna y a comprometerme hasta el alma porque se salve este país. No tengo confianza sino en los nuestros; y haga Vd. otro tanto (vol. I, 1947, p. 921).

Durante el mes de febrero, tras el alzamiento de las tropas rioplatenses en el Callao y después de que el Congreso le concediera plenos poderes, Bolívar comienza a impartir órdenes a sus generales. A Sucre lo instruye con precisión para que divida las tropas a fin de, tal como le dijo a Mosquera, operar con la caballería en la costa y con la infantería en la sierra, lo cual no será posible enfrentar por los españoles que se verán obligados a reunir sus fuerzas por razones logísticas, sobre todo porque se deben desplazar por aquellos lugares donde se pueda asegurar el alimento de los caballos. Por tanto, le ordena hacer acopio de todos los pastos, trigo, cebada, maíz y granos para evitar que los españoles lo puedan tener y a la vez abastecer a la caballería propia.

Le insiste en la necesidad de concentrar las fuerzas en Trujillo, incluso si ello significara la pérdida de otros territorios. Eso permitirá incrementar el reclutamiento y «poner un desierto entre los godos y nosotros» (*Ibid.*) De igual manera le orienta la organización de fuerzas guerrilleras para realizar labores de acopio, incluso por la fuerza, de cualquier recurso necesario para la guerra.

La historiografía oficial ha querido ocultar la participación de fuerzas guerrilleras que en el caso del Perú adoptaron

variadas modalidades. Lo cierto es que desde la llegada de San Martín, durante todo el período de guerra de independencia y sobre todo en la etapa final que habría de librarse en 1824, estas fuerzas jugaron un papel relevante en las campañas libertadoras. Bajo el nombre inicialmente peyorativo de «montoneras» se organizaron partidas guerrilleras compuestas por voluntarios que a partir de 1823 se fueron organizando hasta convertirse en un cuerpo regular y estable del ejército patriota.

La fecha de inicio de sus acciones y los jefes que acudieron a dirigir estas estructuras como fuerzas protagónicas en la lucha independentista, varía de autor en autor. Se menciona al general rioplatense Juan Antonio Álvarez de Arenales, al oficial peruano (posteriormente presidente de la república) Juan Francisco de Vidal y al coronel rioplatense Francisco de Paula Otero como los primeros que se propusieron darle forma y estructura a las fuerzas guerrilleras del Perú

Ya desde 1820, actuando como fuerza autónoma, comenzaron a mantener relevante presencia en la lucha antiespañola obligando a los realistas a abandonar Lima, presionándolos en el sur y colaborando con la llegada de San Martín al país durante ese año. El libertador del Sur los impulsó a replantear su estrategia y que se unieran a las fuerzas patriotas. A partir de 1823, hasta marzo del año siguiente, fueron neutralizadas en medio de reveses sufridos por las fuerzas independentistas, pero desde abril de ese año, cuando se incorporaron oficialmente al ejército patriota, acompañan a las tropas regulares, comparten sus responsabilidades e intervienen de manera trascendente en las victorias de Junín y Ayacucho (Fonseca. J., citado por Cavero Carrasco, 2022).

Volviendo a las instrucciones a Sucre, este ordena misiones específicas para cada jefe a fin de acopiar recursos e irse replegando hacia el norte sin presentar combate. También im-

parte instrucciones para el pequeño contingente chileno y el del Río de la Plata. En este momento, el centro de la preocupación del Libertador es la acumulación de aseguramientos logísticos, en especial del alimento de los caballos, evitando al mismo tiempo que los españoles tengan acceso a ellos. Es preciso, insistente y reiterativo en este aspecto.

En el Plan del Libertador se establecen claramente dos líneas de acción para los próximos dos meses:

1. «Limpiar» el país del ejército patriota dejando solo fuerzas guerrilleras actuando en el territorio enemigo.
2. Establecer tres regiones diferenciadas en el país. La primera es la anterior, es decir la que se habrá de «limpiar», que debe ser desocupada por parte del ejército republicano. La segunda ubicada en la serranía al este de Trujillo, sobre un eje semicordillerano que va de la ciudad de Huamachuco al norte y Pallasca al sur con los recursos imprescindibles para la sobrevivencia, y la tercera en Trujillo, donde se concentrarán todos los recursos que se puedan acopiar.

Bolívar estima que los españoles estarán disponibles para atacar en unos 40 días, pero no lo podrán hacer por la costa por las grandes dificultades que entraña esa región inhóspita con carencia de pastos y de agua. Por tanto, supone que la línea de penetración de los españoles podría ser a través del pueblo de Corongo, al este de Santa, sobre la sierra, donde existe un desfiladero propio para el desplazamiento de las tropas. Ordena colocar 7.000 hombres para la defensa al mando del comandante irlandés Francisco Burdett O´Connor.

El comandante de marina Thomas C. Wrigth, también de origen irlandés, que Bolívar había designado a comienzos de año, jefe del recién creado Escuadrón Naval Unido del Pacífico, recibió el 12 de febrero la instrucción del Libertador para

que no permitiera que los convoyes estén integrados solo por dos buques peruanos y uno o dos colombianos, a fin de evitar que haya una sublevación en un buque peruano.

El 17 de febrero, el Libertador nombró al general rioplatense Mariano Necochea jefe político y militar de Lima. A través de este, Tagle le entregó formalmente el poder a Bolívar en una situación en la que el caos se había impuesto en la capital donde desertores, delincuentes y bandas de todo tipo, armadas y delirantes, se dedicaban al robo, al saqueo, y al vandalismo en la ciudad y sus alrededores. Mientras tanto, Tagle se encontraba oculto, la ciudad entraba en una espiral de violencia y caos incontrolable.

En comunicación del 21 de febrero dirigida al general Necochea, gobernador de Lima. Bolívar le ordena que imponga un impuesto forzoso de cien mil pesos a los ciudadanos de la capital para entregarle a los rioplatenses alzados en el Callao, intentado que de esa manera, depusieran su actitud. Asimismo, le orienta que le entregue al vicealmirante inglés al servicio del Perú Martín Guise los recursos necesarios para bloquear el puerto del Callao, extrayendo todos los barcos de la bahía e incendiando o hundiendo aquellos que no pudieran ser sacados, a fin de impedir que el motín que había estallado, pudiera extenderse.

Pero ya era tarde, el general español Juan Antonio Monet, aprovechando la ausencia de autoridad, entró a Lima al frente de un gran contingente español a Lima ofreciendo una amnistía total a aquellos que habían colaborado con los republicanos.

Lejos de lo que se podía suponer, la ciudad, sus autoridades y el ejército que ahí estaba para resguardarla, recibieron a los españoles con honores y agasajos. Nunca antes, ni siquiera cuando se produjo la entrada triunfal de San Martín en julio de 1821 o el arribo de Bolívar en septiembre del año anterior, Lima se había desbordado como lo hacía ahora para entregarse a los realistas (Liévano Aguirre, 1988).

Además de Tagle, Aliaga y Berindoaga, el presidente del Congreso, algunos diputados, jefes militares, miembros del cabildo y buena parte de la alta sociedad limeña, se acogieron al llamado de los españoles. Tagle se dirigió a Monet a fin de ser reconocido como presidente de un gobierno independiente, lo cual fue rechazado por el general español que lo confinó a su residencia.

Aunque Tagle nunca se pasó formalmente al bando realista, su carácter dubitativo y pusilánime terminó de convencer a Bolívar de su incapacidad para asumir la conducción del país, ordenando su enjuiciamiento, tras lo cual, el ya expresidente solicitó protección a los españoles. La impronta antiinstitucional de Tagle no concluyó ahí. El 6 de marzo de 1824 dio a conocer un escrito en el que daba a conocer el origen de sus desavenencias con Bolívar. Utilizando un lenguaje engolado, propio de las personas de su clase, justificaba su argumento en el riesgo que correría la propiedad privada en el sistema político que se pretendía instaurar en el país.

Tagle fracasó por su contradictoria posición en defensa de la independencia que simultaneaba con su lealtad a la corona española, lo cual en el ambiente de la época, era contraproducente. Ni América ni el Perú estaban en 1810, cuando en varias latitudes de América se crearon juntas de gobierno que manifestaban lealtad a Fernando VII, en contra de la ocupación napoleónica de la península. En ese contexto podría ser comprendida la duplicidad que manifestaba lealtad al rey al mismo tiempo que apego a la independencia. Pero ahora, 14 años después, cuando el ejército realista estaba prácticamente derrotado en toda América, tal comportamiento era reflejo de vacilación e indecisión frente a la emancipación, lo cual no podía ser aceptado cuando se hacían preparativos para librar la batalla decisiva contra el ejército español.

El Congreso, que solo unas semanas antes le había conferido el poder supremo a Bolívar, ahora se declaraba sumiso y leal a la causa española. En el colmo de la apoteosis, la aristocracia limeña mostró con total esplendor su naturaleza entreguista y excedida en actos de fidelidad al virrey, se desplegó en celebraciones y vítores al ejército que irrumpió en la capital. El manifiesto del 6 de marzo escrito y publicado por Tagle vino a dar «sustento institucional» a la traición, culpando a Bolívar y al ejército colombiano de todos los males del país.

Los hechos de los últimos días en la capital generaron gran perplejidad y duda en las filas patriotas. Pareció que todo estaba perdido, cundió el pesimismo y la desazón. Algunos, incluyendo a Sucre que habían recomendado a Bolívar no aceptar el poder que el Congreso le dio, ahora incluso le aconsejaban que ordenara la retirada y el regreso de las tropas colombianas a Bogotá, desistiendo de la realización de la campaña del Perú.

Solo la voluntad, la perseverancia, la convicción y la energía desbordante de aquel hombre excepcional, permitieron enfrentar tan crítica situación y salir adelante. Comprendía como ninguno que estaba en juego la causa de América en un momento decisivo y entendía que abandonarla era condenar a muerte el esfuerzo de tantos años de lucha cuando estaba a punto de consumarse la victoria. La posibilidad cierta de un acuerdo entre los españoles y la oligarquía peruana podría significar una prolongación indeterminada en el tiempo de la dependencia colonial de los países de América. En lo inmediato, se produciría la reversión de la independencia del Perú y un peligro cierto para la seguridad de Colombia.

En esa situación, transmitió confianza y seguridad a los jefes, oficiales y a la tropa. Sin estar seguro de ello, pensaba que vendrían refuerzos desde Colombia e incluso desde otras

repúblicas americanas. Pero en el fondo, sabía que tendría que hacer uso de toda la fuerza de su autoridad, de su liderazgo y del influjo casi mágico de su ascendiente sobre la tropa para solventar los graves problemas que enfrentaba en cuanto al alistamiento de nuevos reclutas y el abastecimiento logístico del ejército que incluía armamento, municiones, caballos, vestuario y víveres, entre otros.

Torrente (citado por Larrazábal, 2007) dice que en ese momento el ejército español contaba con 18.000 hombres, de los cuales De la Serna pensaba emplear 12.000 para la campaña contra los patriotas, dejando los 6.000 restantes para cubrir «a Salta, mantener la tranquilidad en el Alto Perú y en la costa del Sur» (p. 41). Este historiador español dice que Bolívar tenía bajo su mando a 6.000 colombianos y 4.000 peruanos, que estaban disminuidos en recursos en comparación con los del bando español. El ejército realista confiaba en que su superioridad lo iba a conducir a una victoria segura en el Perú y algunos, hasta pensaban que podrían extender más allá de las fronteras esa aura triunfal.

En los días finales del mes de febrero y durante todo marzo, se empezó a ejecutar el plan diseñado por Bolívar. Arribó el contingente colombiano pero no en la cuantía que el Libertador había solicitado: de 10.000 efectivos que requirió, solo llegaron 2,500 soldados. Al mismo tiempo, dio inicio a un proceso de reclutamiento de tropas y avituallamiento en la provincias del norte. Acorde a sus órdenes, las fuerzas guerrilleras que operaban en la retaguardia del enemigo destruían y quemaban todos aquellas provisiones que no podían ser trasladados a Trujillo.

Papel destacado le cupo al líder guerrillero cusqueño Marcelino Carreño, quien a pesar de ser incomprendido por algunos jefes del ejército patriota que sentían celos por su

accionar, estableció alianzas con alcaldes indios que llegaron a decir que solo se subordinarían a él.

A pesar de haber sido destituido de su cargo por la Junta Gubernativa en 182, Carreño fue requerido por Álvarez de Arenales para reunir a los guerrilleros y facilitar el paso de sus tropas. En noviembre de 1823, Carreño le escribió una carta al Libertador Simón Bolívar en la que le expresa que se ponía «a su servicio para luchar por los más sagrados intereses de la Patria» (Cavero Carrasco, 2022, p.84). En marzo de 1824, nuevamente fue destituido del mando de los Húsares, en una decisión que fue desaprobada por Bolívar quien en junio lo reconoció como jefe del parque del Ejército Libertador (Guzmán L. citado por Cavero Carrasco, 2022).

De igual manera, al estudiar la composición del contingente patriota es extraordinariamente destacable la participación de los negros criollos que configuraron el batallón 8, bajo el mando del general Miller. La mayoría habían sido esclavos en el servicio personal de sus amos hasta que al comenzar la lucha independentista obtuvieron su libertad, haciéndose soldados. En todo el transcurso de la guerra se distinguieron por su valor, constancia y patriotismo, tenían gran capacidad para aprender las técnicas de combate y el manejo del armamento y eran leales y disciplinados. Los jefes consideraban que marchaban mejor que el resto de los combatientes. Todas estas cualidades permitieron su rápido ascenso, asumiendo nuevas responsabilidades, sobre todo aquellos que habían aprendido a leer y a escribir.

Hubo disposición en el ejército patriota a destacar este conjunto de características y habilidades, lo cual era excepcional, porque en el contexto, había presencia aún de una cultura racista e intolerante con negros e indios. Algunos de ellos destacaron como músicos a pesar de no tener ninguna instruc-

ción al respecto, habían aprendido de oído de forma perfecta. Uno de ellos, llamado Sarmiento llegó a ser el músico mayor del ejército. Sarmiento, «era hijo de una mulata y de un negro africano: sabía leer y escribir la nota con facilidad y componía música bastante bien» (Marzioni, 2021).

El 1° de marzo, Bolívar abandona Pativilca y emprende viaje a Trujillo donde se propone establecer su cuartel general. El día 3 arriba a Huacho donde permanece dos días. Llega a Trujillo el 7 en la noche y al día siguiente, comienza su jornada de trabajo muy temprano dando instrucciones para el acopio de elementos necesarios para la guerra.

Asimismo, ordena el embargo de bienes de aquellos que se rehusaran a pagar las contribuciones acordadas previamente. Existía una situación de guerra y la economía debía estar orientada, en primera instancia, a suplir las necesidades del ejército. De igual manera, gira instrucciones al intendente de Huamachuco para que se exoneren del servicio militar a aquellos que trabajan en la explotación de las minas de plomo de ese departamento. En términos similares, escribe al intendente de Cajamarca. En el mismo tono advierte al obispo de Trujillo de que si los clérigos de esa instancia no contribuyen pecuniariamente a la causa de la independencia, deberán atenerse a las consecuencias que sus actos obligan.

En virtud de las declaraciones insultantes y falsas prorrumpidas por Tagle en Lima, el 11 de marzo se ve obligado a emitir una proclama a los peruanos:

> Peruanos!
> Los desastres del ejército y el conflicto de los partidos parricidas han reducido al Perú al lamentable estado de ocurrir al poder tiránico de un Dictador para salvarse. El Congreso constituyente me ha confiado esta odiosa autoridad, que no

> he podido rehusar por no hacer traición a Colombia y al Perú, íntimamente ligados por los lazos de la justicia, de la libertad y del interés nacional. Yo hubiera preferido no haber jamás venido al Perú, y prefiriera también vuestra pérdida misma al espantoso título de Dictador. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte y no me ha sido posible vacilar.
> Peruanos: Vuestros jefes, vuestros internos enemigos han calumniado a Colombia, a sus bravos y a mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio, y vuestra independencia.
> Yo os declaro a nombre de Colombia y por el sagrado del ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos a la victoria; que al acto de partir el Ejército de las provincias que actualmente ocupa, seréis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y por vuestros magistrados.
> Peruanos: El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad ; ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la Dictadura; y de allí me volveré a Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú y dejándoos la libertad (vol. II, 1947, p. 1194).

El 21 de febrero emitió un decreto declarando al puerto del Callao en «estado de riguroso bloqueo». El 15 de marzo, otro, para evitar la deserción en el ejército, y el 18 uno más, para enfrentar la corrupción en aduanas, resguardos y capitanías de puerto. Se manifiesta con precisión que aquellos funcionarios públicos que fueran sorprendidos cometiendo este tipo de delito y sus cómplices, quedarán sujetos a la pena capital que se «aplicará irremisiblemente».

Avanzando en el proceso de institucionalizar el país, el día 26 ordena la formación de una corte superior de justicia con atribuciones en todo el territorio nacional. En ese marco, designa presidente, jueces y fiscales de dicha corte. Continuando con el ordenamiento de la función pública, ese mismo día 26 ordena la reducción de los tres ministerios de Estado en uno solo, el 3 de abril crea un tribunal especial de seguridad pública y al día siguiente dicta resolución sobre el comportamiento de los funcionarios del Estado. Asimismo, el 11 de abril inaugura una contaduría y varios otros cargos (Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1961). En medio de la guerra, desarrolla una encomiable actividad pública encauzada al fortalecimiento del Estado y el gobierno.

El 12 de abril, Bolívar se desplaza a la población de Otuzco, sobre la sierra, al este de Trujillo. Ahí se entera de la insurrección conservadora del general español Pedro Antonio Olañeta.[26] Era evidente que tal acción en defensa de los intereses monárquicos que enfrentaba a Fernando VII con los liberales, iba a tener repercusiones importantes al interior de las fuerzas realistas en el Perú. En octubre de 1823, el rey había sido liberado por el ejército francés del control constitucional que se había establecido por el régimen liberal. De inmediato, derogó la Constitución y las reformas aprobadas y restableció la monarquía absoluta. En el Perú, en lo inmediato, la insubordinación de Olañeta significó la posposición de las operaciones del ejército español que se preparaba para enfrentar a los patriotas. El virrey de la Serna, apoyado por los generales Canterac y Valdés que también eran liberales-constitucionalistas decidieron atacar de inmediato al alzado.

---

[26] Ver capítulo II, p. 39.

Esta coincidencia de ideas de los jefes españoles sobre cómo actuar en relación a Olañeta, no se mantuvo cuando comenzaron a preparar el plan de operaciones contra el ejército colombiano. Valdés era de la opinión de que Canterac debía actuar de inmediato con 6.000 hombres desde el valle de Jauja, al este de Lima, donde se encontraba, hacia la costa. Canterac, tal vez recordando su funesta experiencia en la guerra contra los venezolanos durante los años 1816-1817, era más cauto. De la Serna apoyó a este último, concediéndole a Bolívar un tiempo precioso. En la espera, Valdés con 4.000 hombres se dirigió al Alto Perú a desarrollar acciones que suplieran el revés que representó la desafección de Olañeta.

Todavía estando en Otuzco, Bolívar es informado del movimiento de Valdés. Su genio le permitió percibir un atisbo de debilidad en el ejército español y decidió inesperadamente pasar a la ofensiva. Contra todo pronóstico y sin que nadie lo ponderara, se dispuso a repetir la epopeya de 1819 cuando remontó la rama oriental de los Andes colombianos para caer sobre los españoles por la retaguardia, y derrotarlos sucesivamente en Pantano de Vargas y Boyacá consumando la independencia de la Nueva Granada.

La disposición requería actuar sin pérdida de tiempo. Una vez más, los generales dieron por cierta su visión estratégica, se alinearon a ella y se aprestaron a cumplir sus misiones en la orden de combate del Libertador. Pero también es cierto que algunos de ellos consideraron que lo de Bolívar era una quimera y hasta una locura, y que era más favorable esperar por el enemigo en las tierras bajas para plantarle combate desde una posición defensiva ventajosa.

Todos sabían, especialmente los venezolanos, lo que significaba encaramarse en las empinadas cumbres andinas. Eran sencillamente intimidantes, se requería de valor, convicción,

entereza y liderazgo. Nuevamente Bolívar salió adelante imponiendo su talento. Nuevamente la historia habría de darle la razón. Su capacidad de persuasión y convencimiento llevó a que, en una reunión del Alto Mando en Huamachuco, los generales terminaran aceptando la decisión. Era evidente que algunos, tal vez la mayoría, acataron la orden más por lealtad al Libertador que por convicción, primó en ellos el reconocimiento de que aquel hombre casi siempre los había conducido a la victoria.

Bolívar debió enfrentarse a una nueva dificultad. Aunque el gobierno había destinado una suma importante para el ejército, la administración era tan deficiente que la tropa no recibía su pago con regularidad. No existía un sistema que regularizara tal situación por lo que la llegada de los estipendios dependía más de la voluntad del jefe que de alguna regla o dictamen establecido. Esto que amenazaba la estabilidad y la moral de la tropa obligó al Libertador a tomar personalmente cartas en el asunto.

El pago que obtenían los soldados era menguado pero el solo hecho de que lo comenzaran a recibir puntualmente, cobró felicidad y satisfacción en la tropa. De igual manera, Bolívar tomó otras medidas que establecieron una relación más equitativa entre oficiales y soldados, disminuyendo los ingresos de los primeros en beneficio de los segundos. Algunos oficiales no estuvieron de acuerdo y desertaron o se colocaron a retaguardia. El Libertador encargó a los jefes de división y a los comandantes de las unidades, controlar regularmente el cumplimiento de estas tareas que revirtieron en una elevación mucho mayor de la disposición combativa de la tropa (Miller, 2021).

La orden para el combate que se avecinaba estaba estructurado a partir de un ataque fulminante contra los españolas que se concentraban en el valle del Jauja. El acercamiento de

las tropas debía producirse de inmediato, aprovechando los espacios naturales que permitieran una marcha lo más sigilosa posible. La idea era aproximarse en mayo y acometer el dispositivo realista en junio.

A partir de ahí, el Libertador diseñó dos escenarios. El primero se establecía en el caso de que el general Valdés pudiera llegar a reforzar el contingente dislocado en el valle del Jauja, en cuyo caso los colombianos actuarían a la ofensiva desde posiciones desventajosas. Pero si Valdés no acudía al refuerzo, la derrota española era segura porque actuarían en condiciones de una inferioridad numérica que los obligaría a retirarse.

Considerando que durante esta época había mucho pasto para alimentar a los animales, Bolívar vislumbraba que las operaciones podían durar tres meses, tras lo cual, si no lograban quebrar el dispositivo defensivo de los españoles, planeaba retirarse a posiciones más apropiadas, esperar refuerzos y diseñar nuevas operaciones en condiciones distintas.

VI. Junín, preludio de la mayor gloria del Perú

De acuerdo al plan, en mayo el ejército se puso en marcha. Debía recorrer casi 1000 km a través de elevadas montañas, algunas con nieve en esa ápoca del año hasta llegar a Pasco que había sido designado como lugar de concentración del contingente patriota. El general José de La Mar comandaba el ejército peruano, teniendo como jefe de Estado Mayor al general altoperuano Andrés de Santa Cruz mientras que el general Sucre conducía al ejército colombiano, llevando bajo sus órdenes los destacamentos al mando de los generales Jacinto Lara (venezolano) y José María Córdoba (neogranadino). Su jefe de Estado Mayor era el coronel irlandés Francisco Burdett O´Connor.

La caballería estaba al mando del general rioplatense Mariano Necochea. Subordinados a él se encontraban el general inglés Guillermo Miller, al frente de la caballería peruana, y el coronel colombiano Lucas Carvajal, conduciendo a la de su país. Los granaderos a caballo rioplatenses eran dirigidos por el coronel francés Alejo Bruix. Había además una brigada de artillería chilena al mando del coronel rioplatense Juan Pedro Luna. De manera que las fuerzas patrióticas estaban conformadas por un gran arcoiris de oficiales y combatientes provenientes

de varios países de la región e incluso de Europa, que confluyeron en el Perú para librar lo que vendrían a ser las últimas batallas por la independencia.

El Alto Mando del Ejército Libertador Unido era dirigido personalmente por el Libertador Simón Bolívar contando para la conducción estratégica con el doctor José Faustino Sánchez Carrión, tal vez el más eminente, capaz y eficiente entre todos los patriotas peruanos a cargo de los asuntos políticos y civiles con rango de ministro.[27]

Sánchez Carrión había acompañado al Libertador en su viaje desde Guayaquil en el «Chimborazo». Aprovecharon los 25 días de travesía para intercambiar ideas y conocerse más profundamente. Bolívar no tuvo dudas de que este prominente patriota peruano, filósofo y precursor de las ideas independentistas en su país, paladín del establecimiento del primer gobierno republicano del Perú y redactor de su primera Constitución política, estaba llamado a ser un líder y un estadista de primer nivel en su país (Perazzo, 1982).

El abogado, historiador y político peruano de finales del siglo XIX y comienzos del XX Luis Antonio Eguiguren (citado por Perazzo, *ibid.*) afirmó que Sánchez Carrión

> (…) estaba desprovisto de títulos artificiales. No era marqués, como Torre Tagle o aristócrata de nobleza, como Berindoaga, ni pertenecía al grupo de los encumbrados por circunstancias artificiales, que suspiraban como Riva Agüero, porque

---

27 Felipe Larrazábal (2007) dice que al frente del Estado Mayor, junto a Bolívar, se encontraba el general chileno José Santiago Aldunate, pero ninguna otra fuente corrobora tal hecho. Al contrario, la mayoría menciona que Aldunate tuvo diferencias con el mando peruano y se regresó a su país en mayo de 1824 por lo que no pudo participar en la Campaña del Perú que se iniciaba en ese momento.

> el Perú fuese gobernado por un Rey. Sánchez Carrión, solo tenía el mérito de amar a su patria y un gran sentido de responsabilidad, como fundador de la nacionalidad (p. 38).

Según este eminente intelectual peruano, estas características fueron las que detectó el Libertador, y entendiendo que las circunstancias demandaban a un hombre intransigente, dispuesto a hacer los mayores sacrificios en favor de los intereses del Perú, es que no dudó en designarlo para ese cargo. En los hechos, en el momento decisivo de la lucha por la independencia, Sánchez Carrión se transformó en el magistrado peruano más importante, si se consideran las altas responsabilidades que asumió.

A pesar de estar imbuido casi a tiempo completo de los preparativos bélicos, al Libertador todavía le quedaba tiempo para cumplir sus responsabilidades de Estado. En la búsqueda de ampliar la base de apoyo de la independencia entre la sociedad peruana, el 8 de mayo le escribió al eminente médico y catedrático universitario Hipólito Unanue para que lo ayudara a establecer contacto con ciudadanos prominentes que estuvieran imbuidos de las ideas de independencia y que el mismo Unanue había recomendado a fin de que pudieran asumir responsabilidades ante las graves defecciones que había tenido el gobierno (Bolívar, 1947).

Asimismo, el día 10 de mayo, Bolívar emitió un decreto para fundar la Universidad de Trujillo «como uno de los medios más eficaces de promover la instrucción pública, de la que dependen en mucha parte el sostenimiento y seguridad de los derechos sociales». Lo hizo además como un reconocimiento a Trujillo por su fidelidad a la lucha independentista (Bolívar, 1983, pp. 295-296).

De igual manera, en su gran mayoría, el tiempo era consumido por los aprestos para la gran epopeya que tenía por

delante. Se trataba de superar el paso de los Andes. Huaraz –donde había llegado el 20 de mayo desde la ciudad de Huamachuco en la que permaneció durante 19 días– todavía quedaba a alrededor de 220 km de Pasco.

Cada división tenía su módulo de municiones y una reserva que era conducida en 300 mulas. El jefe de logística (llamado comisario) manejaba existencias de arroz, tabaco, sal, y coca, que solo podían ser usadas en circunstancias especiales. Asimismo, contaba con mulas de resguardo para sustituir a las que no pudieran continuar la marcha por cualquier razón.

En la retaguardia del orden de marcha se encontraban mujeres que eran esposas o familiares de los combatientes. Eran conocidas como las rabonas. Durante los combates, auxiliaban a la tropa preparando los alimentos y cuidando a sus familiares o esposos, se «abastecían de todo tipo de elementos al pasar por los pueblos y llevaban sus implementos en un gran manto que cargaban en su espalda junto a una bayoneta que empleaban en caso de ser necesario».[28] Una de ellas, Flora Barros, acompañaba a su esposo Felipe Reyes. Junto a él y a su hijo Mariano de solo un año, marchó de Soledad, en las cercanías de Barranquilla, a Bogotá y desde allí siempre siguió a Sucre. Su segundo hijo, llamado Antonio en homenaje a Sucre nació el mismo día y el mismo momento en que los patriotas libraban exitosamente la batalla de Junín. La misma noche que nació Antonio Reyes Barros, su padre, el soldado Felipe Reyes, fue ascendido por Sucre a sargento por su eocomiable actitud durante la batalla (Goñi, 2023).

En sus memorias, el general Miller emite una encomiable opinión sobre la labor del general Antonio José de

---

28 Información obtenida en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú.

Sucre como organizador del recorrido hacia Pasco. Considera que Sucre tiene «el saber más profundo y el juicio más exquisito en las disposiciones preparatorias que adoptó, para facilitar la marcha» y opina que esta expedición hubiera sido insuperable para un ejército y un militar europeo, pero que para el disciplinado soldado de la América del Sur «ni las fatigas ni privaciones puede disminuir su respeto a sus oficiales» (Miller, 2021, p. 298).

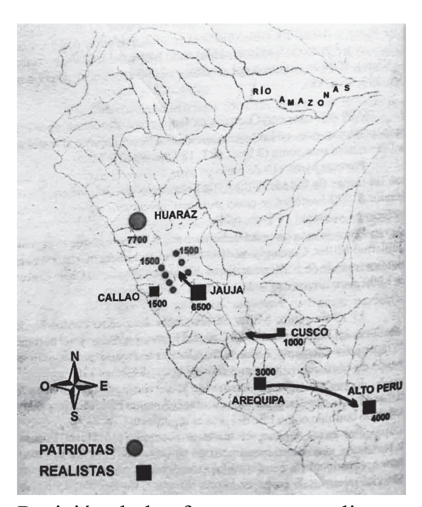
El 21 de mayo, desde Huaraz, Bolívar escribe nuevamente al general Olañeta. Estaba convencido que su acto de rebeldía o indisciplina –desde la óptica que se le mirara– tendría repercusiones estratégicas para el curso de la guerra. En esa medida trataba de «echar sal en la herida» para profundizar las contradicciones que habían llevado al alzamiento del general conservador:

> He tenido la satisfacción de saber oportunamente la generosa resolución que V. S. ha adoptado de desprenderse de ese odioso partido que hasta ahora ha oprimido a esta desgraciada parte del mundo.
>
> (…) Últimamente señor general, la posición de V.S. es al mismo tiempo tan crítica como ventajosa. Siempre que V.S. conserve la actitud amenazadora que V.S. tiene actualmente, su suerte no puede ser infausta, y probablemente debe ser honrosa. Nosotros vamos a emprender la campaña y debemos triunfar; entonces V.S. habrá sido uno de nuestros más grandes auxiliares, por haber llamado la atención de nuestros enemigos por esa parte: por consiguiente nuestra gratitud será igual al servicio que V.S. nos ha hecho. Tanto V.S. como los oficiales, tropas y pueblos de su mando serán beneméritos del Perú y de la América, gozarán de las mayores ventajas, y yo ofrezco a V.S. una generosidad sin límites y la protección más cordial (…) (vol. I, 1947, pp. 971-973).

En esta carta, el Libertador expone simultáneamente dotes de avezado estratega y genial táctico. Usando la antigua estratagema de «Divide y Vencerás» atribuida al emperador romano Julio César, Bolívar se propone incidir en el curso de la guerra. Haciendo gala de extrema osadía, valora la actuación de Olañeta en defensa de la monarquía que él mismo combate en favor de las ideas republicanas, estimulando la traición a los que indudablemente son sus compañeros de armas y de lealtades. De esta manera, sin perder de vista el objetivo estratégico de triunfar definitivamente sobre los españoles, se pone a favor de una de las partes en un conflicto interno en el que, a partir de un análisis táctico, pretende obtener inequívocos resultados, de cara a la próxima batalla que ya vislumbraba.

Mientras realizaba los preparativos para iniciar la marcha, el Libertador no manifestaba tanta preocupación por la cantidad de combatientes que tendría bajo su mando. Pensaba que a pesar de enfermos y desertores, con los refuerzos que esperaba obtener, podría llegar –en cualquier caso– a 8.000 hombres. Su intranquilidad principal venía dada por la necesidad de conseguir el abastecimiento con los víveres necesarios para ese período y las bestias imprescindibles para transportar la carga. Así se lo hace saber a Sucre en carta del 9 de junio (vol. I, 1947, pp. 977-979).

La ruta trazada para el movimiento de las tropas inicia en Huaraz el 15 de junio, de ahí van a Olleros, llegando a Cajatambo el 16 y continuando al día siguiente hacia Aguamiro donde arriban el día 20 y a Huánuco el 24. El 4 de julio, Bolívar se adelanta al contingente principal de las tropas alcanzando ese día Cerro de Pasco. Sigue preocupado por los víveres. Le escribe al general rioplatense (nacido en Montevideo) Cirilo Correa para instarle a conseguir maíz, cebada y trigo, así como sal para el alimento de las tropas (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983).



Posición de las fuerzas contendientes al comenzar junio de 1824. (Fuente: Rubén D. Ancahuasi Dongo, De Junín a Huancavelica, Apurímac y Ayacucho)

El desplazamiento fue tormentoso, además del frío con temperaturas bajo cero y el soroche,[29] la marcha se hacía por estrechas calzadas de montaña en medio de profundos desfiladeros en los que cualquier error al pisar podía provocar la caída y la muerte. Sobre todo era particularmente difícil para la caballería (Lynch, 1985). Con habilidad, Bolívar logró atraer a una apreciable cantidad de combatientes indígenas mucho más habituados a la vida en estos páramos y poseedores de una mayor habilidad para el movimiento en la montaña. La lenta columna cerraba con ellos y con una buena cantidad de reses para el alimento de las tropas.

---

[29] Palabra quechua que refiere al mal de altura o mal de montaña. Se produce por una falta de oxígeno a grandes altitudes. Los síntomas comprenden dolor de cabeza, cansancio, náuseas o pérdida de apetito, irritabilidad y, en casos más graves, dificultad respiratoria, confusión e incluso coma.

Este ganado había sido obtenido de grandes propietarios que los entregaban a cambio de vales que se pagaban muy irregularmente. Muchas veces, debió obtenerse a la fuerza en haciendas abandonadas por sus dueños para seguir al ejército español. Pero también hubo ganaderos que se plegaron a la causa patriota e hicieron importantes donaciones de reses, algunas de ellas generaron problemas por la incapacidad de proveerse con el alimento necesario para mantenerlas. Para la campaña que comenzaba, la logística del ejercito libertador unido contaba con seis mil cabezas de ganado que se desplazaban detrás de las fuerzas principales a dos o tres días de marcha a cargo de un comisario encargado de suministrar a las divisiones una cantidad precisa de alimento acorde sus necesidades (Miller, 2021).

A lo largo de la ruta, se establecieron depósitos secretos de víveres y forrajes ocultos en las cavernas de la montaña que se formaron tras el abandono de minas que se habían dejado de explotar. Algunas de ellas, no estaban a ras del suelo. Había que subir con la ayuda de cuerdas y escalones tallados en la roca, lo que la hacían inexpugnables al ataque del enemigo en caso de ser descubiertas aunque los realistas jamás supusieron que los patriotas acopiaran sus víveres en lugares de tan difícil acceso (Miller, 2021).

A ambos lados del camino, el Nudo de Pasco, que en su cumbre tiene 4.950 m.s.n.m. observaba impasible el paso de aquellos esforzados guerreros que horadaban sus entrañas en búsqueda de la libertad. En las noches, dormían en barracones de mala calidad construidos cada cierto trecho y que no alcanzaban a dar cobijo a todos, teniendo algunos que quedar al «resguardo» de la naturaleza (Ledesma, 1979). Es difícil comprender para quien no conoce esas alturas, concebir la magnanimidad de la hazaña que estaban realizando aquellos soldados venidos de otras tierra y del propio Perú para desarrollar el

combate desde una posición más ventajosa. Ello requería de un esfuerzo supremo para afrontar y superar al horrendo clima circundante, al cansancio y la falta de oxígeno, sobre todo para aquellos que venían del calor y la humedad del Caribe y de los llanos venezolanos.

No obstante, fue la experiencia adquirida por el general Sucre y su visión premonitoria, lo que llevó a prever la necesidad de construir dichas barracas de tramo en tramo en el territorio estéril, solitario y despoblado que atravesaban. Una proeza en paralelo fue la consecución y el transporte de los materiales para construirlas, además de la leña para quemar y la formación de almacenes de cebada y maíz para la caballería que requirieron de todo el esfuerzo, la sabiduría, el talento y la actividad incesante que solo Sucre podía aportar (Miller, 2021).

Las divisiones del ejército libertador atravesaron la cordillera a la distancia de un día de marcha una de otro, aunque en la práctica, tal apresto no se podía ejecutar con total precisión. Innumerables contratiempos venían a estropear la planificación. Las irregularidades del terreno, las sendas estrechas y resbaladizas a lo largo de los ventisqueros venían a dificultar la misión. En estas condiciones ocurrió muy frecuentemente que la caballería que marchaba a retaguardia no pudiera llegar a su destino en el plazo previsto. Muchas veces sucedió que los jinetes tuvieron que desmontar y llevar de cabestro a su cabalgadura e incluso a las mulas que cargaban los víveres u otros aseguramientos logísticos. Asimismo, acontecía que perdían el camino en la noche, llegando a un punto en el que constataban su situación, debiendo volver por sus pasos, con la consabida pérdida de tiempo e incremento del ya prominente cansancio.

Por su parte, Bolívar se encontraba en constante movimiento desde el 4 de julio cuando llegó a Cerro de Pasco, el 6 está en Huariaca, el 9 en Huánuco, el 16 otra vez en Huariaca

donde se establece. Estando en este poblado, a tan solo 55 km de Cerro de Pasco, el 6 de julio. El Libertador recibe la buena noticia del arribo de los esperados refuerzos. Se trata del escuadrón de Guías de la Guardia, «un cuerpo brillante» de 1.150 veteranos según la caracterización que él mismo hace de ellos.

Esto reafirma su confianza en que puede librar el combate con grandes posibilidades de triunfar. Sabe que Valdés ha marchado a enfrentar a Olañeta en el Alto Perú. Estima que en esas condiciones, los españoles no pueden reunir más de 6.000 hombres, mientras que él cuenta con 9.000 incluyendo la guerrilla a las que le asigna una importancia crucial. Por todas estas razones, está convencido de que la ocasión es única y no se puede desaprovechar. Por ello, ordena acelerar la marcha y enviar los destacamentos lo más pronto posible a Cerro de Pasco.

Papel relevante como fuerza auxiliar en los aprestos y en el desenvolvimiento de los combates habría de jugar la caballería peruana al mando del general John Miller. Estaba formada por 1.500 montoneros estructurados en una fuerza que empleaba tácticas de lucha guerrillera. Eran básicamente hombres cuyas casas y propiedades, así como sus familias habían sido totalmente diezmados por el espíritu vengativo de los españoles. Cada uno de ellos, tenía un familiar o amigo que había sido víctima del odio y la crueldad de los peninsulares. El odio a los españoles era su móvil principal en la lidia.

El pueblo de Reyes (hoy llamado Junín)[30] fue escenario de una de las peores acciones de la furia española. En 1821, cuando poseía 4.000 habitantes fue saqueado y quemado por

---

30 Se usan indistintamente ambos nombres. En aquella época era conocido como Reyes, pero su nombre fue cambiado por decreto del Libertador Simón Bolívar el 30 de octubre de 1824 por la que pasó a denominarse «Heroica Villa de Junín».

los españoles quienes asesinaron atrozmente a la mayoría de la población. Solo 300 personas sobrevivieron y se organizaron para crear una partida de montoneros. A partir de entonces se especializaron en operar en la retaguardia del ejército realista, «desapareciendo» después de la acción, Se refugiaban en alguna de las numerosas islas del cercano lago de Reyes (también conocido como Chinchaycocha o Junín) donde tenían una logística preparada y oculta para sobrevivir a la persecución de los godos que no podían penetrar su terreno cenagoso, poblado por densas plantas de totora.[31] Cuando pasaba el peligro, salían nuevamente de sus refugios para golpear al enemigo causando pérdidas de consideración al ejército realista.

Estos campesinos devenidos guerreros sentían profundo respeto por el general Miller a quien conocían del pasado. Los montoneros se estructuraban en partidas, compuestas de cincuenta hasta cien hombres de las cuales, la que se había formado en Reyes era una de las más arrojadas y aguerridas. Montaban en mulas o caballos, algunos usaban gorros de piel, otros cascos y sombreros de lana y vestuarios de la mayor variedad, desde los típicos atuendos de esa región hasta los que les habían quitado a los españoles muertos en combate. Otros usaban uniformes del ejército patriota configurando una variopinta fuerza de ataque temida y odiada por los españoles (Miller, 2021).

La caballería patriota estaba conformada con jinetes de gran experiencia. Muchos de ellos eran campesinos en sus tierras y estaban acostumbrados a montar desde niños. Eso los

---

[31] Planta perenne, común en esteros y pantanos, cuyo tallo erguido mide entre uno y tres metros, según las especies, y que tiene uso en la construcción de techos y paredes para cobertizos y ranchos. En Bolivia y Perú se emplean para construir embarcaciones que surcan los lagos andinos, también se utiliza para fabricar cestos y otros productos artesanales.

hacía poseedores de una destreza inigualable: gauchos de la pampa rioplatense, huasos chilenos y llaneros colombianos. En la medida de las posibilidades, cada centauro iba armado con «espada, lanza y algunas veces con carabina o un par de pistolas» (Ibid., pp. 302-303). El hierro que se conseguía se priorizaba para la fabricación de clavos y herraduras. Este cuerpo proveía a sus cabalgaduras con los mejores cuidados, aunque no era frecuente, calzaban sus cuatro patas, y de noche, los cubrían con mantas para evitar los contratiempos en el paso de la cordillera. Los alimentaban esmeradamente con alfalfa y maíz que obtenían en los fértiles valles cordilleranos. Se establecía una férrea unidad entre caballo y jinete. De eso dependía –en gran medida– el éxito en el combate.

En los preparativos más inmediatos de la batalla que se acercaba, el 17 de julio, Bolívar le escribe al general Bartolomé Salom, que se encontraba en Guayaquil, para ordenarle que se viniera al Perú con todos los oficiales de Venezuela y Cundinamarca que se encontraban con él, dejando que «Quito se gobierne sola». Asimismo, le ordena al prefecto de la costa que esté atento a los movimientos del enemigo en Lima y el Callao a fin de saber si se producen desplazamientos que pudieran reforzar a Canterac en la sierra, trasladarse al sur o permanecer en la defensa de la capital.

Le preocupa el atraso en la realización del plan original. La llegada del invierno reduce ostensiblemente el forraje para el ganado y hace más difícil el abastecimiento de vituallas para la tropa. Espera tenerla reunida en su totalidad, el 1 de agosto. Su idea de las acciones preveía que para el día 3 todos los destacamentos estén informados de sus misiones para que, al día siguiente comience la marcha al encuentro del enemigo. El estado de ánimo de los patriotas es excelente. Asimismo, la capacidad combativa y disciplina de sus jefes y soldados está en un óptimo nivel.

Los españoles se encontraban concentrados entre Jauja y Huancayo, unos 200 km más al sur donde pretendían librar el combate dado su conocimiento del terreno. En el contexto, Olañeta que se encontraba en Potosí, informado de la aproximación de las tropas encargadas de su persecución, decidió retirarse más al sur, en dirección a Tupiza o incluso más allá, hasta Salta, lo cual alejaba las posibilidades de participación en la batalla de las fuerzas al mando de la Serna y Valdés a las que se había sumado el regimiento del comandante Valentín Ferraz.

El 2 de agosto, Bolívar pasa revista a las tropas en la pampa del Sacramento, ubicada a unos 1.100 m.s.n.m., específicamente en el llano de Rancas a 36 km al oeste de Cerro de Pasco. El general Miller hace una reflexión memorable:

> En este llano rodeado por objetos y vistas tan grandiosas y al margen del magnífico lago de Reyes, nacimiento principal del río de las Amazonas, el mayor de cuantos se conocen, estaban reunidos hombres de Caracas, Panamá, Quito, Nueva Granada, Lima, Chile y Buenos Aires; hombres que se habían batido a orillas del Paraná, en Maipo, en Boyacá, en Carabobo, en Pichincha y al pie del Chimborazo. En medio de aquellos americanos valientes defensores de la libertad, había algunos europeos fieles aún a la causa en cuyo obsequio perecieron otros tantos paisanos suyos. Entre ellos hallabánse algunos que habían combatido a orillas del Guardiana o del Rin, y que presenciaron el incendio de Moscú y la capitulación de París (Miller, 2021, pp. 306-307).

Según el coronel colombiano Manuel Antonio López (1878), ayudante del Estado Mayor general del Ejército Libertador

> El sol de la mañana era templado: las encumbradas crestas de los Andes cubiertas de nieve perpetua despedían rayos luminosos de colores varios e indefinidos como los del iris, que reflejaban sobre las armas de los soldados, dándoles el aspecto ideal de lejiones osiánicas [sic],[32] las bandas i [sic] las músicas hicieron vibrar el aire con sus marciales ecos, inflamando el pecho de aquellos soldados de la libertad (p. 111).

Al comenzar el solemne acto de revista, los generales Sucre y La Mar solicitaron autorización al Libertador para dar inicio a la ceremonia, poniéndose al frente de sus tropas y dando la orden de «parada». La división al mando del general Córdoba estaba colocada a la derecha de la formación, el ejército del Perú al centro y la 1ª División cuyo jefe era el general Lara, a la izquierda. El general Mariano Necochea estaba al frente de la caballería

Bolívar recorrió la formación de las tropas acompañado del general Sucre, y los generales peruanos Gamarra, La Mar y el alto peruano Santa Cruz, en medio de la euforia de los soldados que gritaban vítores al Libertador. Quedó satisfecho con lo que vio: una impecable apariencia y un entusiasta espíritu de lucha a pesar de todos los esfuerzos y sacrificios que tuvieron que hacer para llegar hasta ahí. Finalizada la inspección de las tropas por parte del Libertador, los generales Sucre y La Mar ordenaron formar en columna cerrada para que el Libertador se dirigiera a ellos.

Las palabras retumbaron en el silencio de aquel valle:

---

32 Es de suponer que quiso decir «legiones oceánicas» una mención poética de la formación de los soldados.

> Soldados!
> Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres, la de salvar un mundo entero de la esclavitud.
> Soldados! Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates.
> Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz hija de la victoria; y aún la Europa liberal os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. La ¿burlareis? No, ¡no! no! vosotros sois invencibles (vol. II, 1947, p. 1195).[33]

Después de escuchar al Libertador el ejército del Perú solicitó marchar a la vanguardia para ser el primero en entrar en combate. Bolívar se reunió informalmente con los jefes, solicitándole un informe sobre la situación de las unidades bajo su mando. Concluyó con que contaba con un poco más de 9.000 soldados en disposición combativa, es decir sin considerar a los enfermos y heridos, reafirmando su confianza en la victoria, no solo por el número superior de combatientes, también porque «tienen conciencia de su libertad» (López, 1878, p. 112). Los generales y jefes reiteraron al Libertador su decisión de luchar con valor y arrojo para obtener la victoria. Tras finalizar la reunión, Bolívar junto a sus generales y el Estado Mayor regresó a Cerro de Pasco y los soldados a sus cuarteles

[33] Esta proclama que el Libertador pronunció ante las tropas formadas el 2 de agosto, fue escrita en el Cuartel General del Ejército Libertador en Pasco el 29 de julio y con esta fecha está registrada. En las *Obras completas del Libertador* (1947), existe una nota que dice que «Cuando se dio lectura a esta proclama el 2 de agosto, en la llanura del Sacramento, el Libertador añadió estas palabras: ‘En este mismo mes vosotros habéis triunfado en Caracas y en Boyacá, dad un nuevo día de gloria a vuestra patria’».

a esperar la orden de combate. Su espíritu y voluntad de lucha estaba más alto que nunca.

En el otro bando, el ejército español ocupaba una gran extensión de terreno, la más rica del Perú. Habían logrado tener un ejército de hasta 20.000 hombres bien equipados, pero se encontraba dividido, Canterac solo contaba con 9.300 efectivos. El golpe propinado por Olañeta tenía mayor impacto cualitativo que cuantitativo. Parecía difícil que la controversia entre monárquicos y liberales pudiera decidirse a través del diálogo y la negociación, solo las armas podían «resolver» el conflicto, que en el contexto, cobraba extraordinario valor para el ejército patriota.

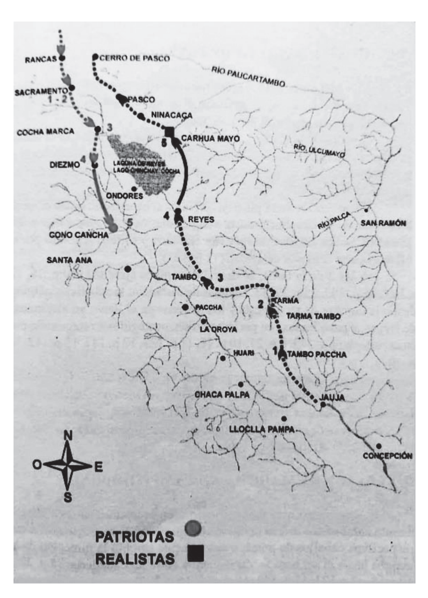
El diferendo vino a tener un punto de inflexión cuando la monarquía quiso premiar la lealtad de Olañeta creando el Virreinato del Alto Perú y designándolo como virrey. La Serna resistió la decisión del rey e incluso retuvo los documentos que acreditaban el nombramiento y que el gobierno español quiso enviar a Olañeta por su conducto. En represalia, el general rebelde, controlando y dominando el Alto Perú sin que fuerzas de los virreinatos del Río de la Plata y del Perú enviados en su contra lo pudieran hacer desistir de su voluntad, se autodesignó virrey del Perú, incluyendo el territorio cuya capital era Lima y el Alto Perú.

En el terreno bélico, el general Valdés, enviado a perseguir a Olañeta, tuvo una primera victoria tras atravesar el río Desaguadero y entrar en territorio altoperuano, pero a continuación fue derrotado en la Plata (Chuquisaca) y tuvo que retirarse al Cusco con una notable pérdida en sus fuerzas. En este ámbito, no hay una opinión única respecto del papel jugado por Olañeta apartir de entonces. Algunos como el eminente historiador y político colombiano José Manuel Restrepo Vélez, que a la sazón era secretario del Interior de Colombia, creyeron que Olañeta se había manifestado a favor de la independencia, pero Manuel Antonio López (1878) refuta dicha apreciación.

Pareciera que Canterac subestimaba a los patriotas, por una parte sometió a su ejército a la inacción total suponiendo que su contrincante hacía lo mismo. Pero por otro, jamás se imaginó que Bolívar podía concentrar en tan corto plazo una fuerza de las dimensiones que logró alcanzar el ejército libertador unido. Finalmente, el 1° de agosto decidió salir de su lugar de concentración en el valle del Jauja y dirigirse junto a sus tropas hacia Pasco a fin de atacar a los patriotas por partes en la medida que fueran descendiendo de la montaña al valle. Evidentemente estaba mal informado. Su fuerza estaba estructurada en dos divisiones de infantería comandadas por el general Rafael Maroto y el mariscal de campo Juan Antonio Monet, una de caballería conducida por el brigadier Ramón Gómez de Bedoya y una brigada de artillería compuesta por ocho piezas (Ledesma, 1979).

En la mañana del 5 de agosto, Canterac arribó a Carhuamayo pequeño poblado ubicado al noreste del lago de Reyes, el cual había bordeado por su orilla oriental. El general español ordenó hacer alto a la infantería y a la artillería y se adelantó a hacer un reconocimiento con su caballería. Suponía que los patriotas opondrían un ejército menguado constituido por no más de una división. Cuál fue su sorpresa al conocer que se enfrentaría a todo el ejército libertador comandado por Simón Bolívar en persona. Su preocupación fue extrema cuando supo que las fuerzas patriotas marchaban en paralelo hacia el sur, en dirección opuesta después de haber superado las alturas andinas. Retrocedió con urgencia a donde había dejado a la infantería y al amanecer del día 6 ordenó la retirada hacia Jauja, un terreno que conocía mejor.

Efectivamente, durante los días 3 y 4 el ejército republicano se había desplazado hacia el sur. El Libertador decidió hacerlo por el camino más corto, bordeando la costa occidental



Desplazamiento de los contendientes al 5 de agosto de 1824 en la víspera de la Batalla de Junín. (Fuente: Rubén D. Ancahuasi Dongo, De Junín a Huancavelica, Apurímac y Ayacucho)

del lago Reyes, el día 5 cruzó el rio Jauja por el poblado de Conocancha a unos 30 km al suroeste del lago de Reyes, a unos 40 del poblado de ese nombre y a unos 75 de donde se encontraba el ejército español. Advertido de que Canterac planeaba la retirada, Bolívar cambia su original plan de operaciones y ordena acelerar la marcha para llegar a Reyes (Junín) y cortar el repliegue del enemigo.

En la noche, el Libertador se reunió con su Estado Mayor con el objetivo de definir una orden de combate ante la nueva situación creada, participaron Sucre y La Mar. Decidieron que a las 4 de la mañana la división al mando de Córdoba iniciara la marcha, lo siguiera el ejército del Perú comandado por La

Mar y que la retaguardia fuera cubierta por la división del general Jacinto Lara.

A las 6 de la mañana del día 6, todo el ejército estaba en movimiento hacia Reyes. Al entrar la tarde llegaron a unas alturas desde donde pudieron ver al ejército realista que marchaba también a paso forzado hacia el sur en dirección a Tarma distante unos 65 km desde donde pretendía seguir a Jauja ubicada unos 60 km más, en la misma dirección. Al verlos, en perfecta formación, los soldados patriotas entendieron que había llegado el día tan esperado. Tenían confianza en que sabrían sobreponerse al cansancio del reciente traslado de 25 km por difíciles caminos quebrados y pedregosos. Bolívar ordenó que la caballería partiera a la vanguardia y la infantería avanzara a marchas forzadas. Él mismo junto al Estado Mayor siguieron detrás de la caballería guiada por el general Necochea (López, 1878).

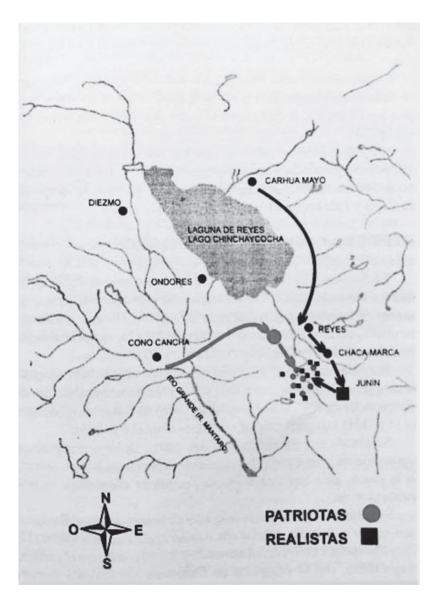
A las 4 de la tarde, Necochea pudo observar directamente al ejército realista saliendo de Reyes a marcha redoblada en dirección a Tarma. El Libertador ordenó apresurar el paso. Se trataba de obligar a los españoles a detenerse o al menos cortar su retaguardia e inducir al desorden en ellos. De inmediato ordenó a la caballería a entrar en combate. Al sentir el impacto del golpe propinado por la caballería, Canterac ordenó que la retirada de la infantería continuara. Entendió que debía tratar de preservarla y con 1.300 hombres a caballo, en una acción que manifestaba gran capacidad táctica, se puso al frente de su caballería para atacar a la de los patriotas. La caballería republicana al mando de Necochea combatió con ardor. Él mismo recibió siete heridas de lanza y sable, ninguna de gravedad.

En un primer momento, siguiendo a Necochea, se pusieron en acción dos regimientos colombianos junto al Escuadrón Granaderos de los Andes quienes atacaron a los realistas por su flanco derecho y aunque llegaron a tiempo para hacerlo,

no ocurrió de la misma manera con otros cuerpos por las dificultades extremas que encararon al atravesar un terreno pantanoso a la izquierda.

En el ambiente creado, con gran habilidad Canterac condujo a su caballería, logrando arrollar exitosamente a los patriotas por el flanco derecho, causándole gran cantidad de bajas. Parecía una derrota segura, salvo por el ímpetu de los granaderos que al mando del comandante prusiano Otto Philipp Braun al servicio de Colombia, no pudo ser detenido, se abrió paso combatiendo y salió a la retaguardia de los realistas, salvando la unidad bajo su mando.

En esta situación, aunque los Húsares peruanos no pudieron cumplir su misión porque fueron rodeados por fuerzas



Despliegue de las fuerzas durante la Batalla de Junín. (Fuente: Rubén D. Ancahuasi Dongo, De Junín a Huancavelica, Apurímac y Ayacucho)

españolas superiores, un escuadrón al mando del teniente coronel rioplatense Manuel Isidoro Suárez quedó protegido por el terreno y a retaguardia de los españoles que se confiaron pensando que habían hecho sucumbir definitivamente la caballería patriota, por lo que desarticularon totalmente su dispositivo. Se dividieron y dispersaron en el terreno y perdieron su reserva, con la cual podrían haberle asestado un golpe demoledor a los republicanos.

Especial mérito en esta acción le cupo al sargento mayor de caballería peruano Juan Andrés Rázuri quien en el momento más complicado de la batalla, fue enviado por Suárez al puesto de mando del general La Mar a pedir instrucciones. La orden del oficial superior peruano para Suárez fue que hiciera el mayor esfuerzo por salvar a su escuadrón. Pero cuando regresaba desde las alturas, Rázuri pudo observar que el ejército realista se había desarticulado y su retaguardia había quedado desguarnecida por lo que cambiando la orden recibida, le dijo a Suárez que el general La Mar había instruido atacar a los realistas.

Es así que Suárez, al mando de su escuadrón acometió a los españoles por la retaguardia, causándole gran cantidad de bajas e infundiéndoles verdadero terror tras ser sorprendidos después de suponer que habían conseguido la victoria. Tras la acción de Suárez, otros escuadrones, entre ellos la caballería al mando del general Miller y los coroneles Lucas Carvajal, José Laurencio Silva y Ruiz atacaron a los godos desde diversas direcciones hasta causar la derrota completa de los realistas (Ledesma, 1979). En el parte que el Libertador le envía al ministro José Sánchez Carrión a través del general Tomás de Heres (citado por Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983) encomia que: «Nuestra caballería ha mostrado un arrojo que mi pluma no alcanza a expresar, y que solo puede concebirse recordando los siglos heroicos» (p. 598).

La batalla de Junín había concluido. El combate solo duró 45 minutos. En el campo quedaron tendidos los cuerpos de 345 españoles entre ellos 19 oficiales, así mismo hubo 91 heridos, entre ellos 8 oficiales y 80 prisioneros. Entre los patriotas hubo 42 muertos (tres oficiales) y 91 heridos (ocho oficiales).[34] En el fragor de la batalla cayeron el mayor Lizárraga[35] y el teniente coronel Sowersby.[36] Durante el combate no se disparó un solo tiro, solo fueron usados el sable y la lanza (Miller, 2021). La batalla de Junín fue un enfrentamiento de caballerías, la infantería no alcanzó a entrar en combate. Por decisión de Bolívar, el escuadrón de Húsares del Perú pasó a llamarse Húsares de Junín por su destacada participación en la refriega. En poder de los patriotas quedaron más de 700 fusiles y una cantidad similar de caballos.

Canterac huyó apresuradamente abandonando vastos territorios anteriormente conquistados. No detuvo su marcha hasta llegar al Cusco. A pesar del desordenado «repliegue» realista, Bolívar no consideró oportuno emprender una persecución de inmediato, destinando un pequeño contingente formado por guerrillas y un batallón a esa misión al mismo tiempo que ordenaba la concentración del grueso de las tropas

---

34 Hemos tomado las cifras extraídas del parte oficial de la batalla elaborado por el general Andrés de Santa Cruz el 7 de agosto de 1824. Otras fuentes aportan datos muy distintos de estos.

35 Enjundioso militar peruano, edecán del general Miller.

36 En el parte oficial lo enumera como herido porque falleció el 8 de agosto en el pueblo de Carhuamayo como consecuencia de las heridas recibidas en el combate. Este oficial alemán, hijo de padres británicos, se había batido a las órdenes de Napoleón en Borodino, a las puertas de Moscú, y había sobrevivido a los horrores de la campaña de Rusia, vino a morir heroicamente en el Perú, entregando su vida por la libertad de América a los 29 años.

en Reyes, donde comenzaron a llegar los destacamentos en la mañana del día 7.

Aunque algunos patriotas como el general Miller fueron de la opinión de que se debió emprender de inmediato la persecución de las huestes de Canterac que huían desperada y desordenadamente, el Libertador optó por ser cauteloso. Al hacer un recuento de las fuerzas propias y las del enemigo consideró que todavía eran insuficientes para causar su derrota total y no le pareció prudente exponerlas a un combate que no fuera decisivo. Prefirió esperar que arribaran refuerzos desde Colombia que ya estaban en territorio peruano. Por otra parte, no creyó oportuno recurrir al reclutamiento en las provincias ocupadas por los españoles, en primer lugar porque hubiera sido una medida rechazada por la población y en segundo, porque la mayor parte de los habitantes de esa región eran indígenas, lo cual dificultaba el entrenamiento militar que debía hacerse en un idioma distinto del propio.

VII. Ayacucho: el lugar de los acontecimientos

Según José María Vásquez González (2011) desde la llegada de los primeros habitantes a los territorios andinos, pasando por las «comunidades aldeanas», se ha producido una sucesión de períodos históricos y de diversificación regional. En ese devenir, se impusieron diferentes normas y formas de dominación que establecieron el control de unos habitantes sobre otros. Todo esto llevó a un desarrollo independiente de las sociedades andinas que fue frenado por la conquista. Así, a la destrucción del imperio incaico, le sobrevino una etapa marcada por el colonialismo a partir de lo cual comenzó un proceso de destrucción de la economía tradicional de los pueblos originarios y la eliminación de la organización ancestral de los mismos.

En esa medida, se produjeron procedimientos de localización y homogenización que no consideraron las características particulares regionales o locales. Todos –en forma despectiva– eran llamados «indios», manteniendo la separación de estos con los españoles. Por vía de la fuerza, impusieron la religión católica y generalizaron el quechua como lengua.

Ante esta situación se inició una larga lucha de los habitantes de la región en defensa de su economía y su cultura

que transitó desde acciones iniciales de resistencia pasando por «movimientos mesiánicos» y llegando a la rebelión nacionalista de Túpac Amaru en 1780.

Ayacucho, en lengua quechua significa «Rincón de los Muertos», nombre dado por los pobladores de la región en el siglo XV al observar la gran mortandad generada por los ataques del imperio incaico a la región a fin de someter a sus habitantes. En el territorio se desarrolló el segundo período integracionista generador de un Estado andino después de la extraordinaria cultura chavín (1800-500 a.C.) que condujo a la creación del Estado inca. En Ayacucho surgió el imperio huari (500-1000 d.C.) de fuerte implantación ideológica-cultural, considerado como el primer gran modelo urbano de los Andes.

La ciudad de Huamanga,[37] capital de Ayacucho, fue construida a los pies del cerro Acuchimay (tributo de coca en lengua quechua) (Peralta Ramírez, s/f). Fue una de las ocho intendencias creadas por el virreinato del Perú. En 1821, cuando se fundó la república se agregó la Comandancia General de Maynas para configurar un país con cuatro departamentos además de Lima, la capital, pero Ayacucho no fue uno de ellos. Adquiere esa categoría recién en 1826.

La ubicación de Ayacucho lo coloca como el «corazón geográfico del Perú». Esta situación ha hecho que en la región

---

[37] Ayacucho es uno de los departamentos o regiones en que se divide administrativamente el Perú, su capital es Huamanga que además es el nombre de una de las provincias del departamento. Pero Ayacucho es también un distrito de la provincia de Huamanga. Sin embargo, resulta curioso que, en la actualidad, coloquialmente se usa indistintamente Huamanga o Ayacucho cuando se menciona a la capital departamental. Por ejemplo, las tripulaciones de los aviones comerciales al llegar a Huamanga anuncian: «Bienvenido a Ayacucho». La provincia de Huamanga fue creada el 15 de febrero de 1825 con el nombre de Ayacucho después de la batalla librada en el territorio el 9 de diciembre de 1824.

confluyan diversas vertientes religiosas, políticas, culturales y militares ya desde la aparición del hombre en el territorio. Los primeros habitantes de Ayacucho que se supone llegaron a la región alrededor de 8.000 años antes de Cristo, han sido considerados entre los más antiguos habitantes de América del sur.



Vista actual del centro de Huamanga donde se aprecia su pasado colonial. (Foto del autor)

La capital de Ayacucho, Huamanga, se encuentra en el área andina al sur de la sierra central del Perú a 2.746 m.s.n.m. Se ubica en la llamada zona quechua. Su clima es templado y seco con una temperatura promedio de 16° C. y una humedad de 56 %. El año climático podría dividirse en tres estaciones: verano lluvioso, de diciembre a marzo; invierno seco, de mayo a agosto y primavera con escasa lluvia, de septiembre a diciembre (Vásquez Gonzáles, 2011).

En una mirada más amplia, la región de Ayacucho se encuentra en la vertiente occidental de los Andes sur centrales del Perú. Tiene cuatro ecozonas denominadas cabezadas (1.000 a 3.000 m.s.n.m.); punas (3.500 a 5.000 m.s.n.m.); valles

interandinos ubicados entre 1.500 y 3.000 m.s.n.m. y la franja ecológica de los yungas (800 a 1.500 m.s.n.m.). En general, su economía es agrícola. Los principales productos son el maíz, las frutas, el ají y la coca. Las punas poseen un hábitat ventajoso para la cría de vicuñas, alpacas y llamas y para la producción de alimentos propios de estas altitudes como papa, oca, mashua, olluco, quinua, haba y tarhui, los que conforman parte fundamental de la dieta de los habitantes de esta región. En los valles interandinos se produce frijol, calabaza, trigo y cebada, así como tuna, pacae, uva, naranja, limón e higo. La región está surcada por innumerables ríos agrupados en ocho cuencas que fluyen hacia el océano Pacífico y otras tres que van hacia el río Amazonas (Quichua Chaico, 2023).

Los habitantes de estas regiones se concentraron en las punas, pero no por razones bélicas y defensivas, sino porque ahí se encontraban fuentes de agua que permitían desarrollar la vida, además, el aislamiento propio de esas altitudes permitía enfrentar las enfermedades que se expandían con efectividad en zonas de altas temperaturas.

Estas «franjas ecológicas» de grandes desniveles, eran ricas en recursos minerales, agrícolas y ganaderos, así mismo hubo un gran desarrollo de las artesanías, todo lo cual fue de gran interés para los incas.

Aunque algunos autores (Comisión Mixta de los Sesquicentenarios de Junín y Ayacucho y convocatoria al Congreso de Panamá, 1974) plantean que los años previos a la invasión inca se creó una confederación denominada Chanca que reunió a los pobladores del río Pampas y el occidente de Apurímac: Pocras de Ayacucho, Chancas de Andahuaylas y Huancas de Junín y Huancavelica. Esta alianza habría puesto en aprietos a los incas al punto de que incluso se afirma que atacaron al Cusco en 1438, poniendo a la ciudad en situación de grave

peligro. Otros como David Quichua Chaico (2023) niegan esa versión y argumentan que no existía una sociedad políticamente unificada y que persistía la rivalidad entre etnias. Esta idea se sustenta por una parte en la carencia de construcciones de carácter defensivo, pero sobre todo en que algunos grupos étnicos se incorporaron pacíficamente a la administración incaica, refutando el carácter belicista de los pueblos que habitaban Huamanga, Huancavelica y Andahuaylas. Según este autor «(…) los incas, como otros imperios en expansión, también emplearon la diplomacia» (pp. 38-39). Asimismo, en su difusión, los incas hicieron uso de mecanismos de guerra ritual y control de cultos locales que fueron utilizados de forma particularizada acorde a características idiosincráticas y costumbres propias en cada caso.

Como se dijo antes, fue en esta ápoca cuando surgió el nombre de Ayacucho. Alrededor del año 1440 los incas vencieron y redujeron a los Pocras rebeldes, causando una alta mortandad entre ellos. Los incas difundieron sus propios ritos vinculados a la adoración del sol, la luna y otras deidades imperiales, pero mantuvieron y respetaron los ritos y las representaciones locales.

En cualquier caso, el imperio incaico vino a ejercer gran influencia en la región, produciendo grandes transformaciones políticas y económicas. Los incas modificaron la geografía de Ayacucho. Vilcas Huamán, que llegó a tener cuarenta mil habitantes, pasó a ser el centro político-administrativo y militar más importante de la región. Por su parte, la economía incaica aplicada en Ayacucho, produjo notables cambios en las áreas agrícolas y pecuarias. Esta última adquirió gran relevancia en la zona puna. Los incas hicieron un pormenorizado censo de las especies camélidas de la franja, concentrando rebaños, estancias y pastores.

Quichua Chaico (2023) opina que la prosperidad del imperio incaico se basó en el «llaqtakunapa yachaynin,»[38] en la elaboración de textiles, cultivo de maíz, transporte, cuidado de llamas y construcción de puentes. Es decir que los incas establecieron en Ayacucho una zona para incrementar las actividades económicas.

En el territorio, también adquirió destacada relevancia la explotación de las salinas que en Huamanga existían en abundancia en distintas variedades, unas para consumo animal, otras usadas en rituales. La sal utilizada para el consumo humano se obtenía tras complejos y particulares procesos que requerían de alto nivel de conocimiento y especialización de funcionarios y grupos indígenas.

Asimismo, se propició la producción manufacturera en particular de textiles provenientes de lana de alpacas, llamas y vicuñas, así como de algodón que teñían para producir tejidos altamente requeridos por la clase dirigente incaica de Vilcas Huamán, los oficiales del ejército y la población en general. De igual manera, los incas estimularon la tradicional alfarería huamanguina controlando los sitios donde abundaban tierras especiales y arcillas para la elaboración de cerámicas.

Otra táctica exitosa de los incas fue traer mitimaes[39] especializados a fin de mantener la conquista y colonizar los

---

[38] Esta expresión quechua en el castellano quiere decir: 'conocimiento de los pueblos' o 'conocimiento colectivo'. Tomando en cuenta los aportes de la economía y estudios sobre el conocimiento tácito, el *llaqtakunapa yachaynin* se define como: «un conocimiento práctico y específico desarrollado desde la experiencia directa y la acción, altamente pragmático y específico de la situación, (…) usualmente compartido a través de la conversación interactiva y la experiencia compartida» (McAdam, Mason y McCrory, 2007, pp. 43-59, citado por Quichua Chaico, David. Pontificia Universidad Católica del Perú - PUCP, 2021).

[39] Proveniente de la palabra quechua *mitmaq*, que significa «desterrado». Los mitimaes eran pobladores trasplantados por los incas desde su región originaria a otra distinta para cumplir labores económicas, políticas y administrativas.

territorios ocupados en la cuenca de los ríos Pampas y Huarpa en Ayacucho y Huancavelica. Cumplían funciones militares como mejorar las actividades económicas y garantizar la producción y el abastecimiento de los centros urbanos y religiosos del imperio incaico, aprovechando su conocimiento.

La historiografía tradicional peruana ha querido mostrar al país como un territorio singular en el que por una parte el imperio incaico se expandió con total facilidad y otros, poniendo como ejemplo la poca resistencia a los españoles, han expuesto a los indios como personas sin valor. Es decir, militaristas de un lado y extremadamente pacifista del otro. Pero los hechos han desmentido una y otra razón: las conquistas incaicas fueron largas y difíciles y si lograron ser fácil y rápidamente vencidos por los españoles, se debe decir que concurrieron circunstancias especiales referidas fundamentalmente al hecho de que, en el momento de la llegada de los europeos y el inicio de la colonización, los incas se encontraban en plena guerra civil entre Huáscar, el soberano legítimo, y Atahualpa, a quien consideraban un bastardo que no le correspondía el trono. En ese contexto, con habilidad los españoles penetraron por la grieta de la división, haciendo que los seguidores de Huáscar recibieran a los blancos europeos como salvadores, agradeciéndole que hubieran hecho prisionero al usurpador (Baudin, 1940).

Ante la llegada de los españoles, aunque no se manifestó la fuerte resistencia de otras latitudes, los incas vendieron caro su sojuzgamiento por los europeos, resistiendo permanentemente desde las montañas de Vilcabamba donde se habían hecho fuertes. Manco Cápac incursionaba con sus guerreros sobre los españoles que circulaban por la zona a través del camino imperial en tránsito entre Lima y Cusco y viceversa. Con intenciones defensivas, Francisco Pizarro decidió la fundación definitiva de Huamanga el 25 de abril de 1540 con el

nombre de San Juan de la Frontera, por hallarse en los límites controlados por los incas. Antes, la comarca había sido erigida en otra villa con ese mismo nombre, pero en un lugar distinto.

Durante los primeros años de la colonización, cuando la provincia incaica de Vilcas Huamán pasó a denominarse Ayacucho, sufrió profundas transformaciones. Se establecieron encomiendas y reducciones y se fue diversificando la economía. En la región se descubrieron importantes minas, primero de plata en Tunsulla y después de mercurio en Huancavelica,[40] la riqueza generada devino en la fundación de varias ciudades. En 1581 se separaron las minas de Huancavelica de la jurisdicción de Huamanga pero eso no afectó la prosperidad de la ciudad porque muchos mineros siguieron asentados en la misma.

En la región de Ayacucho y zonas vecinas, la producción era variada: en la selva alta de Huanta y Anco, caracterizada por bosques lluviosos se sembraba coca; los valles de Huamanga, se caracterizaban por las haciendas agrícolas y la producción artesanal; Andahuaylas por la producción de azúcar y aguardiente; Lucanas y Parinacochas por la ganadería y Vilcas Huamán por las manufacturas, principalmente de textiles.

Se construyeron grandes iglesias y santuarios religiosos así como obras de utilidad para los pobladores como puentes y seminarios. Entre ellos, destacó en 1667 la fundación de la Universidad de San Cristóbal de Huamanga. A finales del siglo XVIII se construyó el monumental acueducto de Sotucc-chaca,

---

40 Al portugués Enrique Garcés se le debe, en 1565, la introducción en Perú del sistema de amalgamación, proceso que se aplica para recuperar oro y plata nativa de materiales auríferos o argentíferos a partir de la aleación con mercurio que posibilita una explotación más beneficiosa. La cercanía de una mina de plata con una de mercurio permitía bajar significativamente los costos de producción (Aragón Sánchez, 2003). En este caso, el mercurio de Huancavelica permitió el procesamiento de la plata de Tunsulla por más de 300 años.

erigido acorde los más altos patrones de ingeniería de Europa. De igual manera se amplió la infraestructura vial con calles y avenidas (*Ibid*.).

A pesar que Huamanga no apoyó la rebelión de Túpac Amaru II en 1780, en los inicios del siglo XIX, como en casi toda América, en la provincia se comenzaron a manifestar inquietudes independentistas. Las causas fueron similares a las de otras latitudes: llegada de textos que exponían los ideales de la revolución francesa, descontento por las dispensas de los españoles y desplazamiento de los criollos.

En una primera etapa desde 1795 hasta 1808 se exteriorizó la insatisfacción a través de manifestaciones que exponían rechazo a las decisiones tomados por el orden colonial. Esta fase, tuvo carácter local, divulgación de panfletos y realización de actos de rebeldía en los que les cupo particular protagonismo al catedrático Francisco Pruna Aguilar. A partir de 1808 y hasta 1814, la confrontación adquirió las formas y los contenidos que en España se vinculaban a la defensa del rey frente a la invasión francesa por una parte y a la tutela de la monarquía sobre el liberalismo por otra. Pero la Constitución liberal de Cádiz de 1812 llegó a Huamanga y tuvo buena acogida, principalmente por las autoridades del cabildo que saludaron la autonomía a los fueros locales que concedía la nueva Carta Magna.

El 31 de agosto de 1814 se produjo en Huamanga una revuelta de mujeres conducida por la panadera Ventura Ccalamaqui que se dirigió al cuartel para conminar a los soldados a no enfrentar a las tropas rebeldes que se dirigían a la ciudad. Esta acción dio inicio a una serie de enfrentamientos entre fuerzas rebeldes compuestas básicamente por artesanos contra el ejército español. El fantasma de la rebelión había llegado a los Andes peruanos: habitantes de Cusco, Huamanga, Andahuaylas y Abancay entre otras ciudades, protagonizaron duros combates con resultados ambivalentes.

Tras superar la situación, las autoridades coloniales ordenaron construir obras defensivas en Huamanga y reforzar las golpeadas fuerzas militares para lo cual se establecieron contribuciones de guerra e impuestos a los comerciantes de tabaco, bebidas y productos comestibles, todo lo cual generó rechazo de españoles, mestizos e indígenas que en algún momento habían decidido apoyar la causa realista

Pasaron seis años hasta que el 31 de octubre de 1820, el general Álvarez Arenales entrara a la ciudad proclamando la independencia al día siguiente. Los huamanguinos apoyaron masivamente al ejército patriota que el 6 de diciembre derrotó a los españoles en Cerro de Pasco, pero fueron vencidos más tarde por un gran ejército español al mando del general Mariano Ricafort. Las represalias fueron salvajes, los españoles incendiaron pueblos enteros y asesinaron a mansalva. La ciudad de Cangallo (Vilcas Huamán) fue sujeto del odio enfermizo de los peninsulares que se propusieron escarmentar a indígenas y mestizos que apoyaban al ejército patriota. Un año después, en 1821, otro general español, José Carratalá, repitió la masacre de Cangallo, sin lograr que los morochucos[41] habitantes de la ciudad cejaran en sus ánimos independentistas.

Sobresalió el líder morochuco Basilio Auqui quien organizó fuerzas guerrilleras que propinaron duras derrotas a los españoles, apoyando primero la rebelión de 1814, y teniendo destacada participación en las batallas de Huanta, Matará, Piquimachay, Atuntoccto y Atungana.

---

41 Habitante de origen mestizo de la sierra central del Perú en los actuales departamentos de Ayacucho y Huancavelica caracterizados por sus grandes habilidades como jinetes. Vestían sombreros de alas anchas durante las fiestas y «alas cortas de copa ovoide para la usanza doméstica [y] pañuelos de muy vivos colores rojos o blancos (…) que hacían juego con su vestimenta típica de fabricación casera y muy vistosa que evocaba majestad racial y heroica (Aguirre Cárdenas, 2017, pp. 25-28)

Auqui posteriormente apoyó al ejército del general Álvarez Arenales enviado por José de San Martín entre 1820 y 1822 y estuvo presente en la proclamación de la independencia de Huamanga, el 1 de noviembre de 1820. A través de acciones guerrilleras con un destacamento formado, entre otros por uno de sus hijos y siete nietos, fue una verdadera pesadilla para el general Carratalá. Tras ser traicionado por un desertor, lo capturaron, siendo fusilado después de pasar por el horror de observar la muerte de su esposa, hijos y nietos, también por fusilamiento. Las acciones exitosas de Auqui motivaron el odio enfermizo de los españoles contra los morochucos y con ello, el ensañamiento que produjo el incendio y destrucción de Cangallo (Comisión Mixta de los Sesquicentenarios de Junín y Ayacucho y convocatoria al Congreso de Panamá, 1974).

En las páginas heroicas del Ayacucho de la independencia, en la etapa previa a la batalla, reposa la actitud de María Parado de Bellido, reconocida huamanguina quien capturada por los españoles, se negó a revelar los nombres de los patriotas con quienes se comunicaba para dar información sobre los movimientos del ejército realista, labor que cumplía en paralelo a la de servir como fuente de logística para la causa republicana. Fue fusilada en la plaza de la ciudad tras rechazar la salvación que le ofrecían a cambio de entregar a los patriotas (García y García, 2023).

A unos 37 km al noreste de la ciudad de Huamanga se ubica el pueblo de Quinua a una altitud de 3.396. m.s.n.m. Sus habitantes, en su gran mayoría indígenas se dedican a la agricultura, la ganadería el comercio y las artesanías (Castilla Rivera & Pillaca Rojas, 2019). En una llanura cercana de forma cuadrada de alrededor de 5 km de extensión tapizada por pastos, tréboles y yerbas de pinco-pinco, llantén, ichu, peccoy y chilifrutilla, flanqueada a ambos lados por abruptos



Vista aérea de la Pampa de Quinua. Al fono se observa el obelisco del Santuario de Ayacucho. (Foto del autor)

y profundos barrancos que enfrentan a una majestuosa montaña que se extiende de norte a sur y que va descendiendo lentamente en esta dirección, se encuentra la Pampa de Quinua. En la parte trasera del llano o parte occidental, hay una bajada gradual de alrededor de 10 km que va del camino principal de Huamanga a Huanta, el cual corre al pie de una montaña que se eleva perpendicularmente y sin salida conocida. Domina el escenario, el cerro Condorcanqui.[42] El pequeño pueblo de Quinua se encuentra al occidente (Calle, 1974). Aquí, se desarrolló el 9 de diciembre de 1824, la batalla de Ayacucho.

[42] «Cuello del cóndor» para algunos, «Digno del cóndor» para otros.

VIII. Preparando la batalla decisiva

Aunque se le había propinado un importante golpe al enemigo, el mismo no fue definitivo. Bolívar lo supo desde el mismo momento del fin de la batalla de Junín. El día 8 se desplazó con las tropas a Palcamayo y el 9 entró en Tarma. El ejército patriota había liberado un gran territorio de un poco más de diez mil kilómetros cuadrados formado por las provincias de Tarma, Jauja, Pampas, Huamanga, Cangallo, Andahuaylas y Morochucos de manos de los españoles, pero una parte importante del ejército realista había quedado intacto, refugiándose en Ayacucho.

En el informe del 6 de agosto al ministro José Sánchez Carrión, Bolívar (citado por Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983) hace patente lo ocurrido y la nueva situación creada:

> Ayer se hubiera concluido la guerra del Perú, si la infantería enemiga no hubiera continuado incesantemente su marcha al trote, y si la nuestra hubiera podido volar como era necesario para alcanzarla, porque todos ardían en deseos de destruir a los enemigos. Ellos han quedado enteramente escarmentados y su terror llega al extremo que desde la madrugada de

> ayer no han dejado de marchar ni aún en la noche. Mañana continúa el ejército sus operaciones (…)
> Felicito a Ud. y a todo el Perú, por el suceso de ayer, que por ser el primero de la campaña presagia los más felices resultados. La tierra de los incas regada con la sangre de sus opresores y de los oprimidos ofrecerá muy pronto bellos campos en que se extiendan el árbol precioso de la libertad (…) (pp. 597-599).[43]

En el parte oficial de la Batalla de Junín, el Libertador reitera que:

> Toda la caballería enemiga ha quedado reducida a un tercio de su fuerza, y su infantería fugitiva ha sufrido mucha dispersión, dejando en su tránsito algún armamento y varios útiles.
> Ayer debió ser completamente destruido el ejército español, si una tan larga como penosa jornada no hubiera privado a nuestra infantería de llegar a tiempo para completar la más brillante victoria, y si la noche, caminos difíciles y un terreno desconocido, no impidiesen haberlo perseguido.
> Tal ha sido el primer suceso de la campaña: algunos de nuestros escuadrones solamente, han destruido la orgullosa caballería española y toda la moral de su ejército (1983, pp. 99-101).

Después de descansar en Reyes el día 7 de agosto, el ejército libertador se desplazó sucesivamente a Tarma el 9, a Jauja

---

43 Esta carta debió haberse escrito en la madrugada del día 7, aunque aparece fechada el día 6. Solo así se puede explicar que el Libertador diga: «(…) Ayer se hubiera concluido la guerra del Perú, si la infantería (…)» y «Felicito a Ud. y a todo el Perú, por el suceso de ayer (…)». Asimismo, cuando dice que «(…) desde la madrugada de ayer no han dejado de marchar ni aún en la noche».

el 11, el 13 a Huancayo, posteriormente a Huancavelica,[44] el 27 a Huanta y finalmente a Huamanga donde llegó el día 28, permaneciendo en esa ciudad por un mes. Desde Tarma primero y desde Jauja después, en menos de tres días, Bolívar le escribió dos veces al intendente de Comas, una ciudad ubicada al este de Jauja, instruyéndole para que incremente las labores de exploración y logística a favor del ejército. Al llegar a Huanta, se habían incorporado al ejército libertador el 2do. Escuadrón de Granaderos y el Batallón Caracas, de manera tal que el contingente patriota se había visto fortalecido de cara a los futuros combates.[45]

El día 13, desde Huancayo, el Libertador (citado por Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983) dirige una nueva proclama «A los peruanos» en la que les dice: «Bien pronto visitaremos la cuna del Imperio peruano y el templo del Sol. El Cusco tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria, que bajo el dorado reino de sus Incas» (pp. 601-602).

A fin de establecer un nuevo modelo de administración en los territorios liberados, desde Huamanga, Bolívar imparte órdenes al coronel José María Fresco y al Teniente Coronel Ramón Díaz para que se dirijan a Huancavelica e Ica, respectivamente, con precisas instrucciones de castigar a aquellos militares que incurrieran en faltas a las leyes militares. Asimismo, ordena que en aquellas ciudades donde haya cabildos, se elijan los mismos a partir de la decisión del pueblo que debe actuar con total libertad, sin considerar las actuaciones que en pasado hayan tenido algunos ciudadanos, pero exigiendo que ahora deben jurar lealtad al gobierno y las leyes.

---

[44] Fecha desconocida, aunque es probable que haya sido el 15 de agosto. porque ese día dirige a través del coronel Tomás Heres una circular a las autoridades de esa ciudad.

[45] Resulta curioso que Felipe Larrazábal (2007) menciona este hecho, pero lo sitúa en fecha posterior, es decir el 14 de octubre.

Sin olvidar los poderes que le había concedido el Congreso del Perú, aprovecha la aparente calma tras la batalla para desarrollar desde Huamanga una enfervorizada gestión gubernamental, emitiendo decretos determinantes para desarrollar acciones en materia económica, política y del ordenamiento de la gestión pública. Todo ello sin olvidar que el momento lo obliga a hacer el esfuerzo principal en la organización bélica que conduzca a la derrota total del poder español que ya visualiza cercana.

Mientras tanto, el ejército español continuaba la retirada aparentemente con el objetivo de refugiarse en el Alto Perú. El día 17, más de diez días después de la batalla, ocuparon posiciones seguras en Chincheros al otro lado del río Pampas, a unos 150 km al sureste de Ayacucho. En ese lugar, Canterac pudo contabilizar con mayor precisión las pérdidas sufridas, constatando que fueron cuantiosas tanto en fuerzas como en medios, armamento y municiones. Debieron haber registrado también una alta cantidad de desertores, desaparecidos y rezagados. La condición del ejército español era de extrema fragilidad, cuando verificó que solo contaban con 5.000 soldados.

Después de descansar algunas jornadas en Chincheros emprendieron nuevamente la marcha, cruzando el caudaloso río Apurímac, que divide los departamentos de Huamanga y Cusco, cortando los puentes y ocupando por primera vez desde su precipitada huida de Junín, un lugar seguro para el descanso y la reposición. Los realistas pensaron que el río sería una valladar irreductible para el ejército patriota. Mientras tanto, desde el Cusco fueron enviados 1.500 hombres de refuerzo.

El virrey La Serna tenía su puesto de mando en el poblado de Limatambo, a unos 60 km al oeste del Cusco y a 200 de Ayacucho. Ahí estaba cuando recibió la noticia de la derrota de Canterac en Junín. Era un militar experimentado,

sin haber estado en el lugar vislumbró la magnitud y el impacto de lo que consideró una verdadera debacle. Ordenó de inmediato a Canterac que se retirara, tratando de impedir la marcha de los patriotas con el objetivo de ganar tiempo a fin de reconcentrar las fuerzas realistas, para lo cual ordenó el regreso inmediato y con la mayor celeridad posible de Valdés quien se encontraba con sus fuerzas en el Alto Perú persiguiendo a Olañeta.

Pero la desmoralización de la tropa española estaba haciendo un efecto tan contundente como el que había producido la misma batalla: deserciones en masa, fusilamiento de soldados cansados que se negaban a seguir e incluso de mujeres que realizaban trabajos logísticos fundamentalmente en la cocina y también enfermos y heridos que no podían seguir el ritmo de desplazamiento de la tropa.

Durante los primeros días de septiembre el Libertador ordena organizar una gran parada militar en Huamanga. En esos días reprende severamente a Sucre por la reacción negativa de este a una comisión que el Libertador le había ordenado en la retaguardia. Le dice que «esta es la sola cosa que Ud. ha hecho en su vida sin talento» y le explica la importancia que él le daba a esa misión, tanto que incluso pensó en conducirla él mismo personalmente y que cree que a Sucre le ha «faltado totalmente el juicio cuando Ud. ha pensado que yo he podido ofenderle. Estoy lleno de dolor por el dolor de Ud. pero no tengo el menor sentimiento de haberle ofendido (vol. I, 1947, pp. 985-986).[46]

---

[46] Esta carta fechada en Huamanga el 4 de septiembre, expresa más que ninguna otra el alto concepto que el Libertador tiene del general Sucre, de sus cualidades y capacidades dejando ver que lo consideraba como el mejor sucesor para dar continuidad a la obra que había iniciado. Pocos días después, Sucre tuvo la oportunidad de comprobar la certeza y la gran

A finales de septiembre, Bolívar sale de Huamanga a hacer un reconocimiento del territorio recuperado a los españoles. Recorrió Andahuaylas y más al sur hasta la provincia de Aymaraes, llegando hasta su capital Chalhuanca, ubicada al sureste de Ayacucho y al suroeste de Cusco. Mientras tanto ordenó al destacamento de «Guerrillas de vanguardia» al mando del coronel peruano Santiago Marcelino Carreño que ocupara la provincia de Abancay y se estableciera en la margen izquierda del gran río Apurímac a unos 250 km al este de Ayacucho. Bolívar exploró personalmente el Apurímac y se convenció de que ninguno de los dos ejércitos podría forzar su paso, por lo menos hasta que terminara la estación de lluvias dada la gran cantidad y velocidad de sus rápidos que producen mucho ruido y que originó su nombre: «El Dios que habla» según la cultura chanka originaria de esta región.

Este dato obtenido de la observación directa del terreno y del río, era muy importante porque estando en Vilca Huamán el 21 de septiembre le llegó la información de que el ejército español había pasado el Apurímac para unirse a las tropas del virrey en Limatambo. Previendo lo que pudiera ocurrir, el Libertador ordena la construcción de balsas y la exploración del río en la búsqueda de vados donde se pudieran construir puentes que permitieran el paso de la amplia y abundante corriente, si fuera necesario. De esta manera, se obligaba al enemigo a moverse a partir de la suposición de que el ejército libertador se preparaba para cruzar el río. Esta era una buena forma de saber cuál era la idea de las acciones del enemigo.

Lo cierto es que las torrenciales lluvias de la primavera que ya comenzaba, hacían que fuera extremadamente arduo

---

visión de futuro del Libertador cuando los acontecimientos obligaron a este, a cederle el mando del ejército.

el desplazamiento de las tropas e incluso su descanso cuando buena parte de ellas se encontraba desguarnecida ante las inclemencias del tiempo. Este es un nuevo motivo de preocupación que ocupa a Bolívar, para lo cual imparte precisas instrucciones a fin de hacerle frente a esta contingencia, convencido de que no tomar cartas en el asunto podía a llevar a grandes percances en el estado de ánimo y la capacidad combativa de la tropa.

En tal circunstancia, el Libertador daba puntual seguimiento a la situación en el Alto Perú. Era importante saber cómo se desarrollaba el conflicto latente entre las dos facciones españolas y las capacidades de Olañeta para plantar cara a las tropas del Virrey. De ello dependía que el general Valdés y su división pudiera incorporarse a la futura batalla que se preparaba.

En el plano táctico, Bolívar elucubraba posibles escenarios en los que se pudiera desarrollar el combate en términos favorables para los patriotas. Estudiaba personalmente el terreno, lo recorría palmo a palmo, pueblo a pueblo y se informaba del estado de la situación. Estimó que era posible que no siendo favorable para el enemigo, este intentara abandonar Limatambo para dirigirse más al sur, por lo cual, el territorio ubicado al occidente del Apurímac quedaría totalmente consolidado en manos patriotas. Recomienda estudiarlo a profundidad e instruye a Sucre no desplazar al ejército hasta que él lo determine acorde la situación y el estado del enemigo.

En primera instancia prevé dos escenarios: el primero es en caso de que existan posibilidades para mantener a la tropa concentrada en la provincia de Aymaraes, a fin de iniciar una ofensiva desde ahí, obligando al enemigo a abandonar sus posiciones en Limatambo, en cuyo caso habría que desplazar a todo el ejército hacia allá y, si no fuera posible implementar esa alternativa, mover las fuerzas más al norte para esperar mejores condiciones del tiempo e iniciar la marcha en la búsqueda del enemigo, a finales de octubre.

El día 3 de octubre, estando en Sañayca, poblado ubicado al sur de Andahuaylas, manda a buscar al general Sucre y a los principales jefes para sostener un consejo de oficiales que reflexione sobre la situación operativa, aprecie la situación y tome decisiones sobre las futuras acciones combativas a desarrollar. Considerando el contexto, es de suponer que el Libertador ya atisbaba la felonía de Santander. Esta reunión se produjo el día 6. En ella se manifestó la necesidad y utilidad de que el Libertador abandonara la campaña y se dirigiera a la costa a atender asuntos de Estado, en particular, organizar una nueva fuerza con el contingente próximo a llegar desde Colombia.

Informaciones recientes daban cuenta de que el enemigo había logrado concentrar las fuerzas de Canterac reforzadas con las de La Serna y las de Valdés configurando un poderoso ejército que podría derrotar a los patriotas, no solo recuperando al Perú, también amenazando a Colombia y Chile lo cual exponía la necesidad de construir un ejército de reserva para que si ello llegara a suceder, tener capacidad de dar continuidad a la guerra. Una vez más, Bolívar le escribe a Olañeta proponiéndole unir fuerzas contra quien en ese momento es el enemigo común: La Serna y su ejército. Le informa que ha delegado en Sucre la autoridad para establecer todo tipo de convenio con él (vol. I, 1947, p. 990).

Ese mismo día a través de Tomás de Heres envía un oficio al general Sucre en el que le impone que por la necesidad de desplazarse a la costa ha decidido dejarlo a la cabeza del Ejército Unido con la misión de hacer la guerra al enemigo «con todo el suceso posible». Al mismo tiempo que le extiende facultades amplias e ilimitadas para actuar de acuerdo a la situación, le gira instrucciones precisas para operar sobre el terreno, prolongando las operaciones activas o concentrando al ejército acorde las circunstancias. Le dice que debe considerar

todos los factores antes de tomar decisiones, sobre todo tener en cuenta el estado del tiempo y la pluviosidad extrema de la época (1983, pp. 272-273).

En oficio aparte enviado por la misma vía y emitido en igual fecha, Bolívar autoriza a Sucre a comunicarse con Olañeta para celebrar acuerdos «con tal que en ellos se tenga siempre presente esta base: que las fuerzas del general Olañeta obren de acuerdo con el Ejército Libertador». Asimismo, lo faculta para ofrecerle al general español las garantías y seguridades que emanaran de los acuerdos. También le informa que ha decidido designar al mariscal José de La Mar como segundo Jefe del Ejército Unido con las mismas atribuciones en caso de que ocurriera su fallecimiento o enfermedad (*Ibid*., p. 272).

Vale decir que antes de designar a Sucre, Bolívar había decidido entregarle la responsabilidad al mariscal La Mar, por ser el de más alta graduación pero este, declinó generosamente la oferta del Libertador conociendo que Sucre tenía mayor experiencia y trayectoria que él. Bolívar ordena a Sucre que se presente en su ubicación y le dice que en los próximos días tendría una cantidad mayor de soldados porque él personalmente se encargaría de enviárselos. Le ordena que se ponga en marcha con el ejército ocupando todos los territorios abandonados por los españoles. Si estos, tomaran posiciones del otro lado del río, no debería establecer combate hasta no recibir los refuerzos y si el ejército español, en superioridad de fuerzas decidiera una acción ofensiva, debía retirarse a Huancavelica, ocupar posiciones ventajosas y esperar los refuerzos. Le advierte que si se llegara a encontrar en una situación de extrema desventaja con la posibilidad de pérdida importante de tropas, presentara combate porque «más vale aventurar el triunfo con fuerzas desiguales que perder el Ejército en una mala retirada» (citado por López, 1878, p. 121).

Habiendo tomado todas estas decisiones, el 8 de octubre, Bolívar se separa del Ejército y se dirige a la costa. Lo acompaña el general Santa Cruz que había sido nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército Libertador, dejando al general Agustín Gamarra como jefe del Estado Mayor General del Ejército del Perú.

Mientras se desplaza hacia la costa le escribe sucesivamente al general La Mar expresándole sentimientos de amistad y fraternidad combativa con emociones duales por separarse de él a pesar que quisiera llevarlo a Lima donde requiere sus servicios, pero estima que su valía puesta al servicio del ejército era más importante en este momento, sobre todo por el gran asesoramiento que le puede dar al general Sucre para la toma de decisiones.

Asimismo, le envía una nota al general Necochea que se restablecía de las heridas que había sufrido en Junín, preocupándose por su salud y su recuperación anunciándole que había decidido ascenderlo al grado de general de división por sus brillantes méritos y sus valerosas acciones durante la batalla de Junín. En el trayecto, ordena el fusilamiento de un sargento y dos soldados colombianos que habían asaltado la casa de un campesino y violado a una de sus hijas. El 22 de octubre instruye la destitución de los funcionarios que tras la traición de Torre Tagle no renunciaron y siguieron sirviendo al gobierno español.

Después de una larga y acelerada marcha que había durado casi un mes, llega a Chancay en la costa peruana, al norte de Lima, el 5 de noviembre. Antes, el 26, le escribió al vicealmirante Guise a fin de alertarlo contra cualquier desavenencia entre las armadas de Chile, Perú y Colombia a fin de dar un impulso decisivo a las operaciones en la costa. Al día siguiente, le comunica a Sucre que en la espera de los refuerzos

le recomendaba «mucha circunstancia y mucha prudencia» hasta tanto no haya una situación de peligro que conduzca a resultados no beneficiosos para los objetivos trazados.

El 15 de octubre, estando en Huamanga, le dirige una urgente solicitud al secretario de Guerra de Colombia, instándolo a enviar refuerzos porque «Ud. calculará de cuánto interés será una batalla que va a ser decisiva (…)» (1983, pp. 288-289). El 2 de noviembre, en comunicación al general Paz del Castillo, le hace similar petición, apremiando el envío desde Guayaquil de 6.000 hombres reclutados en Colombia que para trasladarlos, deben usarse todos los buques que se tenga disponibles.

En algún momento del viaje, Bolívar recibe comunicación de Bogotá en la que le informan que el 28 de julio fue aprobada una ley por el Congreso de Colombia que derogaba un decreto del 9 de octubre de 1821 en el que se le concedían facultades extraordinarias para desarrollar la guerra. Esta ley se sustenta en el argumento de que se habían producido «algunos inconvenientes (…) y que sería de peor condición por hacer el sacrificio de oponerse al enemigo lejos de su patria, si no se recompensan sus servicios con prontitud y oportunidad» (1983, pp. 300-303). Como consecuencia, el Poder Ejecutivo expidió un decreto en el que no solo se le suprime al Libertador seguir disfrutando de las mencionadas facultades extraordinarias, sino que también le impide conducir al ejército colombiano que realiza operaciones en el Perú. Asimismo, se suprime la Secretaría General que acompañaba a Bolívar además del Estado Mayor General que servía junto a él, limitando su intervención a la dirección de las operaciones que le corresponden como Jefe de Estado del Perú. La nueva ley entregaba dichas facultades a Santander, encargado del Poder Ejecutivo.

El 24 de octubre, desde Huancayo, le envía dicho decreto a Sucre, acompañado con una carta en la que le informa que, en vista de ser el jefe colombiano más destacado del ejército, debía asumir la responsabilidad de ser su general en jefe. En otro oficio del mismo día, le hace saber que desde hacía mucho tiempo que había manifestado su deseo de desprenderse de toda responsabilidad pública, pero que sentía profundo dolor por tener que separarse de su «idolatrado ejército» (citado por Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983, p. 616).

El Libertador le pide a Sucre que le dé a conocer la noticia a los generales y jefes del ejército quienes reunidos al efecto manifiestan disgusto, dolor, incomodidad y molestia, lo consideran un insulto porque además de denostar al Libertador, los afectaba a ellos mismos al ponerse en duda su lealtad con Colombia al darle a Santander la potestad sobre ascensos, premios y gratificaciones «(…) como si nosotros hubiéramos renunciado a nuestra Patria, como si nuestros servicios fueran una especulación y como si el Ejército recibiera ascensos tan simplemente como se ganan en las capitales» (O´Leary, 1881, pp. 541-542).

Esta disposición, que aparece como una decisión normal dentro del funcionamiento de la república, se sustentaba en el dudoso hecho de que Bolívar, habiendo aceptados ser nombrado dictador por el Congreso del Perú, se había alejado de las prácticas republicanas y de la actuación en marcos constitucionales. Era una victoria de Santander en su pérfido objetivo de separar al Libertador de una misión que superaba los intereses nacionales para poner en primer lugar los de la América toda. Pero Bolívar era un hombre de hierro, las dificultades no lo amilanaban y lo hacían redoblar su pundonor para salir adelante. No iba a ser el «mínimo» Santander, dueño de pasiones deleznables, propias de un ser humano de la peor

especie, quien lo apartaría de la obra trascendente que se había propuesto llevar adelante hasta el final.

Si él lo había decidido mucho tiempo atrás, ahora tal disposición se formalizaba institucionalmente. Concluyó el tiempo de Simón Bolívar el Libertador como jefe del Ejército Colombiano en Perú. Había llegado el tiempo de Antonio José de Sucre, de 29 años, nacido en Cumaná, Venezuela.

IX. Antonio José de Sucre

La familia paterna de los Sucre provenía de Flandes que en ese entonces se llamaba Países Bajos españoles. El bisabuelo del futuro mariscal de Ayacucho nació en Bruselas en 1689 y en 1723 fue designado Gobernador y Capitán General de Santiago de Cuba. Su hijo, el abuelo de Antonio José de Sucre, nació en esa ciudad ese mismo año, su padre, Vicente, fue el primer Sucre nacido en Venezuela al venir al mundo en Cumaná en 1761. Por su parte, la familia de su madre María Manuela de Alcalá provenía de Málaga, España. Ambos linajes llegaron a América para servir como autoridades de la monarquía en la colonia del Caribe meridional, manteniendo su carácter de miembros de la nobleza. Ello auguraba que el niño nacido en la costera ciudad del oriente venezolano el 3 de febrero de 1895 tendría una acerada formación intelectual y social que asegurara su inserción en el pináculo de la sociedad (Rumazo González, 2006).

Sus estirpes paterna y materna indicaban que la carrera de las armas debía ser en primer lugar la que abrazara Antonio José, su propio padre llegó a ser general en jefe del Ejército de Cumaná. Antes, la precipitada muerte de su madre y el

nuevo matrimonio de Don Vicente influyeron poderosamente en la vida del niño que adoptó una personalidad introvertida y taciturna.

Inició sus estudios en la Escuela de Primeras Letras de Cumaná pero pronto fue trasladado a Caracas ciudad en la que bajo protección, orientación e influjo de su padrino el clérigo Antonio Patricio Alcalá ingresó a la Escuela de Ingenieros, donde aprendió geometría álgebra, trigonometría, agrimensura, fortificación y artillería.

Los sucesos del 19 de abril de 1810 le sorprenden en Caracas, el fulgor de los hechos van a tener notable influencia en el joven cumanés que paraliza sus estudios y decide retornar a su ciudad natal que había adherido a la revolución y creado su propia Junta de Gobierno. Toda su familia se había incorporado a la tormenta independentista, incluso su padre quien –conservando el mando de comandante del Cuerpo de los Nobles Húsares– estaba ahora al lado de los republicanos.

Otro sacerdote, su tío José Manuel Sucre, le insufló a los 15 años el fervor patriótico que a esa temprana edad habría de adquirir y perpetuar por el resto de su vida. No hubo más tiempo para el estudio, sintió que Venezuela requería de sus servicios y se entregó a la carrera militar, asumiendo la responsabilidad de una formación autodidacta.

Su vida en campaña comenzó en 1811 y no habría de cesar sino con su muerte. Tuvo su bautismo de fuego a los 16 años durante la toma Valencia, sangrienta batalla que se saldó con la victoria a pesar que las filas republicanas sufrieron la pérdida de 800 soldados, además de verse obligados a retirar 1.500 heridos del campo de batalla. En estas condiciones conoció a Francisco de Miranda, con quien tuvo un encuentro casi imperceptible. En este contexto también conoció al coronel Simón Bolívar que servía a las órdenes de Miranda.

A partir de ahí, y tras el sufrimiento y el dolor por el exterminio de su familia en 1814 a manos del caudillo español José Tomás Boves, su tristeza se acentuó y su carácter solitario devino en un perfil que no abandonaría jamás.

Sucre se volcó a la carrera militar acerado por el dolor de la pérdida familiar, el ímpetu de su juventud y el fervor patriótico que abrazaría por el resto de su vida. Ascendió muy pronto a teniente, en 1813 a capitán bajo el mando de Mariño y en 1815 a comandante al dirigir la artillería en el sitio de Cartagena. En 1817 recibió el grado de coronel. Solo tenía 24 años recién cumplidos cuando el vicepresidente Zea en ausencia de Bolívar lo hizo General de Brigada y le encargó el mando de la Legión Británica de Apure (Biblioteca Popular para los Consejos Comunales, 2007).

No obstante, según Rumazo González (2006) su aprendizaje fue «lento, difícil y sistemático» (p.37). Siendo muy activo y sagaz, además de arrojado, pasa inadvertido por su apocada personalidad, sobre todo cuando su primera formación se produce al lado de Bermúdez, Piar, Mariño, Monagas y Sedeño. En este período sus dotes militares se manifiestan más en el trabajo del Estado Mayor donde organiza el trabajo, da instrucciones y consejos, aprovechando su disciplinada conducta y su astuto sentido para percibir el futuro, todo lo cual rompe la lógica de sus jefes impulsivos y vehementes.

Pero la verdad es que el acelerado encumbramiento de Sucre a los eslabones más altos de la jerarquía castrense se dieron en el marco de la guerra, escuela superior de formación militar que precipita las promociones, así, en el fragor de los combates –desde temprana edad– comenzó a mostrar su extraordinario heroísmo, su gran capacidad táctica y su proverbial genio estratégico.

Bolívar reconoció tales cualidades muchos años después, cuando estando en Lima en 1825, escribió *Resumen sucinto de la vida del general Sucre*, en donde afirma:

> Cuando los Generales Mariño, Piar, Bermúdez y Valdez emprendieron la reconquista de su patria, en el año de 13, por la parte oriental, el joven Sucre les acompañó a una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres o cuatro compañías de voluntarios que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores (2011).

El sentimiento patriótico de Sucre se veía enfrentado a las manifiestas desavenencias entre sus jefes orientales –a quienes había estado subordinado– y Bolívar, pero en el momento de tomar una decisión, junto a Urdaneta no presenta duda alguna cuando en Cariaco se pretende crear una caricatura de república que niega el liderazgo del Libertador.

Contra su voluntad, se vio obligado a asumir pública posición frente a la interminable pequeñez política de los caudillos orientales que combatían a España para lograr la libertad e independencia de su pequeño feudo en las regiones orientales de Venezuela. Cuando la rivalidad alcanzaba niveles peligrosos para la unidad de los republicanos en su lucha contra el imperio español, Bolívar le encomendó mediar ante Mariño para buscar la unidad de los venezolanos. Sucre cumplió a cabalidad la misión, se reunió con su antiguo jefe, discutieron,

en algún momento en tonos acalorados intentó convencerlo en términos políticos, exponiendo una virtud que Mariño no poseía. Sin embargo, logró su objetivo, el general oriental decidió subordinarse al Libertador poniéndose a las órdenes de Arismendi.

En dos ocasiones más se vio obligado a asumir la responsabilidad de mediar en las luchas intestinas entre Mariño y Bermúdez, y en ambas contiendas –tal vez mucho más complicadas que el propio enfrentamiento bélico con el ejército español– salió airoso. Así, va mostrando sus dotes políticas y diplomáticas que se van agregando a las indudables capacidades militares que ponía en evidencia en los combates.

En estas lides, Sucre hizo gala de una gran capacidad para mantener el equilibrio, entendiendo y asumiendo en todo momento posiciones alejadas de cualquier rencilla, rechazando pugnas y conspiraciones al mismo tiempo que propiciaba la atenuación de las disputas y desavenencias en el campo patriota.

Pero no tiene dudas de donde debe estar. En una carta fechada en Maturín el 17 de octubre de 1817, en la que informa de una de esas tratativas que se vio obligado a asumir con desagrado, al tener que dialogar, negociar y convencer a Mariño por orden del Libertador, se dirige a «Su Excelencia el general Simón Bolívar, jefe de la República» para, a continuación introducir la misiva con la frase «Mi general y apreciado amigo». Al finalizar, en el reporte, tras despedirse y firmar, escribe:

> ¿Y que habrá de bueno en la división Urdaneta? ¿Seré yo parte de ella, o tendré que quedar en esta tierra de Dios no a favor de mi persona y con perjuicio de mi carrera? ¿Qué será de esto? Yo estoy resuelto. No obstante todo, a obedecer ciegamente y con placer a Usted (Sucre, 1981, p. 5).

Después de cumplir con eficacia y eficiencia una misión encomendada por el Libertador, a fin de obtener armas en Saint Thomas que son entregadas al propio Bolívar en Cúcuta, Sucre comienza a actuar ya directamente bajo sus órdenes. En el momento de su arribo a esta ciudad neogranadina, Bolívar no se encontraba en ella, pero unos días después, el 11 de julio de 1820, cuando arribó a esa urbe, una comitiva formada por altos oficiales, entre los que estaba Sucre, salió a recibirlo. O´Leary que no lo conocía, le preguntó a Bolívar que quién era ese «mal jinete» que se aproximaba, a lo que el Libertador respondió ya oteando el futuro:

> Es uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander, y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará (Rumazo González, 1979, p. 51).

Nadie suponía que Bolívar lo «sacaría a la luz» tan pronto. En primera instancia lo incorporó de inmediato al Estado Mayor General y a continuación, el Libertador lo nombró ministro interino de Guerra. En esa circunstancia, la lucha independentista abre un nuevo escenario, además de la arremetida frontal en los campos de batalla, se va tejiendo la posibilidad de buscar una salida pactada al conflicto. Ambas partes se comienzan a preparar para este inédito enfrentamiento en la mesa de negociaciones. En el bando patriota, Bolívar no tiene dudas: sería Antonio José de Sucre quien en calidad de representante plenipotenciario dirigirá la delegación colombiana. Pondrá a prueba sus dotes diplomáticas en el evento más complejo que la república había tenido que asumir en su corta historia.

Fue su primera misión como diplomático de la república y la transitó exitosamente. Para que desatara toda su creatividad y autonomía no solo de pensamiento sino también de acción, durante las negociaciones, el Libertador optó por retirarse a Sabanalarga, distante unos kilómetros de Trujillo donde se desarrollaba el cónclave. Sucre brilló en los debates que condujeron a la firma de los tratados exponiendo sus dotes ya no solo como militar, también como político y estadista cuando solo tenía 25 años.

El 11 de enero de 1821, ya en Bogotá, Bolívar designa a Sucre como comandante del Ejército del Sur que operaba en Popayán y Pasto, pero posteriormente tal decisión es anulada cuando el Libertador, entendiendo la capacidad demostrada por el joven cumanés, considero la conveniencia de ordenarle misiones superiores. Así, es enviado a Guayaquil con cometidos de mayor envergadura cuando recibe el encargo de incorporar a Colombia esa provincia que se había liberado del dominio español en octubre del año anterior.

El 6 de abril llega a Guayaquil y el 15, en representación de Colombia, firma un tratado con esa provincia que mantiene su autonomía, pero queda bajo protección colombiana. Sucre quedó facultado para iniciar operaciones después que la provincia le concedió los recursos con que contaba. El 19 de agosto obtiene una importante victoria en Yaguachi contra las fuerzas del mariscal Melchor Aymerich.

En esa situación, Sucre solicita a la Junta de Gobierno que decida definitivamente la incorporación de la provincia a Colombia, pero subsistían dudas en algunos de los miembros de esa instancia que no permitieron que se llevara a efecto lo que era un clamor de la mayoría. Sin perder tiempo, ante la indecisión, emprende nuevas operaciones pero es derrotado en Huacho el 12 de septiembre, siendo obligado a retirarse

a Guayaquil a restructurar su ejército mientras esperaba el envío de nuevos refuerzos desde Colombia.

Pero una nueva amenaza viene a oscurecer el panorama de la nueva provincia: fuerzas enviadas desde Perú, llegaron a Guayaquil con la intención de apropiarse de ella para ponerla bajo soberanía peruana. El escenario era sombrío, la posibilidad del enfrentamiento entre fuerzas patriotas se había puesto sobre el tapete, tres corrientes pugnaban por el control del importante puerto: las que favorecían a Colombia, las que planeaban ser independientes y las que empujaban a Guayaquil hacia el Perú. Comenzaron manifestaciones e incluso se tomaron decisiones a favor y en contra de cada una de las propuestas.

Una vez más, Sucre tuvo que hacer uso de sus mejores dotes diplomáticas para convencer a las partidos en pugna que había un enemigo común contra el cual se debían unir las fuerzas y una vez que este fuera derrotado, se podían dirimir las diferencias que hubiera respecto del futuro político de la provincia. Sucre, a través del general Tomás de Heres negoció directamente con las autoridades peruanas y obtuvo de estas el apoyo con tropas bajo el mando del coronel Andrés de Santa Cruz. Todos estos hechos que emergieron de la capacidad política, diplomática y militar de Sucre, permitieron que la opinión pública se volcara a favor de Colombia, permitiéndole reiniciar las operaciones bélicas contra el enemigo español, consolidando además su liderazgo y el reconocimiento de Guayaquil.

El diseño de las operaciones militares se hizo a partir de la creación del Ejército Unido compuesto por dos divisiones, una colombiana y una peruana que debía enfrentar a los españoles que contaban con 3.000 hombres sobre las armas. Las acciones comenzaron al finalizar el primer mes de 1822. El 21 de abril tomó Riobamba, el 29 continuó la marcha y el 2 de mayo ocupó Latacunga para esperar un refuerzo procedente

de Panamá. El 13 de mayo reanudó las operaciones dirigiéndose a Quito, al mismo tiempo que enviaba un contingente para evitar que las tropas españolas procedentes de Pasto (último bastión español en Colombia) pudieran reforzar la agrupación realista. En esas condiciones, presentó batalla a los realistas a los pies del volcán Pichincha causándoles una contundente derrota el 24 de mayo, liberando a Guayaquil y a todo el territorio que hoy conforma la República del Ecuador, crenado de esta manera, óptimas condiciones para su ingreso a Colombia.

En reconocimiento a sus méritos, el 18 de junio, Bolívar lo asciende a general de división y lo nombra intendente del departamento de Quito, uno de los tres que junto a Venezuela y Cundinamarca constituían la república de Colombia. Abocado a las labores de gobierno, desarrolló una intensa actividad política y de gestión pública que redundó en beneficios importantes para los pueblos del Ecuador.

Ante el llamado del Perú a Bolívar para que hiciera frente a la situación de anarquía del país, e imposibilitado el Libertador por el Congreso de Colombia para acudir de inmediato a Lima, designa a Sucre para que se dirigiera a Lima y negociara con esa república un tratado de alianza con Colombia. De igual manera, Sucre debía pactar con el gobierno de ese país un plan de operaciones que condujera a la derrota total de los españoles en la América meridional. En la práctica, actuó como enviado diplomático plenipotenciario de Colombia ante el Perú. El 10 de mayo de 1823 arriba a Lima y hasta el 1° de septiembre del mismo año, cuando llega Bolívar, actuó como máximo representante político, diplomático y militar de Colombia en el Perú.

En esos días se preparaban operaciones adesarrollar en el sur, en particular dirigidas a los puertos intermedios. Ante la contingencia y sin poder opinar sobre lo acertado o no de los planes diseñados, Sucre se ve obligado a marchar junto

a las tropas peruanas hacia Arequipa. No obstante, se permite observar ante el presidente Riva-Agüero y el general Santa Cruz, jefe militar de la operación, que el éxito va a depender del cumplimiento estricto del plan diseñado y que el Perú podía contar con las tropas auxiliares colombianas para reforzar el sur o para actuar en Ica o Jauja (más al norte) a fin de distraer al contingente principal de los españoles y dividirlo para que no actara en su totalidad contra Santa Cruz (López Contreras, 1944).

Además, Sucre propone una alternativa al plan anterior, recomendando al presidente Riva-Agüero que si se decide enviar la totalidad del ejército al sur, se deberían tomar simultáneamente medidas necesarias para crear un nuevo ejército formado por 3.000 soldados bajo el mando de un jefe capacitado, a fin de prepararse para desarrollar operaciones en una nueva campaña a futuro. Sucre, con su gran capacidad militar y su visión de largo plazo estaba previendo dar continuidad a la guerra en caso de que se produjera una situación –tal como lamentablemente ocurrió– que significara la derrota y desorganización del ejército en el sur.

El 30 de mayo, Sucre es designado por el Congreso del Perú como comandante del ejército unido y posteriormente jefe supremo militar. Al aceptar tal nombramiento, puso como condición que ese nombramiento solo tuviera jurisdicción sobre el territorio de la guerra. La campaña del sur fue un fracaso, estuvo mal planificada, los patriotas fueron derrotados y debieron regresar a Lima, después de una brillante retirada diseñada por Sucre que evitó el colapso de las fuerzas independentistas.

Con la llegada del Libertador al Perú, Sucre se incorpora de inmediato a su Estado Mayor, participando en la batalla de Junín y en la posterior ocupación del vasto territorio que hasta ese momento había estado bajo ocupación española.

En esa situación y ante la orden del Congreso de Colombia de retirarle al Libertador la potestad de mando del ejército colombiano y la anulación de las facultades extraordinarias que le habían sido conferidas para desarrollar la guerra, Bolívar lo designa para conducir las operaciones finales de la campaña libertadora del Perú.

Sucre había llegado al pináculo y se preparaba para tal empresa, sabedor de la alta responsabilidad que se le había conferido. De inmediato, comienza una vez más, a exponer sus dotes de gran estratega, líder y conductor de ejércitos para la libertad.

X. Aproximación y despliegue en Ayacucho

Tras la decepción extendida en generales, oficiales y soldados por la destitución de Bolívar ordenada desde Bogotá, Sucre le envía una misiva al Libertador el 10 de noviembre desde Pichirhua firmada por todos los jefes del Ejército en la que manifiestan que han recibido «con dolor de muerte» tal resolución.

En paralelo, el mismo día, le despacha al Libertador una comunicación personal y privada. En ella le manifiesta que los jefes han decidido enviar una carta al Congreso para exponer los males que podrían sobrevenir ante tal decisión. Con franqueza le dice que después de haber leído innumerables veces el texto de la esquela y la ley del 28 de julio, cree que esta es obra más del Ejecutivo (Santander), que del Legislativo.

La reitera su agradecimiento porque haya pensado en él para asumir tamaña obligación, recalcando que las nuevas disposiciones y la responsabilidad que le conceden no podrán alejarlo jamás de sus principios. Le confía que hace mucho tiempo que había decidido que el éxito de su carrera militar se reduciría a la conclusión de la guerra para después retirarse a «gozar de una vida tranquila». Le dice que su único deseo es acompañarlo en la misión que tiene y luego irse a su casa.

Sucre se extiende en consideraciones acerca de las características de Santander (a quien llama su amigo), por lo cual, hubiera deseado que no estuviera involucrado en tan funesta decisión porque «como lo aprecio, me es molesto encontrarlo ingrato». Le informa que el conocimiento de la ley por parte de los generales y oficiales está teniendo importantes repercusiones entre ellas y que algunos lo consideran culpable de que haya sucedido porque Santander, en su mezquindad, tiene envidia de Sucre y de la posibilidad de que ascienda a los más altos honores antes que él. Dice que ni siquiera hubiera querido pensar en esto y que jamás se le habría ocurrido, si algunos generales no se lo hubieran dicho, considerando que tal actitud del vicepresidente era muy ruin porque perjudicaba a todo el ejército.

A continuación, le expresa que no hay ley ni decreto que pueda separar a Bolívar del ejército. Asimismo, y aun cuando se va a acatar la decisión, le solicita al Libertador que no abandone al ejército por el impacto moral, la pérdida del entusiasmo y el quebrantamiento del espíritu nacional que ello significaría. En lo que a él respecta, manifiesta Sucre que no tiene ningún vínculo con «el gobierno de Bogotá» pero cumplirán con la decisión tomada y la orden de acatarla, que el Libertador le ha dado (1980, pp. 138-141).

A seguido pasa a informarle de las últimas medidas tomadas en preparación de las operaciones que den continuidad a la guerra. El 11 de noviembre el ejército se desplazará hacia Andahuaylas donde se acantonará hasta decidir el mejor momento y lugar para desarrollar la inminente batalla. La división de retaguardia y toda la caballería situada en Casinchihua (350 km al sureste de Huamanga), así como el Cuartel General y la división de vanguardia, ubicada en Pichirhua que se encontraba un poco más al norte, confluyeron en el cercano

pueblo de Chalhuani donde dislocada la división peruana a fin de desplazarse posteriormente hacia Andahuaylas a 120 km al noroeste de ahí y a 230 km al suroeste de Ayacucho (Aucahuasi Dongo, 2006).

Era evidente que Sucre vislumbraba que el combate se iba a producir en las cercanías de Huamanga y siguiendo órdenes de Bolívar, concentraba las tropas y las trasladaba en esa dirección. La información de inteligencia señalaba que las fuerzas realistas también se estaban moviendo con la intención de ubicarse a retaguardia del ejército patriota.

Aunque observa con precaución tal despliegue, no le preocupa porque tiene plena convicción de que sea donde sea que se coloque el ejército realista, será derrotado. También ha sido informado que en el ejército español se está produciendo una alta deserción y que han mermado mucho sus contingentes de caballos, todo lo cual lo lleva a la convicción que no existe en los jefes enemigos una clara idea para las operaciones.

El 13 de noviembre, Bolívar cursa comunicación a Santander. No hace mención ni envía el mensaje de los generales y altos oficiales del ejército que Sucre le había hecho llegar para ser remitido al Congreso. Solo le agradeció por el anuncio del envío de nuevas tropas, le informó de la victoria en Junín y le dio a conocer que tenía plena convicción de que «bien pronto no habrá más españoles en el Perú» (vol. I, 1947, pp. 1004-1005).

Ese mismo día 13, Sucre arribó a Andahuaylas mientras que el ejército acampaba a unos 20 km de la ciudad. El Cuartel General que se instala en la zona urbana, mantiene una puntual observación sobre los desplazamientos de los realistas, permitiéndole saber que los españoles se movían al norte en dirección a Huamanga en una línea paralela al oeste del orden de marcha de los patriotas. Sucre ordena al general

Santa Cruz cortar algunos puentes, cuando el enemigo entre a Huamanga para dificultar su desplazamiento y ganar tiempo.

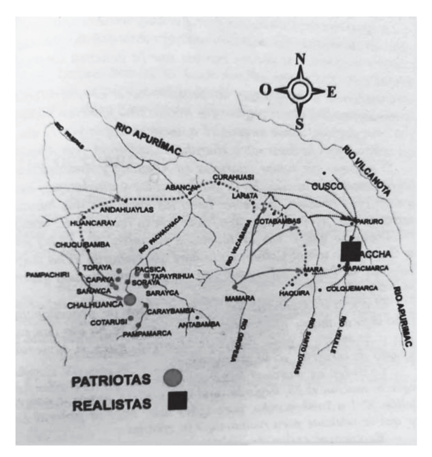
Tal como estaba previsto, y tras una marcha impetuosa, los españoles que venían desplazándose en paralelo a las fuerzas patriotas, ocuparon Huamanga el día 16. En primera instancia, dio la impresión de que intentaban reagrupar sus tropas a fin de operar sobre la costa, sabiendo que el grueso del ejército libertador se encontraba en la sierra. Pero la apreciación inicial de Sucre fue incorrecta, lo que intentaban los españoles en realidad era sorprender a los patriotas por la retaguardia y cortar sus comunicaciones con el norte y con la costa, lo que de alguna manera fue logrado con la ocupación de Huamanga.

En todo caso, y para estar seguro, el Libertador, que conservaba el mandato que le había dado el Congreso del Perú como máxima autoridad de la república, una decisión que había sido reiterada en decreto del Congreso Constituyente del Perú de fecha 11 de noviembre, le ordenó al general Antonio Gutiérrez de la Fuente que procediera a reunir cuántos hombres y medios a su alcance tuviera para realizar acciones que incomodaran a los realistas a fin de descubrir la dimensión del contingente con que contaban, sus probables misiones y direcciones de ataque.

Igualmente, instruyó a De la Fuente para que cortara todos los puentes y destruyera todos los caminos por donde el enemigo pudiera bajar a la costa. Pensaba que estas acciones servirían de apoyo al ejército libertador que, al mando de Sucre venía siguiendo a los realistas desde muy corta distancia. Así, podría retardar su marcha a fin de dar tiempo a que Sucre los alcanzara (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983).

Por su parte, los españoles después de haber ocupado Huamanga, retornan un poco más al sur a Rajarajay, donde se encuentran con el grueso de sus fuerzas y acampan en

Accha a fin de diseñar un plan de operaciones contra el ejército libertador. La moral de las fuerzas realistas era baja y las deserciones se contaban por cientos, lo que producía una debilidad muy perjudicial a su capacidad combativa cuando se vislumbraba el combate final. El día 18, Sucre ordena iniciar la marcha en dirección norte, pero su intuición le indica que no debe separar demasiado al contingente principal de la logística que marcha a retaguardia. Designa a los coroneles Marcelino Carreño al mando de una numerosa fuerza de guerrilleros montoneros a caballo y al español Antonio Plasencia para que conduzcan esa fuerza.



Ubicación de las fuerzas al iniciar la campaña para la batalla decisiva en la guerra de independencia del Perú. (Fuente: Rubén D. Ancahuasi Dongo, *De Junín a Huancavelica, Apurímac y Ayacucho*)

El 19 de noviembre, Sucre le informa al Libertador que el ejército ha marchado tras el enemigo, pero que él se había quedado para preparar una operación especial a fin de capturar

alguna artillería que el enemigo iba dejando en su desplazamiento. Aprecia que no creía que los españoles se detuvieran en Huamanga para batirse porque su situación no era buena. Era tanta su confianza que le dice que «donde se paren, serán derrotados» (O´Leary, 1879, p. 197).

Los españoles se congregaron en los altos de Ocros y Matará, más al sur donde el día 20 llegaron a estar muy cerca de los patriotas que se encontraban a poca distancia en las alturas de Bombón después de continuar la marcha iniciada en Andahuaylas pocos días atrás. No obstante, los separaba el río Pampas. Las tropas españolas al mando del general Valdés intentaron tomar el puente que cruzaba el río pero las fuerzas guerrilleras al mando de Carreño se lo impidieron, quemando el viaducto y retirándose a posiciones más ventajosas. Con esto, se hizo fracasar el plan español de sorprender a los patriotas, no obstante después de vadear el río, un contingente realista logró ascender el Bombón de 4.179 m.s.n.m. pero fue rápidamente desalojado por la división al mando del general Jacinto Lara que había sido destacada por Sucre un poco más al sur en Uripa. Ante la imposibilidad de cruzar el río con todas sus fuerzas, Valdés optó por acampar en las cercanías de Ocros, muy próximo al campamento patriota.

El 22 de noviembre, tras vertiginosos movimientos de una y otra fuerza en la que parecían estarse tanteando mientras definían el mejor momento y lugar para la batalla, ambos ejércitos acamparon en lugares vecinos pero inexpugnables al ser protegidos por los ríos Pomacocha y Pampas. Se produjo una circunstancia extraña por lo contradictorio de la situación que no era favorable para ninguna de las partes, sobre todo para los españoles que habían realizado marchas forzadas durante días sin obtener ningún resultado, la prolongación de la contienda creaba ansiedad e incertidumbre,

ambos ejércitos sabían que la confrontación era inevitable, incluso la buscaban pero las condicionantes que habrían de permitir el suceso, no llegaban.

En este contexto, la decisión de los jefes fue opuesta, mientras los realistas continuaban en movimiento, el ejército libertador permaneció en el Bombón hasta el 30. El día 26, el Libertador le dirige una larga carta a Sucre que responde una que este le había enviado el día 13. Evalúa la posibilidad de que los españoles se dirijan a la costa, lo cual en su opinión, solo prolongaría la guerra pero no cambiaría nada.

Después de informarle la situación general en el país y la dislocación de las tropas en Lima, el sur y el norte, le asegura que está alerta para responder cualquier acción que osara intentar el enemigo. Aún pensando en la victoria inminente, le participa que es de la idea de tener un plan alternativo, conformando un ejército al sur bajo su mando y otro al norte que dirigirá personalmente.

Bolívar le dice que debe ser él quien tome las decisiones pues se encuentra en el terreno de las acciones, no obstante le indica que nunca debe dividir al ejército y que no inicie operaciones que entrañen riesgos innecesarios, la conservación de la capacidad combativa del ejército es tarea de primer orden. El Libertador estaba persuadido de que la victoria definitiva no se iba a producir por la ocupación de territorio sino por la derrota total en combate del ejército español (1983).

Al finalizar noviembre, los españoles se han mantenido en constante movimiento, realizando un desplazamiento hacia el suroeste y después hacia el este dando un gran rodeo a las tropas republicanas que estaban concentradas en el Bombón. El 29, en una reunión del alto mando, el ejército realista decide poner sitio al Ejército Libertador en el cerro Bombón, para lo cual se le ordena al General Valdés que realice una maniobra de envolvimiento en el vado del río Pampas.

La maniobra española pretendía derrotar a los republicanos a partir de un cerco desde dos posiciones, en caso de fallar, se desplazarían a Andahuaylas distante unos 100 km al este. La operación comenzó exitosamente, un contingente realista logró atravesar el río, instalando su campamento a 3 km del lugar del cruce.

No obstante, este sagaz jefe español otea el peligro que significa tener en la retaguardia a los guerrilleros montoneros al mando de Carreño por lo que, mientras el principal contingente español simulaba el cruce del río, decide atacar a los montoneros en la madrugada del día 30 en su ubicación de Talavera ubicada a 100 km de Huamanga. El enfrentamiento tuvo un resultado desastroso para los patriotas, muy pocos sobrevivieron, entre ellos el coronel Marcelino Carreño que caería en combate solo unos días después. Hubo hasta 200 muertos y 23 soldados prisioneros (Aucahuasi Dongo, 2006).

Sucre, mal informado, supuso que el total del ejército español había atravesado el río y recordando las recomendaciones del Libertador decidió no presentar combate, retirándose hacia el norte y cruzando el río en dirección contraria en una maniobra que los españoles no pudieron prever por lo que decidió perseguirlos con las tropas bajo su mando sabiendo que Valdés se encontraba alejado tras su acción en Talavera. Para los españoles, otra vez se hizo tarde, después de vadear exitosamente el río y aunque la retaguardia no alcanzó a llegar al nuevo campamento, el grueso de las tropas sí lo hicieron.

Las precauciones tomadas por el general en jefe volvieron a dar resultados. Una vez más, el general Sucre mostró brillantez operativa y sagacidad estratégica. Mientras Valdés, aparentemente había logrado una contundente victoria en Talavera, causándoles importantes bajas a los patriotas, Sucre puso a salvo al ejército y lo condujo a una mejor ubicación operativa

en perspectiva de la batalla que se preparaba. Aquí se puso de manifiesto la diferencia entre uno y otro jefe. Valdés –a pesar de haber dado un duro golpe a los patriotas– solo obtuvo una victoria táctica que no tuvo mayor significación para el desenlace final de la guerra. Al contrario, con extraordinaria mirada estratégica, Sucre evitó la confrontación y preservó al ejército para prepararlo para una victoria total.

El optimismo de Sucre era desbordante, se lo transmitía a sus generales, oficiales y a la tropa. El 27 de noviembre, desde el Cuartel General ubicado en Tejahuasi le dirige una carta al prefecto de Huamanga José Irigoyen y Senteno. La misiva está encabezada por el nombre de la institución que dirige «Ejército Unido Libertador del Perú». En ella le dice:

> El ejército libertador se halla en la situación más ventajosa por su entusiasmo y deseo de batirse, al paso que el enemigo se desmoraliza cada día más y más ya por las pérdidas de tropa y elementos que sufre, como por las ventajas que hemos adquirido sobre él en los pocos encuentros que han tenido nuestras partidas con las suyas en que siempre han sido derrotados.[47] Nosotros estamos resueltos a buscar al enemigo y batirlo donde lo hallemos y estoy seguro que saldremos victoriosos. V.S. puede hacerlo entender así a los habitantes de esa ciudad para su satisfacción y que no tengan cuidado alguno (Sucre, *Cartas y otros escritos*, 1980, p. 145).

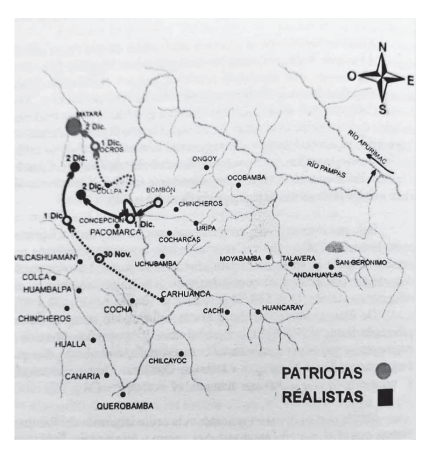
47 Aunque el día 27, cuando escribe esta carta, no se había producido el desastre de Talavera que ocurrió el 30, pareciera que Sucre nunca estuvo enterado del mismo, a tal punto que en el parte de la batalla de Ayacucho que refiere las operaciones del ejército desde el 14 de noviembre, no menciona este hecho doloroso para el ejército y para el Perú.

El 1° de diciembre los guerrilleros sobrevivientes de la derrota en Talavera se incorporaron al ejército en Huamanga. Valdés había enviado unos espías a seguir la ruta del Ejército Libertador, a su regreso, estos, al observar a los tupamaros rezagados informan equivocadamente que los patriotas estaban tratando de cruzar el río Pampas, cuando en realidad, ya lo habían hecho días atrás. Valdés, impetuoso, monta en cólera después de ordenar la persecución contra una fuerza que no estaba en el lugar esperado, y que lo llevó a cometer un craso error. Cruzó apresuradamente el río perdiendo 19 hombres.

La mayor parte del ejército republicano acampó en Matará y el Estado Mayor con Sucre a la cabeza en Ocros. Valdés y el ejército realista hicieron lo propio en la misma ribera del río pero más al sur. Nuevamente, Sucre lo había burlado, evitando la confrontación hasta encontrar un lugar más propicio, mientras el enemigo se debilitaba por las deserciones y las marchas excesivas sin mediar descanso.

Otro tanto ocurrió con la división al mando del virrey La Serna que tampoco había logrado cortar el desplazamiento de los patriotas hacia el norte. La frustración cunde entre los realistas. Con todo, en algún momento de este día, ambas fuerzas estuvieron a solo 5 horas de marcha. El día 2, las avanzadas realistas se posicionaron a solo 4 km del campamento patriota. Unos y otros se observaban tratando de adivinar los próximos pasos que daría el enemigo. Los españoles decidieron esperar al grueso de su tropa. Sucre resolvió redoblar la vigilancia pero mantenerse en el campamento. Valdés y La Serna dispusieron encontrarse y concentrar las fuerzas. El combate era inminente.

Al día siguiente, en la tarde, el general en jefe del ejército peruano, José de La Mar, y el jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador, general Agustín Gamarra, convocaron a una reunión de los generales, jefes y oficiales peruanos. Los



Gran maniobra de Sucre que una vez más engaña a los españoles, quienes perdieron otra posibilidad de sorprenderlos en Matará. (Fuente: Rubén D. Ancahuasi Dongo, De Junín a Huancavelica, Apurímac y Ayacucho)

altos oficiales hicieron patente la lealtad y el compromiso con su Patria y juraron que obtendrían la victoria. Se pensó que Sucre haría lo propio con el ejército colombiano pero el general en Jefe no lo consideró necesario porque con anterioridad su tropa ya había contraído un compromiso con el Perú recordando que en Pichincha, los peruanos combatieron junto a ellos por la libertad de Quito, territorio colombiano.

Ese día, nuevamente los españoles intentaron cortar la retirada de los patriotas. Una vez más Sucre ordenó marchar hacia el norte, Valdés preparó una emboscada en la quebrada de Collpahuayco,[48] dejando pasar al grueso de la tropa para atacar

48 La palabra Collpahuayco proviene del quechua *Qollpa Wuayco* que de-

al Batallón Rifles que marchaba a retaguardia. La maniobra española logró cortar en dos al ejército patriota causándole una gran cantidad de bajas, pero no pudo impedir que el grueso de las fuerzas libertadoras pudiera ser aniquilada. Importante papel le cupo a los guerrilleros peruanos que, conocedores del terreno, dirigieron la retirada por varios pasos alternativos ante el estupor de los jefes españoles que veían fracasar otra vez su intento de destruir al Ejército Libertador.

En la noche, los ejércitos enemigos acamparon a ambos lados de la quebrada. Aunque los españoles de nuevo obtuvieron otra victoria táctica, su logística se debilitó aún más, ya no le quedaban reses, esa noche los soldados realistas, para su disgusto, tuvieron que comer carne de caballo, asno y mula.

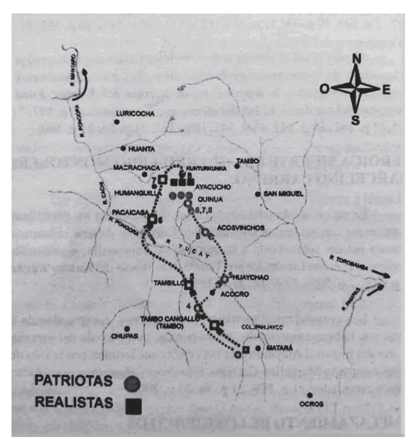
Al amanecer del día 4, mientras esto ocurría en el campamento del ejército español, en el patriota, los oficiales, jefes y soldados mantenían el orden y la mística, conservando su capacidad combativa en un nivel muy alto. Las órdenes de Sucre y el gran esfuerzo de los oficiales y soldados de la logística, permitieron que, a pesar de todos los avatares transcurridos en los últimos días, la ración de la tropa siguiera conteniendo carne de res.

En la tarde del 4 de diciembre, los españoles intentaron otro movimiento, esta vez dirigido por el general Monet orientado a golpear a los patriotas por su flanco derecho. Sucre ordenó reiniciar la marcha de inmediato, mientras los realistas se dieron a la tarea de perseguirlos. Avanzaron 8 km hasta que Sucre encontró una buena ubicación para plantear el combate desde una posición ventajosa en dos pequeñas elevaciones.

---

signa una quebrada (*wuayco*) en cuya ladera derecha y por debajo del Camino Real que pretendían seguir los patriotas, hay tierra roja donde el ganado suele lamer lo salino (*Qollpa*) (Aucahuasi Dongo, 2006).

Esta vez fue el Virrey quien eludió el combate, aunque la cercanía entre ambas fuerzas se redujo a 2,5 km, los godos fueron engañados por la astucia de Sucre que ordenó prender fogatas en el campamento para simular que estaban descansando, al tiempo que a las 12 de la noche ordenó la marcha con el mayor sigilo. Los realistas tardíamente notaron la maniobra, cuando ya no podían hacer nada.



Dislocación de los contenidentes el 4 de diciembre en la noche en preparación de la batalla. (Fuente: Rubén D. Ancahuasi Dongo, *De Junín a Huancavelica, Apurímac y Ayacucho*)

En esa situación, a las 4 de la mañana del día 5, Sucre recibió correspondencia del Libertador en la que reiteraba su idea de lograr el éxito a través de un hecho de armas. El ejercito respublicano acampó en Huaychao ubicada unos kilómetros al sur de Huamanga. Pero estuvo en el lugar solo unas horas para reponer fuerzas y alimentarse de la mejor manera ante la inminencia del combate. Los guerrilleros montoneros

habían provisto una logística abundante en el lugar para beneplácito de la tropa. A las 2 de la tarde emprendieron la marcha llegando a Acosvinchos a unos 25 km al este de Huamanga, ciudad que vadearon porque seguía ocupada por los españoles.

El escenario era expresión de un duelo de tácticas donde los jefes mostraban sus más avezadas cualidades. La situación era tensa, con el paso de los días se manifestaba cada vez más una angustia extendida que era expresión de la incertidumbre y la duda. Tal vez el factor que diferenciaba la situación en uno y otro campamento era que el de los realistas estaba permeado por la pesadumbre y el desánimo, mientras que entre los patriotas había un alto sentimiento de confianza en la victoria.

Al amanecer del sexto día de diciembre, el ejército realista se movilizó muy temprano, el patriota unas pocas horas después, llegando al mediodía a Quinua. Los españoles estaban a unos 18 km De alguna manera, tanto Sucre como Valdés intuyeron que el combate se iba a producir en las próximas horas y en un lugar cercano. La apreciación de la situación les indicaba que el mejor uso del terreno les podía aportar una ventaja operativa que podría llegar a ser decisiva. Los realistas decidieron subir a la pampa donde hicieron un alto con parte de las tropas. Un llano inclinado se extendía ante sus ojos de sur a norte, La Serna junto a Canterac lo reconocieron y concluyeron que debían seguir avanzando hacia el norte para después hacer un giro hacia el este a fin de cortar la marcha al enemigo.

Pero Sucre y La Mar, también evaluando la situación, llegaron a la misma conclusión que los españoles, y entendieron que sería en ese lugar donde acontecería el combate. En este escenario, resultaba imperiosa la realización de un reconocimiento del lugar. Tal misión fue encargada a los Húsares de Colombia al mando de coronel venezolano José Laurencio Silva. Esta vez, fueron los españoles los que evitaron el encuentro y se retiraron.

El día 7, el ejército español siguió haciendo movimientos tácticos a fin de propiciar una mejor dislocación de sus fuerzas en la perspectiva inminente del choque. Siguiendo su desplazamiento al norte y al este, se ubicó en las cercanías de Huamanguilla a unos 5 km de Quinua, al norte del ejército patriota. La Serna pensó que con esta acción cortaría de forma total una eventual retirada a Sucre y auguró su derrota, toda vez que, previamente había enviado destacamentos para cerrar todos las quebradas y desfiladeros produciendo un absoluto enclaustramiento del ejército patriota en la Pampa de Quinua.

El Ejército Libertador aún tenía provisiones para cinco días, pero no podía atacar ni retirarse (Miller, 2021), pero el enemigo tampoco tenía muchas opciones, pues desde hacía cuatro días se venían alimentando de sus bestias de carga. Tal situación estaba motivada por la silenciosa acción de los guerrilleros montoneros que en un segundo plano de la confrontación, le asestaban potentes golpes al enemigo, privándolos de los pertrechos, equipajes y víveres que conformaban su logística y asestándole continuados golpes a las fuerzas rezagadas a las que aniquilaban y/o capturaban.

El 8 de diciembre, los españoles hicieron un gran rodeo de alrededor de 33 km de marcha desde el paso al Kuntur Kunka (Pescuezo del Cóndor)[49] que agotó a los soldados. Por su parte, Sucre salió a reconocer el terreno junto al general La Mar buscando las mejores posiciones para desplegar al ejército. A unos 3 km del pueblo hacia el este encontró una pequeña sabana que los indígenas llamaban Aya Kucho y a las 12 del día instruyó trasladar al ejército y desplegarlo en orden de combate.

---

49 Españolizado como Condorcanqui.

La última maniobra de envolvimiento realizada por los españoles, les permitió atacar por sorpresa a un contingente de guerrilleros montoneros al mando de los coroneles Marcelino Carreño y Antonio Plasencia que intentaban incorporarse al ejército tras el desastre de Talavera. Los combatientes intentaron la retirada pero en la acción, Carreño fue herido de muerte mientras que Plasencia y otros guerrilleros fueron capturados. La triste noticia inundó el campamento patriota cuando ya era perentoria la batalla.

Finalmente, al atardecer ambos ejércitos estaban desplegados para un combate que ya no se podía evitar. El ejército español se colocó a las faldas del Kuntur Kunka en el norte de la pampa. Estaban a solo 600 m de los republicanos, por lo que estos estaban al alcance de la artillería realista que se encontraba en la parte baja al extremo de la gran llanura. Durante la tarde intentaron, sin lograrlo, aniquilar al único cañón que poseía la artillería patriota. Sucre ordenó fuego de artillería contra una columna enemiga que se vio obligada a cambiar de posición.

En la noche, el general en jefe ordenó cubrir el campo con una línea de cazadores lo que fue imitado por los españoles quedando así frente a frente las divisiones al mando del general español Monet y el colombiano Córdoba, tan cerca que podían hablar como efectivamente lo hicieron (López, 1878).

El coronel López (1878) refiere que a las 8 de la mañana, el general Monet bajó al llano y por intermedio del general Córdoba, le solicitó a Sucre que permitiera que familiares y amigos que prestaban servicios en ambos ejércitos, se saludaran y despidieran en campo neutral, antes del combate. Así lo hicieron más de 50 patriotas y similar cantidad de realistas. Entre ellos, el brigadier general Antonio Tur al servicio de España quien envió un mensaje a su hermano Vicente que se había casado con

una limeña y era teniente coronel del ejército republicano. El general lamentó que su hermano sirviera al Perú y le prometió que cuando la batalla hubiera terminado con la victoria realista, se preocuparía por protegerlo, lo cual no haría con ningún otro enemigo. Su hermano le dijo que no estaba dispuesto a escuchar faltas al respeto, se dio media vuelta y se marchó. Su hermano corrió a abrazarlo y le pidió disculpas. Al día siguiente, fue el general Tur quien culminó la batalla como prisionero (Miller, 2021). Otro tanto ocurrió con los hermanos Blanco, uno de ellos jefe de un escuadrón de Húsares de Junín y el otro comandante de un cuerpo de caballería española, ambos nativos del Alto Perú (López, 1878).

No obstante estas muestras de afecto, ambas fuerzas realizaron fuego durante la noche. Con ello Sucre se propuso impedir que los realistas atacaran por sorpresa. De igual manera hizo avanzar las bandas musicales de dos batallones con una compañía, al mismo tiempo que ordenó que otro batallón hiciera fuego con sus armas a fin de crear una ilusión de ataque que logró el objetivo al impedir que los realistas se movieran de sus posiciones.

En sus memorias, el general Miller (2021) relata de la siguiente manera el ambiente que se vivía y la tensión de esa noche:

> La expresada noche del 8 fue de un sumo interés y daba lugar a mil contemplaciones: la batalla era inevitable al día siguiente y ella debía decidir la suerte de la América del Sur. Los patriotas sabían que tenían que lidiar contra fuerzas dobles y que nada podía salvarles y libertar a su país de una servidumbre ignominiosa, sino una victoria completa. Los soldados patriotas podían esperar librar sus vidas, quedando reducidos a la esclavitud; pero los generales y oficiales patriotas no tenían otra alternativa que la muerte o la victoria.

Todos conocían perfectamente cuál habría sido la conducta cruel de los españoles si llegaban a vencer; pues aunque el virrey era hombre naturalmente humano, estaban entre sus consejeros el que indujo a Monet a fusilar dos oficiales patriotas en el camino de San Mateo, y el otro que atravesó con su espada bárbara y cobardemente al desgraciado ya herido e indefenso mayor Gumer en el campo de batalla de Ica, y otros de carácter no menos sanguinario. Y es más que probable que habrían arrancado de él medidas violentas, con el pretexto de destruir el germen revolucionario y evitar futuras sublevaciones. Por estas y mil y mil [sic] razones más, todos conocían que la batalla tendría resultados de naturaleza especial y extraordinarios (p. 332).

XI. Ayacucho, la última batalla, la victoria

El ejército libertador estaba formado en el llano teniendo a Quinua a sus espaldas. A menos de un km se desplegaron los españoles. En formación cerrada, el ejército libertador esperaba el ataque de los realistas.

Estaba constituido por:

Estado Mayor

Comandante en Jefe: General Antonio José de Sucre.

Jefe del Estado Mayor: General Agustín Gamarra.

Segundo Jefe de Estado Mayor: Coronel Francisco Burdett O´Connor.

División Peruana

Comandante: Mariscal de Campo José de La Mar

1ra. División Colombiana

Comandante: General Jacinto Lara.

2da. División Colombiana

Comandante: General José María Córdoba.

División de Caballería

Comandante: Guillermo Miller.

Por su parte, el ejército español se conformaba por:

Estado Mayor

Comandante en jefe: Virrey Teniente General José de la Serna.

Ayudante: Brigadier Gerardo Antonio Vigil.

2º Comandante y Jefe del Estado Mayor General: Teniente General José de Canterac.

2º Jefe del Estado Mayor General: Teniente General José Carratalá.

División de Vanguardia

Comandante: Teniente General Jerónimo Valdés.

Primera División

Comandante: Mariscal de Campo Juan Antonio Monet.

Segunda División

Comandante: Mariscal de Campo Alejandro Villalobos.

División de Caballería

Comandante: Brigadier Valentín Ferraz.

Los patriotas estaban en desventaja numérica, frente a 9.300 españoles, el general Sucre oponía solo 5.780 combatientes. No sería por la cantidad que se impondrían los republicanos. Además, los españoles atacarían desde arriba hacia abajo, lo cual era otro beneficio para ellos. Otras variables marcarían el papel decisivo en la definición de la contienda, no iba a ser la cuantía ni la ubicación en el terreno. Considerando la orografía, el mejor uso de los accidentes topográficos podría ser decisivos. Al lado derecho (desde la posición de los republicanos) había un barranco imposible de superar, múltiples quebradas entre el cerro y la llanura hacían difícil el tránsito de un lugar a otro. En el único espacio libre entre la loma y el llano se definiría la batalla, quien lograra ocuparlo, obtendría la victoria (Rumazo González, 2006).

Según el general Miller (2021), «el día amaneció hermosísimo» (p. 332), había frescura en el ambiente. A las 9 de la mañana comenzó el movimiento de la división realista al mando del mariscal Villalobos. El virrey La Serna venía al frente, detrás de él los soldados españoles bajaban del Condorcanqui, al tiempo que la división al mando de Monet que formaba a la derecha teniendo a su frente a la División peruana al mando del general La Mar, comenzó a descender hacia el llano. La caballería se desplazaba en los espacios entre una división y otra. La ansiedad y la tensión se respiraba a uno y otro lado.



Dislocación y despliegue de las fuerzas en la Batalla de Ayacucho. (Fuente: Rubén D. Ancahuasi Dongo, *De Junín a Huancavelica, Apurímac y Ayacucho*)

Muy temprano, el general Sucre recorrió la formación de las tropas, pasando revista y arengando uno por uno a todos los batallones: al Batallón N° 2, la Legión Peruana, los compatriotas llaneros, el heroico «Bogotá», el Batallón Caracas, el Batallón Rifles, los Voltígeros,[50] el Pichincha, el Vargas, cerrando con el Vencedores. Para cada unidad tenía palabras de afecto, exaltación de sus valores, confianza en sus capacidades y un reconocimiento a su historia. Con fervor, pasión y con un verbo que inflamaba los corazones, les recordó la audacia y bizarría de los jefes que los conducirían en el combate y la alta responsabilidad que se habían asumido con la Patria y con la América. Se quedó sin arenga el batallón Húsares de Colombia porque cuando el general en jefe se disponía a hacerlo, observó que la división española de vanguardia bajaba del Condorcanqui generando inmediato peligro para las tropas del Ejército Libertador.

Cerrando las arengas, al dirigirse al Batallón Vencedores, Sucre les dijo:

> El gran Simón Bolívar me ha prestado hoy su rayo invencible, y la santa libertad me asegura desde el cielo que los que hemos destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros es imposible que nos dejemos arrancar un laurel, el número de sus hombres nada importa; somos infinitamente más

---

50 Este Batallón que fue creado con el nombre de Numancia por el mariscal Pablo Morillo, se nutrió originalmente con oficiales y reclutas originarios de Guayana y de Barinas formando parte del ejército realista, combatiendo en Venezuela, y Nueva Granada hasta transformarse en regimiento. Dos batallones del mismo fueron capturados por los patriotas en la batalla de Boyacá, el tercero fue llevado al Perú. El 2 de diciembre de 1820 abandonó al ejército español y se unió a las fuerzas patriotas.

> que ellos porque cada uno de vosotros representa aquí a Dios Omnipotente con su justicia y la América entera con la fuerza de su derecho y de su indignación. Aquí los hemos traído peruanos y colombianos a sepultarlos juntos para siempre. Este campo es su sepulcro y sobre él nos abrazaremos hoy mismo anunciándolo al Universo. Viva el Perú libre (…) ¡Viva toda la América redimida!
> ¡Soldados! De los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur (…). Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia (1980, pp. 150).

Según Miller (2021) «este lacónico, pero animado discurso del general en jefe produjo un efecto eléctrico y todos contestaron con vivas repetidos, con el mayor entusiasmo». Entonces, Sucre ordenó a la división del general Córdoba y a parte de la caballería pasar al ataque. El bravo general antioqueño desmontó de su caballo y colocándose a unos 12 metros al frente de su tropa dijo «Adelante. A paso de vencedores». El combate había comenzado.

En un primer momento, los españoles se mantuvieron firmes en sus posiciones, esperando que todos sus efectivos bajaran de la montaña al llano, pero ante el avance patriota se vieron obligados al enfrentamiento directo con bayoneta calada. Durante algunos minutos que parecieron interminables, el ruido del metal opacaba cualquier otro, pero la embestida de la caballería patriota al mando del coronel José Laurencio Silva cambió el curso de los acontecimientos. Silva cayó herido pero la fuerza de la acometida de sus huestes hicieron retroceder a los españoles hacia el Condorcanqui, después de sufrir grandes bajas, incluso la del virrey que fue hecho prisionero. El avasallador ataque patriota había producido una desordenada retirada realista.

En esta situación, el general Valdés intentando cambiar el curso de las acciones, irrumpió por el ala izquierda de los patriotas ocupada por la división peruana al mando del general La Mar, en una maniobra que lo colocó a tiro de fusil de esta, aunque separados por un barranco. No obstante a eso, los peruanos debieron retirarse a fin de guarecerse del infernal fuego de flanco del enemigo. Incluso, el batallón colombiano Vargas que había sido enviado desde la reserva a reforzar a la división peruana, también se vio obligado a ceder terreno.

Ahora, eran los patriotas los que pasaban por una situación crítica. La acción de los españoles pretendía esperar que Valdés flanqueara a los republicanos y los obligara a replegarse, momento en el cual las fuerzas bajo el mando directo del virrey debían avanzar frontalmente hasta completar la victoria.

Pero al observar el escenario que se había creado, el general Miller resolvió entrar en combate irrumpiendo desde el centro con la división de caballería y enviando al ataque al Regimiento Húsares de Junín, una decisión que fue avalada por Sucre y que apremió a los españoles a tal punto que debieron replegarse al otro lado del barranco donde fueron perseguidos por los granaderos a caballo y por la propia división peruana que el general La Mar con gran prestancia y mando de sus tropas, había logrado reagrupar.

El batallón peruano al mando del coronel rioplatense José María Plaza y el colombiano Vargas conducido por el comandante venezolano José Trinidad Morán, haciendo una maniobra envolvente por ambos flancos de la división española y apoyándose con la caballería arrollaron con tal fuerza el contingente realista, que este se vio impelido a retirar su caballería y dispersar su infantería al tiempo que los patriotas capturaban sus piezas artilleras.

En este momento, ya se había hecho evidente que los españoles habían perdido la batalla, huían desesperadamente hacia la montaña, culminando una acción que no duró más de una hora. Las bajas realistas ascendieron a 1400 muertos y 700 heridos mientras que la de los patriotas fueron 370 muertos (10 oficiales) y 609 heridos (50 oficiales) (Miller, 2021). Al hacer el epílogo de la batalla, es destacable considerar el papel jugado por el factor moral en uno y otro ejército. Mientras los republicanos estaban imbuidos de un gran fervor patriótico, los realistas estaban agotados por las continuas marchas y disgustados por el manejo errático que el virrey La Serna y sus generales habían hecho del ejército.

Los realistas intentaron reagruparse en la cima del Condorcanqui, pero las divisiones al mando de los generales La Mar y Córdoba la ocuparon rápidamente impidiendo cualquier posibilidad en ese sentido. Al finalizar la tarde, Canterac solicitó la capitulación y al entrar la noche, bajó personalmente a donde se encontraba el Puesto de Mando del general Sucre a fin de formalizar la rendición que significó que el virrey La Serna, los generales Canterac, Valdés, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferraz, García Camba y 8 más, así como 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 oficiales y 3.200 soldados, cabos y sargentos quedaban prisioneros. La batalla había concluido.

Tras ser capturado herido por el cabo Villarroel y el sargento de los Húsares de Junín, Pantaleón Barahona, el virrey, es conducido al lugar donde estaba Sucre. José de La Serna, cansado y herido, se apea del caballo y se dirige al general venezolano: «¡Gloria Al vencedor!», le dice, y desciñendo su espada se la entrega respetuosamente al jefe del ejército enemigo que lo había derrotado quien le responde: «¡Honra al vencido!», rehusándose a recibir el arma. Sorprendido, de La Serna palidece y le dice que reciba su espada como señal de

aceptación de su derrota. En gesto magnánimo que caracteriza su honor y su nobleza, Sucre le pidió que la conservara (Calle, Leyendas del tiempo heroico, 1974).

La batalla fue sangrienta y brutal, ambas partes lucharon con denuedo y heroísmo. Un factor importante para lograr la victoria fue la conducción que hizo el general Sucre, moviendo las piezas con singular maestría, realizó su plan sin alteraciones exponiéndose personalmente durante la batalla sabiendo que su presencia y ejemplo le daría un impulso mayor a la tropa en favor de la victoria. Los generales, jefes y oficiales principales destacaron por su valor y tenacidad. El general Miller (2021), hablando sobre sus compañeros en el combate lo destaca:

> El general La Mar desplegó las mismas cualidades; y con enérgica elocuencia reunió algunos cuerpos que habían huido y los condujo nuevamente al enemigo. El heroísmo del general Córdoba mereció la admiración general y todos vieron con satisfacción su ascenso a general de división en el campo mismo de batalla, a la edad de veinticinco años. El general Lara se distinguió por su celo e inteligencia, y el general Gamarra desplegó el tino que le caracteriza. El coronel O'Connor, segundo jefe de Estado Mayor, los jefes de los cuerpos y ciertamente los oficiales y tropa, sin tal vez una excepción, se condujeron con un valor y un celo como si el éxito de la batalla pendiera de sus esfuerzos individuales. Los coroneles Carvajal y Silva, los tenientes coroneles Suárez, Blanco, Braun, Medina y Olavarría, que desplegaron tanto valor en Junín, nuevamente se distinguieron en Ayacucho. El capitán don Juan Alarcón, edecán de Miller, se condujo perfectamente en esta ocasión, como lo había hecho en muchas otras (…) (p. 337).

Además de la superioridad moral de los patriotas se evidenció una preeminente capacidad de conducción militar de la batalla que puso en un segundo plano la supremacía numérica de los españoles. Miller dice que «no fue una victoria debida al azar, sino el resultado del arrojo y un ataque irresistible concebido y ejecutado al propio tiempo» (*Ibid*. p.336).



Monumento de Ayacucho. Pampa de Quinua. (Foto del autor)

XII. Llamamiento a la unidad iberoamericana

El mismo día 7 de octubre cuando en Sañayca, Andahuaylas, Bolívar le entregó el mando a Sucre, a mucha distancia de ahí, en Bogotá, el canciller colombiano Pedro Gual giró un oficio a José María Salazar, embajador de Colombia en Estados Unidos (con rango de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario). En el documento le informa que según Gaceta 143, el tratado de unión, liga y confederación entre Colombia y México, aparece ratificado.

Asimismo, le hace saber que un acuerdo similar se firmó con Perú y que otro con Chile está a punto de ratificarse por el Congreso de ese país (ya Colombia lo había hecho) con la convicción de que no debe haber ningún obstáculo para que ello ocurra. En el caso del Río de la Plata, el gobierno había encontrado opositores por lo que Joaquín Mosquera, embajador plenipotenciario en los países del sur del continente, se había limitado a celebrar un tratado preliminar de amistad y alianza defensiva que abría el camino para una posterior negociación toda vez que Colombia también había ratificado este acuerdo.

En el extenso manuscrito, Gual analiza la situación en Europa concluyendo que el Viejo Continente avanza hacia su unidad, lo cual impele a que América haga algo similar de

forma permanente y apoyada en sólidos principios de unidad y beneficio recíproco. Pero a diferencia de Europa, donde existe una persistente conflictividad, América debía avanzar en la búsqueda de evitar cualquier conato de violencia.

Apelando al discurso del presidente Monroe en diciembre del año anterior (devenido posteriormente en doctrina de política exterior de Estados Unidos), Gual cree que Washington se orienta por puntos de vista similares, es decir, poner término a cualquier tipo de colonización europea y denunciar a la Santa Alianza como ente perjudicial para la paz y la seguridad. En este sentido, considera que los intereses de Colombia y Estados Unidos son coincidentes.

Por esta razón, insta al embajador a que haga las gestiones pertinentes para que Estados Unidos envíe a sus plenipotenciarios a la reunión que se estaba preparando para realizarse en Panamá y que aún no había decidido fecha de inicio. Tal como expresamente lo dice el oficio de Gual, como argumentos para la indefinición de Estados Unidos se exponen la situación de inestabilidad política en México y la guerra no concluida en el Perú. El canciller colombiano afirma que la convocatoria depende de que estos dos países estabilicen su situación interna y asegura que si esto se llegara a conseguir, como era probable durante ese año, «la Asamblea podrá reunirse en el siguiente de 1825 o cuando más tarde en 1826» (1983, pp. 277-279).

El interés de Gual de invitar a Estados Unidos y el oficio enviado a Salazar exhibía urgencias sustentadas en negociaciones realizadas por Colombia y ese país que ya el 27 de mayo de 1823 había enviado en calidad de ministro plenipotenciario para Colombia a Richard C. Anderson a fin de convenir tal instrumento. Dichas negociaciones, que duraron casi un año, exteriorizaban fuertes demandas estadounidenses para que Colombia abriera sus mercados.

Por su parte, Gual pensaba que la firma de dicho tratado iba a ser fundamental para Colombia porque abriría la posibilidad al establecimiento de relaciones internacionales que conducirían a que una cantidad cada vez mayor de países, la reconocieran como Estado independiente y procedieran a establecer vínculos formales con ella. Estas premisas permitieron la aprobación de las exigencias estadounidenses por parte del gobierno colombiano. Es así, que el 3 de octubre de 1824 se firmó un tratado denominado «Convención General de Paz, Amistad, Navegación y Comercio entre la República de Colombia y los Estados Unidos de América». Colombia maniobró negativamente en el debate para obtener resultados beneficiosos y perdió la posibilidad de conseguir condiciones preferenciales en su comercio con las otras repúblicas americanas o con otras potencias como el Reino Unido (T*errestrium ac Navalium. Historia militar, naval y de las relaciones internacionales*, 2016).

Aunque se entra en el terreno de la suposición, es probable que el oficio a Salazar enviado solo 4 días después de la firma del tratado, era expresión de la urgencia y relevancia con que veían en Bogotá un acercamiento con Estados Unidos. Similares concesiones se estaban haciendo con el Reino Unido, que mostrando preocupación por la posibilidad de que las repúblicas americanas antes españolas actuaran en bloque y acogidas a la Doctrina Monroe, manifestó reclamaciones directas en voz del primer ministro Canning en una reunión en Londres con el embajador colombiano en ese país, Manuel José de Hurtado. En esta situación, Santander, sin consultar con Bolívar, ordenó hacer las correcciones y otorgar las concesiones que el Ministerio de Relaciones Exteriores británico exigía. El mismo Santander se lo hace saber a Bolívar en un reporte que le envía para informarle del asunto (Cortázar, 1953).

Metido de lleno en la problemática del Perú, sabedor del acontecimiento decisivo que estaba a punto de ocurrir en la guerra, informado de las resistencias que algunos sectores conservadores de las repúblicas americanas estaban haciendo para impedir la unidad necesaria, después de constatar que en Bogotá (tras su destitución como jefe del ejército) y ahora, también conociendo los pasos que el gobierno estaba dando sin su conocimiento y/o aprobación, Bolívar entendió que debía apresurar la marcha que condujera a la realización de la gran Asamblea que allanara el camino a la unidad de las repúblicas hispanoamericanas.

Sabía lo que se jugaría en Panamá y estando imbuido del carácter trascendental de las decisiones que allí se tomarían, hizo obstinados esfuerzos para convencer al vicepresidente Santander de la dimensión extraordinaria que tenía este proyecto. Alejado de la sede del gobierno, el Libertador se daba cuenta con absoluta impotencia que era Santander quien podría mover los hilos de la convocatoria, preparación y desarrollo del magno encuentro (Liévano Aguirre, 2006). De ahí que comenzara a pensar que debía tomar una decisión inmediata que cambiara el cuadro de ambigüedad que permeaba el ambiente en torno a este trascendental asunto.

El 7 de diciembre de 1824, sabiendo que se acercaba el combate decisivo para la independencia de América del Sur y casi en la víspera que este se produjera, desde Lima, Bolívar emitió una circular dirigida desde la más alta magistratura del Perú a los jefes de gobiernos de las repúblicas americanas antes españolas (Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala) convocándolos al magno evento continental:

Lima, 7 de diciembre de 1824

Grande y buen amigo:

Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras repúblicas, y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.

Profundamente penetrado de estas ideas, invité en 1822, como presidente de la república de Colombia, a los gobiernos de Méjico, Perú, Chile y Buenos Aires, para que formásemos una confederación, y reuniésemos, en el Istmo de Panamá u otro punto elegible a pluralidad, una asamblea de plenipotenciarios de cada Estado «que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias».

El gobierno del Perú celebró el 6 de julio de aquel año un tratado de alianza y confederación con plenipotenciarios de Colombia; y por él quedaron ambas partes comprometidas a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de América, antes española, para que, entrando todos en el mismo

pacto, se verificase la reunión de la asamblea general de los confederados. Igual tratado concluyó en Méjico, a 3 de octubre de 1823 el enviado extraordinario de Colombia a aquel Estado, y hay fuertes razones para esperar que los otros gobiernos se someterán al consejo de sus más altos intereses.

Diferir más tiempo la asamblea general de los plenipotenciarios de las repúblicas que de hecho están ya confederadas, hasta que se verifique la accesión de las demás, sería privarnos de las ventajas que produciría aquella asamblea desde su instalación. Estas ventajas se aumentan prodigiosamente, si se contempla el cuadro que nos ofrece el mundo político y, muy particularmente, el continente europeo.

La reunión de los plenipotenciarios de Méjico, Colombia y el Perú se retardaría indefinidamente, si no se promoviese por una de las mismas partes contratantes; a menos que se aguardase el resultado de una nueva y especial convención sobre el tiempo y lugar relativos a este grande objeto. Al considerar las dificultades y retardos por la distancia que nos separa, unidos a otros motivos solemnes que emanan del interés general, me determino a dar este paso con la mira de promover la reunión inmediata de nuestros plenipotenciarios, mientras los demás gobiernos celebran los preliminares, que existen ya entre nosotros, sobre el nombramiento e incorporación de sus representantes.

Con respecto al tiempo de la instalación de la asamblea, me atrevo a pensar que ninguna dificultad puede oponerse a su realización en el término de seis meses, aun contando desde el día de la fecha; y también me atrevo a lisonjearme de que el ardiente deseo que anima a todos los americanos de exaltar el poder del mundo de Colón, disminuirá las dificultades

y demoras que exigen los preparativos ministeriales, y la distancia que media entre las capitales de cada Estado y el punto central de reunión.

Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por la otra el África y la Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el gobierno de Colombia, para este fin, en los tratados existentes. El Istmo está a igual distancia de las extremidades; y, por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera asamblea de los confederados.

Defiriendo, por mi parte, a estas consideraciones, me siento con una gran propensión a mandar a Panamá los diputados de esta república, apenas tenga el honor de recibir la ansiada respuesta de esta circular. Nada ciertamente podrá llenar tanto los ardientes votos de mi corazón, como la conformidad que espero de los gobiernos confederados a realizar este augusto acto de la América.

Si V. E. no se digna adherirse a él, preveo retardos y perjuicios inmensos, a tiempo que el movimiento del mundo se acelera todo, pudiendo también acelerarlo en nuestro daño.

Tenidas las primeras conferencias entre los plenipotenciarios, la residencia de la asamblea, como sus atribuciones, pueden determinarse de un modo solemne por la pluralidad; y entonces todo se habrá alcanzado.

El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las

primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo. ¿Qué será entonces del Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?

Vuestro grande y buen amigo.
Simón Bolívar
El Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores,
José Sánchez Carrión

(Vol. II, 1947, pp. 1012-1014).

Al enviar las invitaciones al Congreso, el Libertador decidió enfrentar la oposición que se manifestaba en las nacientes repúblicas a la realización del mismo. Las trabas provenían de la suposición de que Bolívar no sería capaz de llevar adelante su idea y su propuesta. Las invitaciones pusieron sobre el tapete estas y otras contradicciones que emanaban de la pequeñez de algunos líderes y partidos que no superaban una mirada localista y estrecha.

Aunque las invitaciones también manifestaron la decisión y la voluntad de Bolívar de confrontar esas corrientes, estas se agruparon y ahora manifestaron su disidencia de forma abierta. Paradójicamente se había iniciado la lucha por la unidad de América y junto a ella, la lucha por mantenerla dividida. Este último pensamiento era expresión no solo de estas ideas provincianas, también de la voracidad de las potencias que comprendían la fuerza que podría adquirir una América unida por lo que desde un primer momento, comenzaron a pujar para apoderarse de sus riquezas y sus mercados. Resistir esta avalancha necesitaba de unión y la fortaleza. Estados Unidos, Gran Bretaña y en alguna medida, también Francia, operaron para impedir que la unidad se concretara

y en esa medida, desde el inicio, comenzaron a «torpedear» la organización del Congreso en Panamá.

Por otra parte, la independencia total iniciaba la disputa del poder entre las fuerzas políticas que desde diversos intereses habían concurrido a la gesta emancipadora. Una vez superada esta, se manifestaron en una u otra dirección entorpeciendo «desde adentro» la realización del Congreso. Una vez más, unos y otros se tendrían que plantar ante la voluntad y la persistencia del Libertador Simón Bolívar que los encaró mientras pudo y los enfrentó hasta el último día de su vida.

XIII. Consecuencias y repercusiones de la victoria de Ayacucho

Tres cartas envía el general Antonio José de Sucre al Libertador: una, el mismo jueves 9 de diciembre, y dos más al día siguiente. En la primera, corta y concisa, que fue escrita solo cuatro horas después de finalizada la batalla, se limita a informar de la victoria, la duración de la batalla, las bajas, los prisioneros y el armamento capturado al enemigo así como de las pérdidas propias. También le explica que en el momento de escribir ese informe, aun continuaba la persecución de algunos españoles que habían huido, aunque seguramente serían capturados con prontitud porque se encontraban rodeados.

Le informa que al día siguiente le hará llegar un parte pormenorizado sobre el acontecimiento y le hace saber que había decidido en su nombre, en el de Colombia, del Congreso y del Gobierno varios reconocimientos a los generales, jefes y oficiales más destacados en la jornada (Sucre, 1981). Entre ellos, el único reconocido en el mismo campo de combate fue José María Córdoba, el bravo jefe de la 2da. División Colombiana quien «a paso de vencedores» condujo a sus hombres en los primeros instantes de la batalla, llevando el peso fundamental de ella, mientras las otras unidades entraban en combate (López, 1878). En la misma Pampa de la Quinua y antes que

anocheciera, Sucre lo ascendió a general de División, tomando en consideración que –y así se lo hizo saber al Libertador– Córdoba «decidió la batalla» (Sucre, 1981, p. 193).



Monumento a la Batalla de Ayacucho donde se destaca el nombre de los principales generales y jefes participantes. (Foto del autor)

Ese mismo día en la tarde, acompañado del general La Mar, vino a la presencia de Sucre, el general español Canterac, quien asumió la responsabilidad del mando de «los restos del ejército español» por encontrarse prisionero el virrey La Serna,[51] solicitando conversar para acordar una capitulación.

[51] Resulta curioso que estando el virrey La Serna y el general Canterac en manos del Ejército Libertador, Canterac se hiciera cargo de la negociación para la capitulación, en vez de La Serna. Es de suponer que incluso en esas condiciones, se respetaban las jerarquías. La Serna solo podría haber negociado con Bolívar, pero en su ausencia, tal infausta responsabilidad recayó en Canterac. Al informar al Libertador de tal situación, Sucre le explica que debía negociar la capitulación con Canterac porque en él «había recaído el mando de los restos del ejército español y el virreinato por la prisión del general La Serna». En el texto de la capitulación de Ayacucho dice que la misma fue firmada por Canterac porque de La Serna se encontraba «herido y prisionero» (Sucre, 1981, pp. 186 y 191).

En el reporte que el día 10 el general Sucre le envía al Libertador, le explica que los puntos tratados en la capitulación eran la entrega total del ejército español y el territorio del Virreinato del Perú, incluyendo todas sus posesiones al ejército unido libertador, eso incluida la plaza del Callao que hasta ese momento, todavía se encontraba bajo control realista. Asimismo, se establecen las condiciones en las que quedarían los generales, oficiales, jefes y tropa del derrotado ejército español mientras permanecieran en el Perú y las formalidades para su transporte a España, si así lo desearan, para lo cual tenían un año de plazo, puntualizando que aquellos que quisieran continuar la carrera de las armas en el ejército peruano, serían admitidos en él. De igual manera se acuerda el respeto de las propiedades de los españoles.

Por otra parte, se establecía con claridad que el barco español Asia y «la escuadra enemiga»[52] debían marcharse del océano Pacífico en un plazo no mayor de 6 meses, tiempo que usarían solo para los preparativos del viaje. De igual manera, los soldados y oficiales españoles capturados serían puestos en libertad, mientras que los patriotas detenidos en cárceles españolas deberían también ser liberados.

Finaliza Sucre su carta informando que:

> Me es complaciente Excmo. Señor, que la libertad completa de esta república y la paz de América sea firmada sobre este mismo campo de batalla en que el ejército unido ha satisfecho las esperanzas de V.E.

---

[52] Según el editor de la obra de Sucre, recogida por Biblioteca Ayacucho, estas tres palabras fueron agregadas por el general Sucre, de su puño y letra en el duplicado de la carta.

> Mientras se extienden los tratados, anticipo a V.E. la noticia fausta del término de la guerra, a la vez que presento a V.E. las congratulaciones del ejército, que reconoce a V.E. deudor de sus triunfos como el genio que lo ha enseñado a vencer, como el guerrero que lo ha puesto siempre en la senda de la victoria (Sucre, 1981, pp. 191-192).

La capitulación de Ayacucho se consumó en un documento que reconocía que el ejército español «ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes» y que a fin de resolver los problemas pendientes y evitar mayores males al Perú se aviene a «proponer y ajustar» con el general Sucre las condiciones expuestas en el texto.

El contenido del acuerdo fue argumentado en 18 capítulos firmados «de nuestras manos por Canterac y Sucre» como dice el texto del mismo. Después de cada artículo, quedó expresamente enunciada la palabra «Concedido», lo que muestra a las claras que la redacción provino de los españoles y Sucre se limitó a aprobarlo. En cuatro de ellos solo aparece tal palabra, en doce artículos, se acepta la concesión pero con observaciones, la mayoría de los casos de cómo se va a ejecutar tal acuerdo y en dos de ellos: el 8°, referido a la deuda que hereda el gobierno republicano de la administración española, se estipula que: «El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que más convenga a los intereses de la República» y el 9° relacionado con el futuro de los empleados del gobierno se establece que «Continuarán en sus destinos los empleados que el gobierno guste confirmar, según su comportación» [sic] (Sucre, 1981, pp. 186-190).

La segunda misiva de Sucre a Bolívar del 10 de diciembre está escrita en otro tono, ya no refleja la excitación de la anterior por la victoria. Al respecto, Rumazo González

(2006) opina que, por el estilo, la primera carta debió haber sido escrita por otra persona y firmada por el general en jefe en el momento posterior al fin de la batalla cuando las responsabilidades y preocupaciones son otras.

Así, en la segunda carta, Sucre habría retornado a su estilo austero. Le dice a Bolívar que en lo personal, la batalla de Ayacucho y su exitoso resultado le ha causado un gran alivio. Refiere la gran presión de los últimos meses desde que recibió la misión de conducir el ejército, sobre todo cuando estando en las cercanías de Cusco en octubre, debió retirarse hacia el norte entablando combate casi todos los días al tiempo que preservaba la fuerza a fin de prepararla para la batalla decisiva.

Le informa que llevará al ejército a Huamanga donde permanecerá unos días para que descanse antes de salir en búsqueda de Olañeta que con 3.000 hombres todavía resistía en el Alto Perú. Dice que el ejército libertador cuenta con 6.000 soldados, es decir que dobla al contingente de Olañeta por lo que cualquier general podría conducir exitosamente esa tropa a la victoria. Asimismo, le participa del ascenso de Córdoba a general de división y le propone que los coroneles, Lucas Carvajal, José Laurencio Silva y Arthur Sandes sean ascendidos a generales de brigada. De igual manera le menciona los oficiales, las unidades e incluso los ejércitos que según su consideración deberían ser ascendidos, condecorados y reconocidos por su valor en el combate y su entrega a la Patria.

A continuación, sorpresivamente le solicita ser relevado de su responsabilidad bajo el argumento de encontrarse muy afectado espiritualmente. Era un hombre de 29 años, cuando tenía 14 había entrado al ejército. A los 16 años era comandante de ingenieros en Margarita y un año después, de artillería en Barcelona. A los 21 años fue ascendido a coronel y nombrado jefe de Estado Mayor del ejército comandando

por Santiago Mariño. Un año después, se puso a las órdenes de Bolívar hasta llegar a Ayacucho, solo se separó de él cuando fue enviado a cumplir alguna misión.

En Quito, Mariana Carcelén, joven de 19 años, a pesar del tiempo, la distancia y las presiones de su familia, aún esperaba por él. Se amaban con pasión como ha quedado evidenciado en cartas y otras comunicaciones. Por otra parte, en Guayaquil, su pequeña hija Tomasa, futo de su relación con Tomasa de Bravo, había quedado huérfana y se preocupaba por ella. Era natural que quisiera correr a la mitad del mundo para estar al lado de su amada y arropar a su primogénita. Además, se lo merecía.

Bolívar le respondió a Sucre:

> Mi querido general, llene usted su destino, ceda usted a la fortuna que lo persigue, no se parezca usted a San Martín y a Iturbide, que han desechado la gloria que los buscaba. Usted es capaz de todo y no debe vacilar un momento en dejarse arrastrar por la fortuna que lo llama. Usted es joven, activo, valiente, capaz de todo, ¿qué más quiere usted? Una vida pasiva e inactiva es la imagen de la muerte, es el abandono de la vida, es anticipar la nada antes que llegue. Yo no soy ambicioso, pero veo que usted debe serlo un poco para alcanzarme o superarme (Citado por Rumazo González, 2006, p. 180).

Antonio José de Sucre y Mariana Carcelén tuvieron que esperar hasta septiembre de 1828 para finalmente, poder encontrarse en Quito.

En los días posteriores a la batalla, además de las cartas al Libertador, Sucre emitió un reporte dirigido al ministro de la Guerra de Colombia, dando el parte de la batalla, con similar información a la que había enviado al Libertador,

eso sí, mucho más extensa en contenido y amplia en detalles. Otro tanto hace, al escribirle al vicepresidente Santander el 13 de diciembre. La comunicación al ministro de Guerra finaliza diciendo:

> La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz de América se han firmado en este campo de batalla. El ejército unido cree, que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna de la aceptación del LIBERTADOR DE COLOMBIA[53] (1981, p. 200).

Dos días antes de la victoria en Ayacucho, Bolívar entró en Lima a objeto de seguir al Callao y capturar los castillos que aún estaban en manos de los españoles al mando del general Rodil. Pensaba cumplir esa misión y volver de inmediato a Chancay. Pero las multitudinarias manifestaciones de sentir patriótico del pueblo capitalino, así como el notorio afecto y reconocimiento hacia el Libertador y las extendidas solicitudes de los ciudadanos para que permaneciera en la ciudad a fin de dar, con su presencia, tranquilidad y confianza a la atribulada población, que en las últimas semanas había sufrido una fuerte persecución que la obligaba a mantenerse escondida y con sus casas cerradas, lo había sensibilizado al punto de tomar la determinación de permanecer en Lima todo el tiempo que lo permitieran sus responsabilidades militares. Cuando esta decisión fue tomada, aun no se sabía lo que había ocurrido en Ayacucho el día anterior.

Sin conocer aún que el ejército realista había sido derrotado, Bolívar toma inmediatas medidas para controlar la costa y evitar posibles incursiones españolas, pero una vez conocida

---

53 En letra alta en el original.

la noticia, gira inmediatas instrucciones al intendente de Panamá y al secretario de Guerra y Marina para que suspenda el envío de nuevos contingentes de combatientes que esperaban ser embarcados para Perú, porque las nuevas circunstancias hacían innecesarios dichos envíos.

Asimismo, continúa desarrollando actividades en su función de dictador del Perú estableciendo el 19 de diciembre la creación de la Suprema Corte de Justicia de la república, desprendiéndose, de e esa manera, de todo ejercicio del «Poder Judiciario». El 20 de diciembre concede el *exequatur* que acepta la designación de Guillermo Tudor como cónsul de los Estados Unidos de América en Lima y puertos del Perú.

El día 12 de diciembre desde Huamanga, el general Canterac, «aunque vencido» y en manos de los patriotas, le escribe al Libertador autodefiniéndose como «amante de la gloria» para reconocer su victoria y felicitarlo por ella. Asimismo, en nombre de los generales españoles se pone a sus órdenes y lo saluda (Bolívar, 1983). Unos días después, el Libertador acusa recibo de la misiva y le responde a Canterac reconociendo su generosidad que es digna de gratitud. En un gesto de grandeza, Bolívar le dice al derrotado general español que aun cuando no puede felicitarlo por el resultado obtenido, como militar reconocía que la actuación del ejército español «merece el aplauso de los contrarios» y que debe consolarse por haber cumplido su deber con gallardía, culminando su misión en el Perú con una «capitulación gloriosa» (*Ibid*., pp. 408-409).

En esos días, una terrible noticia golpeó tanto a Sucre como a Bolívar. El edecán del Libertador, teniente coronel Celedonio Medina, quien lo había acompañado desde Carabobo y que en el Perú, tras su separación del ejército, servía como portador de la correspondencia oficial y privada entre Bolívar y Sucre, fue atacado por delincuentes y asesinado cuando

transportaba valiosos informes que enviaba el héroe de Ayacucho al Libertador. En carta posterior, Sucre expresa la indisposición que esa noticia le había causado. Es necesario destacar que, a pesar de no haber participado directamente en los combates, Sucre le había propuesto al Libertador el ascenso de Medina a coronel por la valiosa labor que le tocó desempeñar casi en total anonimato.

El 20 de diciembre, Sucre le escribió al Libertador para informarle que iniciaría su desplazamiento al Cusco quedando Huamanga bajo el mando del general Jacinto Lara. La idea de Sucre era trasladarse posteriormente al Alto Perú para, actuando junto al general Santa Cruz, quien había sido designado por el Libertador para dirigirse a ese territorio, tratar la situación de Olañeta, ojalá a través de la negociación. Le solicita al Libertador órdenes precisas y claras sobre cómo actuar en esa región en el caso que el Libertador decida no relevarlo de su cargo, sobre todo porque las cosas públicas lo tenían «aburrido». Le dice que a fin de mes estará en Cusco y en dos meses en La Paz. Se iniciaba para Sucre otra etapa de su vida cuando aún no sabía que el Congreso del Perú, a propuesta del Libertador, le daría una recompensa que jamás esperó y que lo identificaría por el resto de su vida y para siempre en la historia.

Por lo pronto, desde Cusco, donde había llegado el 24 de diciembre, Sucre siguió hasta el río Desaguadero que marca el límite con el Alto Perú. Lo acompañaba la división peruana al mando de Miller –porque La Mar había enfermado y estaba imposibilitado de hacer la campaña– y la colombiana comandada por Córdoba, asimismo el general Gamarra, nativo del Cusco, que había sido jefe de Estado Mayor en Ayacucho, formaba parte del contingente que se habría de adentrar en el altiplano.

Sucre buscó a Olañeta para negociar, le agradeció la ayuda prestada al Perú en su campaña de liberación y el 11

de enero, el coronel José de Mendizábal e Imaz, en nombre de los patriotas junto al general español, firmaron un armisticio que suspendía las hostilidades por cuatro meses. Poco tiempo después, las tropas del último general español en el Alto Perú comenzaron a desertar para unirse al ejército patriota (Sobrevilla Perea, 2021). Pero Sucre, por orden de Bolívar, no ratificó el armisticio iniciando la campaña en el Alto Perú. Las ciudades, casi sin resistir, fueron cayendo una a una en manos de los republicanos. El 2 de abril, Olañeta, que todavía se negaba a la rendición, murió en la batalla de Tumusla.

El día 30 de diciembre, todavía estando en Cusco, Sucre le escribió a Bolívar para informarle que había recuperado y le haría llegar la bandera que el conquistador español Francisco Pizarro había llevado a esa gloriosa ciudad trescientos años atrás. Esa bandera, que se había encontrado en un estado lamentable de conservación, tenía sin embargo la remembranza de haber sido la que portara el conquistador español del Perú, por lo que el general en jefe consideraba que sería un apreciable trofeo de guerra para el Libertador (Sucre, 1981).

La victoria de Ayacucho se celebró en toda la América libre, pero no con la misma intensidad. En general, los pueblos manifestaron total alborozo tras conocer la noticia. En Chile, el gobierno lo aceptó con resignación (Encina, citado por Rumazo González, 2006), en Buenos Aires, por un momento el sentimiento antibolivariano de Rivadavia y los suyos pasó a segundo plano tras el desborde de felicidad del pueblo.

El líder rioplatense Juan Gregorio Las Heras se sintió reivindicado en lo personal, no olvidaba que en 1822 fue apresado por La Serna cuando acudió al Perú a negociar un acuerdo de paz. Ahora era La Serna el detenido. Pero en el fondo, el fervor de unidad hispanoamericana que siempre estuvo presente en las Heras, se vio recompensado con esta

victoria en la que también participaron varias decenas de sus compatriotas entre los que destacaron el coronel Manuel Isidoro Suárez al mando de los Húsares de Junín y el también coronel Alejo Bruix, jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo de Buenos Aires.[54] Bruix comandaba los últimos ochenta soldados rioplatenses, de los cuatro mil que cruzaron los Andes con San Martín en 1817. Según Rumazo González (2006) en Venezuela, tierra natal de Bolívar y Sucre, dada la precaria situación del país tras la guerra en la que pereció un tercio de su población, las celebraciones por la victoria de Ayacucho fueron menguadas y poco entusiastas.

En el Perú, donde durante tres siglos se había luchado para expulsar al invasor, existen dos miradas acerca de la guerra de independencia, unos que consideran esta etapa final desde 1821 hasta 1824 como un todo y, por otro lado, aquellos que la reivindican como un largo proceso centenario en el que los pueblos originarios, mestizos y criollos siempre resistieron al poder colonial formado por nuevos peruanos.

En 1823, Perú era la excepción en una América liberada casi en su totalidad. La élite criolla de las ciudades era eminentemente realista y adversaba la independencia. De ahí la resistencia inicial a que la llegada nuevamente de un «ejército extranjero», prolongara la dependencia y la subordinación del

---

[54] El Regimiento de Granaderos a Caballo fue fundado en 1812 por el general José de San Martín, tuvo su bautismo de fuego en 1813 después de lo cual participó en combates en la Banda Oriental (Uruguay), el Alto Perú (Bolivia), Chile, Ecuador y Perú, participando en las batallas de Junín y Ayacucho, retornando a su país en febrero de 1826 bajo el mando del coronel José Félix Bogado. Fue desactivado durante el gobierno de Rivadavia (1826-1827) hasta que en 1903 fue creado nuevamente con el nombre de Regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín y en 1907 fue designado como Escolta Presidencial, responsabilidad que conserva hasta el día de hoy.

Perú a poderes venidos de otra parte. Pero muy pronto, en un poco más de un año desde el momento de su llegada al país, la voluntad y la perseverancia de Bolívar condujeron al Perú a enterrar el último clavo del ataúd colonial.

Al pueblo peruano le correspondió relevante participación en los combates finales, Junín y Ayacucho incluidos. La historiografía tradicional ha sido mezquina con ellos. Es verdad que destacados generales, jefes y oficiales peruanos provenientes de las élites de la sociedad tuvieron notoria participación en la guerra, pero no menos importante fue la intervención, muchas veces en roles protagónicos, de jefes provenientes de los sectores más humildes de la sociedad que desempeñaron una gesta muchas veces borrada en la historia. Particular trascendencia jugaron los guerrilleros montoneros, sobre todo en las etapas decisivas de la guerra. Luis Alberto Sánchez (citado por Del Solar, 1975) político, polígrafo y educador peruano del siglo XX lo expresó con nítida precisión: «(…) el pueblo contaba poco, predominaban la oligarquía y el militarismo por los aún frescos laureles de Ayacucho» (p. 67).

El 25 de enero, la municipalidad de Lima ofreció un baile en homenaje de gratitud al Libertador en los salones de la Universidad. Había muy buen ánimo en la capital. El 10 de febrero, al conmemorarse el primer aniversario de la dictadura de Bolívar, el Congreso Constituyente se reunió en medio de la mayor solemnidad. El Libertador reiteró que le parecía peligroso que se le concediera a cualquier hombre una «autoridad monstruosa». A continuación invocó la victoria de Ayacucho que había curado las heridas en el corazón del Perú y había roto las cadenas que había puesto Pizarro a los hijos de Manco Cápac.

Seguidamente, dio cuenta de su acción como gobernante en materia política, institucional y económica, limitada por la necesidad de dar conducción a la guerra. Aprovechó de

agradecer a Colombia por sus «poderosos auxilios que son demostrativos del precio infinito que tiene, en el oren americano, la íntima y estrecha federación de los nuevos Estados», reiterando la importancia del Congreso que se preparaba en Panamá.

Finalizó dejando instalado formalmente el Congreso de la república, pero no sin antes informar que sus responsabilidades ahora estaban en rendir el Callao y contribuir a la libertad del Alto Perú[55] después de lo cual regresaría a Colombia a informar a los representantes del pueblo acerca del cumplimiento de su misión en el Perú, su independencia y la gloria del Ejército Libertador (citado por Larrazábal, 2007).



Estatua del Libertador Simón Bolívar en el Distrito Pueblo Libre. Lima. (Foto del autor)

55 Aun no estaba informado del acuerdo entre Sucre y Olañeta del 11 de enero.

El presidente del Congreso, José María Galdiano, respondió su discurso diciendo que dicha instancia en nombre del Perú, se oponía a su dimisión. A su vez, Bolívar contestó que había llegado el día del Perú que ya no tenía un dictador y que había sido el Congreso el que había salvado a la patria cuando le concedió al Ejército la misión de sacarlo del caos y la tiranía. Concluyó diciendo que no abandonaría al Perú y que le seguiría sirviendo con «mi espada y con mi corazón» mientras hubiera un solo enemigo hollando su suelo.

El Congreso se vio obligado a aceptar la decisión del Libertador, pero aprobó un decreto de reconocimiento a Bolívar por sus meritorias acciones como conductor del Estado y su actuación estrictamente apegada a ley, a pesar de poseer plenos poderes para suspender la Constitución. Asimismo, prolongó el mandato de Bolívar como jefe de Estado hasta el año 1826 cuando prescribiera el decreto que le dio los poderes dictatoriales, pudiendo delegar sus funciones en una o más personas en conveniencia con el interés de la república.

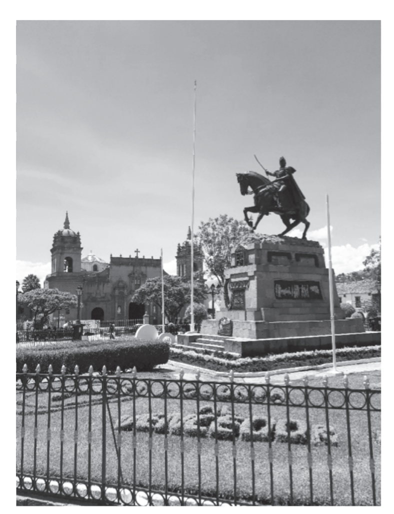
Ese mismo día, el Congreso aprobó otros decretos de reconocimientos al Libertador creando una medalla en su honor, aprobando la erección de un monumento con su estatua, estableciendo que en gratitud, en la plaza mayor de todas las capitales de los departamentos se debía fijar una inscripción, colocando su retrato en todas las municipalidades, haciéndolo sujeto en todo el tiempo de los honores de Presidente de la República y concediéndole un reconocimiento de un millón de pesos (Bolívar, 1983).

Dos días después, el Libertador escribió al presidente del Congreso, para rechazar el donativo en metálico. Su argumento era simple, nunca había aceptado recibir premios de ese tipo en su país, por lo que mucho menos los recibiría de otro, reiterando que haber podido servirle al Perú, además de todos los otros reconocimientos que se le habían concedido, era

superior a los servicios prestados, colmando con ello sus «más ilimitados deseos».

El Congreso rechazó tal solicitud, Bolívar en una nueva carta reitera su oposición a recibir el dinero »no habiendo poder humano que me obligue a aceptar un don que mi conciencia repugna». Pero el Congreso le envía otra misiva insistiendo en su ofrecimiento, ante lo cual, finalmente, Bolívar lo acepta pero para que tal suma fuera entregada «al pueblo que me vio nacer» agregando que no dudaba «que mis hermanos de Caracas lo verán con las más grata complacencia» (citado por Larrazábal, 2007, p. 100).

Ese mismo día, 10 de febrero de 1825, el Congreso Constituyente del Perú, en reconocimiento al General en Jefe del Ejército Unido, Antonio José de Sucre, le concedió el título de «Gran Mariscal de Ayacucho» por la memorable victoria obtenida en los campos de ese nombre.



Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho. Plaza de Armas de Huamanga. Ayacucho. (Foto del autor)

Unos días después, el 23 de febrero, el Congreso autorizó el plan de Sucre para las operaciones en el Alto Perú y para establecer a juicio del Libertador el gobierno «más análogo a las circunstancias». Bolívar podía marcharse tranquilo, en Lima quedaba un Consejo de Gobierno formada por algunos de los más insignes peruanos: el mariscal José de La Mar, José Faustino Sánchez Carrión e Hipólito Unanue. No obstante, La Mar, quien debía hacerse cargo del gobierno en ausencia de Bolívar que se dirigiría al Alto Perú, se encontraba en Guayaquil y demoró en su regreso. Asimismo, Sánchez Carrión, el más insigne, preclaro y talentoso político peruano de la época, se encontraba gravemente enfermo y no pudo asumir su responsabilidad.[56]

En esta situación le correspondió a Hipólito Unanue asumir la más alta magistratura del Estado en calidad de presidente interino y ministro de Estado para Gobierno y Relaciones Exteriores, acompañado del venezolano Tomás de Heres como ministro de Guerra y a José María Pando como ministro de Hacienda. El 3 de abril de 1825 se instaló el nuevo gobierno. Así iniciaba el Perú su vida autónoma dirigida por un gobierno propio, tras la victoria de Ayacucho y la consolidación de su independencia.

La victoria de Ayacucho y la capitulación firmada por el general Canterac en representación de la Corona española significaron –de hecho– el reconocimiento de la independencia del Perú y de toda la América del Sur en términos del derecho internacional. También fue el colofón para un largo período de casi 15 años de movilizaciones, pronunciamientos, declaraciones, batallas y victorias a favor de la libertad de

56 José Faustino Sánchez Carrión falleció el 2 de junio de 1825 a los 38 años. La autopsia reveló que la causa de su deceso fue un aneurisma hepático.

las repúblicas americanas antes españolas. Ayacucho fue la consumación de un esfuerzo conjunto encaminado a derrotar a la monarquía, el absolutismo y el dominio extranjero en la América meridional.

La participación en Ayacucho de oficiales y soldados de un ejército compuesto por venezolanos, colombianos, ecuatorianos, peruanos, chilenos, rioplatenses y altoperuanos, reunidos en torno a los mismos ideales, mostraron la fuerza superior de una unidad que fue capaz de sobreponerse a la inferioridad numérica para imponerse en base a la calidad superior de sus combatientes, jefes, oficiales y generales.

Para Bolívar significó el compromiso cumplido hecho en su juramento del Monte Sacro en 1803, la realización de ideales esbozados en la *Carta de Jamaica* en 1815 y la posibilidad cierta de concretar los preceptos institucionales delineados en su discurso en el Congreso de Angostura en 1819. El esfuerzo en pro de la independencia había concluido. Ahora, comenzaba una batalla no menor para vencer intereses mezquinos de clase, sector o grupo y en favor de la defensa de la soberanía nacional y la consolidación de la unidad de las naciones de Nuestra América. En eso estamos todavía.

Se podría concluir con las palabras del Libertador:

> La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del general Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para

bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el imperio sagrado de la naturaleza.
El general Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Cápac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada. (citado por De Alcalá, 1995, pp. 17-18).

Referencias bibliográficas

ACOSTA SAIGNES, M. (1983). *Bolívar, acción y utopía del hombre de las dificultades*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca.

AGUIRRE CÁRDENAS, M. (2017). *El ciclo independentista huamanguino: La revolución de los morochucos y la Batalla de Ayacucho. Errores y silencios*. Cangallo. Ayacucho Perú: Max Aguirre Cárdenas.

ARAGÓN SÁNCHEZ, M. I. (2003). Aportación documental sobre la minería peruana: Cajatambo 1584-1596. *Anuario de Estudios Americanos*, 217-234. Obtenido de Aportación documental sobre la minería peruana: Cajatambo, 1584-1596.

AUCAHUASI DONGO, R. D. (2006). *De Junín a Huancavelica, Apurímac y Ayacucho. 126 días de marchas y contramarchas en la campaña de la independencia de 1824*. Lima: Bodega San Pedro.

BASADRE, J. (1969). *Historia de la República del Perú. (1822-1933)* (8va. ed.). Santiago. Chile: La República / Universidad Ricardo Palma.

BAUDIN, L. (1940). *El imperio socialista de los incas*. Santiago de Chile: Zig- Zag. S.A.

Biblioteca Popular para los Consejos Comunales. (2007). *Antonio José de Sucre. Documentos selectos*. Caracas: El perro y la rana.

Böersner, D. (1996). *Relaciones Internacionales de América Latina. Breve historia* (Quinta ed.). Caracas: Nueva Sociedad.

Bolívar, S. (1947). *Obras completas* (vol. I). La Habana: Editorial Lex.

Bolívar, S. (1947). *Obras completas* (vol. II). La Habana: Editorial Lex.

Bolívar, S. (1983). *Documentario de la Libertad* (vol. 26). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

Bolívar, S. (1983). *Documentario de la Libertad* (vol. 29). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

Bolívar, S. (1983). *Documentario de la Libertad* (vol. 30). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

Bolivar, S. (1983). *Documentario de la Libertad* (vol. 31). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

Bolívar, S. (3 de Febrero de 2011). *Correo del Orinoco*. Obtenido de http://www.correodelorinoco.gob.ve/resumen-sucinto-vida-general-sucre/

Borja Gómez, J. H. (2006). Un territorio imaginado. Del Virreinato de la Nueva Granada a la Gran Colombia (1740-1830). En L. E. Rodríguez Baquero (et al.), *Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber* (pp. 123-164). Bogotá: Taurus.

Calle, M. J. (1974). Leyendas del tiempo heroico. En H. A. Montezuma, *Antología de la Batalla de Ayacucho* (pp. 31-42). Bogotá: Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero.

Castilla Rivera, A., & Pillaca Rojas, E. (2019). *Ayacucho. Circuito Turístico*. Huamanga, Ayacucho, Perú: Edith Pillaca Rojas.

Cavelier, G. (1976). *Historia diplomática de Colombia* (Vols. I (1820-1830). Bogotá: Kelly.

Cavero Carrasco, R. (2022). *Olvidados de la independencia peruana: Universidades, guerrillas, Marcelino Carreño y religiosidad*. Ayacucho, Perú: Fondo Editorial de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

Comisión Mixta de los Sesquicentenarios de Junín y Ayacucho y convocatoria al Congreso de Panamá. (1974). *Ayacucho. La libertad de América*. Lima: Dammmert, Cusman & Toro.

Cortázar, R. (1953). *Cartas y mensajes de Santander* (vols. 4 (1822-1824). Bogotá: Talleres editoriales de Librería Voluntad.

De Alcalá, D. (1995). *Defensa de Sucre*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Del Solar, F. J. (1975). *Bolívar, Sucre, San Martín y América: Un destino*. Caracas: Solartre Libros, C.A.

Fonseca, J. (2016). ¿Bandoleros o patriotas? la guerrilla y la dinámica popular en la Independencia del Perú. En A. Loayza, *La Independencia Peruana como Representación, Historiografía, Conmemoración y escultura pública* (pp. 81-99). Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

García y García, E. (2023). *La mujer peruana a través de los siglos. Desde Mama Ocllo hasta la Comisión de 50 señoras*. Lima: Kinti Editores.

Gobierno de Colombia. (2 de Febrero de 1823). *Gaceta de Colombia*. Obtenido de https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll26/id/4327

Goñi, F. (2023). *Un día de guerra en Ayacucho*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Gual, P. (21 de abril de 1823). *Memoria de la Secretaría de Estado y Relaciones Esteriores de la República de Colombia*.

Obtenido de Biblioteca Digital de Bogotá: https://www.bibliotecadigitaldebogota.gov.co/resources/2774173/

Guerra Vilaboy, S. (2006). *Breve historia de América Latina*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Guzmán, L. (s/f). *El coronel Santiago Marcelino Carreño, libertador de Chile y del Perú, héroe olvidado de la campaña de Ayacucho*. s/i: s/i.

Instituto Superior de Relaciones Internacionales «Raúl Roa García». (1992). *Historia de las Relaciones Internacionales 1815-1914*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.

Kissinger, H. (1995). *La diplomacia* (En español. 1ra. ed.). México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Larrazábal, F. (2007). *Simón Bolívar. Vida y escritos del Libertador* (4ta. ed., vol. III). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

Lecuna, V. (1954). *Relaciones diplomáticas con Chile y Buenos Aires* (vol. I). Caracas: Imprenta Nacional.

Ledesma, V. (1979). Ensayo histórico de las operaciones del Ejército Libertador del Perú en la campaña de 1824. En M. D. Venezuela, *Genio y apoteosis de Bolívar en la campaña del Perú* (pp. 95-134). Barcelona. España: Editorial Herder.

Leturia, S.J., P. (1984). *La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII*. Caracas: La Gran Pulpería de Libros Venezolanos C.A.

Leturia, S.J., P. (1959). *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica: Epoca de Bolívar, 1800-1835*. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela.

Liévano Aguirre, I. (1988). *Bolívar*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

Liévano Aguirre, I. (2006). *Bolivarismo y monroísmo*. Caracas: Ministerio de Cultura. Fundación Editorial El perro y la rana.

López Contreras, E. (1944). *Sucre. Síntesis de su vida militar* (Tercera ed.). Caracas: Cecilio Acosta.

López, M. A. (1878). *Recuerdos historicos del coronel Manuel Antonio López, ayudante del Estado Mayor General Libertador. Colombia y Perú*, 1819-1826. Bogotá: J.B. Gaitán.

Lynch, J. (1985). *Las revoluciones hispanaméricanas (1808-1826)* (4ta. ed.). Barcelona. España: Ariel, S.A.

Marzioni, A. (28 de Septiembre de 2021). *Fuego Sagrado*. Obtenido de El batallón de negros criollos en las memorias del general William Miller: https://fuegosagrado2017.wordpress.com/2021/09/28/el-batallon-de-negros-criollos-en-las-memorias-del-general-william-miller/

Mc Evoy, C., & Montoya , G. (2022). *Patrias andinas, patrias citadinas. Episodios de una república naciente*. Lima: Planeta Perú S.A.

McAdam, R., Mason , B., & McCrory, J. (2007). Explorando las dicotomías dentro de la literatura de conocimiento tácito: hacia un proceso de conocimiento tácito en las organizaciones. *Gestión de Conocimiento 11*. N.° 2, 43-59.

Miller, J. (2021). *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú (selección)* (2da. ed.). (J. M. Torrijos, Trad.) Lima: Mnisterio de Cultura del Perú.

O´Leary, D. F. (1879). *Memorias del General O´Leary* (vol. I). Caracas: Imprenta de la Gaceta Oficial.

O´Leary, D. F. (1881). *Memorias del General O´Leary* (vol. XXII). Caracas: Imprenta de la Gaceta Oficial.

Payne, S. G. (1986). *Historia de España. La España de los Borbones. Desde 1700 hasta la crisis del 98*. Madrid: Playor.

Peralta Ramírez, J. (s/f). *Tradiciones de Huamanga I* (vol. I). Huamanga, Perú: El Huerto de Gethsemanhi. Servicios Gráficos.

Perazzo, N. (1982). *Sánchez Carrión y Unanue. Ministros del Libertador.* Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

Pérez Rescaniere, G. (29 de junio de 2023). *Bolívar rechaza la Doctrina Monroe.* Obtenido de Últimas Noticias: https://ultimasnoticias.com.ve/noticias/jabon-de-olor/bolivar-rechaza-la-doctrina-monroe/

Puyo Vasco, F., & Gutiérrez Cely, E. (1983). *Bolívar. Día a Día* (Vols. II (1820-1825). Bogotá: Procultura S.A.

Quichua Chaico, D. (2 de Febrero de 2021). *Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).* Obtenido de Chakaruraqkuna, chasquis y kachiqipiqkuna.Llaqtakunapa yachaynin al servicio del Imperio español (Huamanga, siglo XVII: https://journals.iai.spk-berlin.de/index.php/indiana/article/view/2923/2368

Quichua Chaico, D. (2023). *Historia de Ayacucho. De los primeros hombres a la Independencia*. Ayacucho: Pres.

Rodríguez Gelfenstein, S. (2022). *La marcha majestuosa. El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Rodríguez Gelfenstein, S. (2023). De Bolívar a Chávez. Venezuela y la Doctrina Monroe. En C. Oliva Campos, *La doctrina Monroe contra América Latina y el Caribe (1823-2023)* (pp. 489-520). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Rojas, A. (2005). *Bolívar diplomático* (Segunda ed.). Caracas: Ministerio de Relaciones Exteriores.

Rumazo González, A. (2006). *Antonio José de Sucre. Gran Mariscal de Ayacucho (Biografía).* Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

Sobrevilla Perea, N. (2021). *Independencia. A 200 años de lucha por la libertad*. Lima: Penguin Random House Grupo Editorial.

Sociedad Bolivariana de Venezuela. (1961). *Decretos del Libertador* [vols. I (1813-1825)]. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela.

Sucre, A. J. (1980). *Cartas y otros escritos*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Sucre, A. J. (1981). *De mi propia mano*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Terrestrium ac Navalium. Historia militar, naval y de las relaciones internacionales. (7 de Agosto de 2016). *Estados Unidos y la Gran Colombia, 1823-1826. Choque político y estratégico*. Obtenido de Terrestrium ac Navalium. Historia militar, naval y de las relaciones internacionales.: http://terrestrium-navalium.blogspot.com/2016/08/estados-unidos-y-la-gran-colombia-1823.html

Torrente, M. (1829-1830). *Historia general de la revolución hispanoamericana* (vol. III). Madrid: Imprenta de Moreno.

Vargas Haya, H. (2010). *Antología de traiciones. Breviario de los Tratados del Perú*. Lima: Rocío S.A.C.

Vásquez Gonzáles, J. M. (2011). *Huamanga: historia, tradición y cultura (Desde la época prehispánica hasta la histórica Batalla de Ayacucho).* Ayacucho, Perú.

Zubieta, P. A. (1924). *Apuntaciones sobre las primeras misiones diplomáticas de Colombia: Primero y segundo periodos 1809-1819-1830.* Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.

Índice

Ayacucho, la más gloriosa victoria del Nuevo Mundo
Se imprimió en el mes de junio de 2024
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, estado Miranda, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

ESTUDIOS SERIE HISTORIA

"La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del general Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el imperio sagrado de la naturaleza".

Simón Bolívar

Sergio Rodríguez Gelfenstein
Licenciado en Estudios Internacionales, Magíster en Relaciones Internacionales y Globales. Doctor en Estudios Políticos, posee una extensa y variada obra ensayística y periodística. A la fecha ha publicado 18 libros, además es autor de numerosos artículos periodísticos; ha coordinado, compilado y participado en varias publicaciones colectivas. Ha recibido distinciones y condecoraciones, entre otras el Premio Nacional de Periodismo 2016 de Venezuela, el Premio Aníbal Nazoa del Movimiento Periodismo Necesario y la medalla Combatiente Internacionalista de 1er. Grado otorgada por el Consejo de Estado de la República de Cuba.

Desde el año 2016 es Investigador Invitado del Centro de Estudios Globales de la Escuela de Posgrado de la Universidad de Shanghái, China. Y desde el 2023 es profesor del Doctorado en Seguridad y Desarrollo Integral de la Nación de la Universidad Nacional Experimental Politécnica de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (UNEFA). Fue Director de Relaciones Internacionales de la Presidencia de Venezuela y Embajador de Venezuela en Nicaragua.









Ministerio del Poder Popular
para la Cultura
